

ANDREA IZQUIERDO

Club de lectura para alérgicas al muérdago



Ella odia la Navidad.
Él la espera bajo el muérdago.

MOLINO

ANDREA IZQUIERDO

*Club de lectura
para alérgicas
al muérdago*



MOLINO

Para Adriana, Celia, Inés y Tamara

*Christmas was cold and grey
Another holiday alone to celebrate
Then one day everything changed
You're all I need
Underneath the tree*

KELLY CLARKSON,
«Underneath the Tree»

PRÓLOGO

Helena

Odio la Navidad.

Y no tiene nada que ver con las aglomeraciones en las calles, el consumismo y el exceso de comida sobre la mesa. Esto último todavía lo puedo tolerar, ya que me ayuda a sobrevivir con comida recalentada durante una semana con todo tipo de manjares que no me podría permitir durante el resto del año.

Tampoco la odio porque sea una época melancólica en la que echamos la vista atrás y reflexionamos sobre el año que está a punto de acabar.

Lo cierto es que odio la Navidad porque me recuerda a mi madre. A su pelo rubio y liso que no heredé, aunque tampoco me quejo del castaño que se aclara por el sol en verano. A sus ojos sinceros, que se le cerraban un poquito siempre que sonreía. A sus mensajes a cualquier hora del día, sin acordarse nunca de la diferencia de seis horas entre Nueva York y Zaragoza.

Y, sobre todo, odio la Navidad porque me recuerda a ese último mensaje que le dejé sin contestar.

24 dic

Mira qué bonitos han quedado los escaparates, Helena. Ha venido Millie a felicitarme las fiestas y me ha ayudado a decorar los cristales con unos dibujos que parecen hechos de nieve. ¿A que son preciosos? Ojalá pudieras estar aquí para verlos. ¿Y si vienes la próxima Navidad a Nueva York y me echas una mano en la librería? Te encantaría el nuevo papel de envolver que hemos encargado.

16:03

Y me envió una foto del escaparate de Chapters, la pequeña librería de barrio que inauguró mi madre al terminar la universidad. Había visto demasiadas veces esos ventanales con dibujos en blanco de un Papá Noel con su trineo, dos muñecos de nieve y, por lo menos, diez copos de nieve gigantes.

Bueno, para qué mentir. Eran exactamente trece copos de nieve. Los había repasado tantas veces que, si cerraba los ojos, sabía ubicarlos sin equivocarme ni un solo milímetro en su posición original.

Quizá el número trece fue lo que le dio mala suerte a mamá, porque, trece minutos después de mandarme la foto, murió.

Helena

Mamá falleció por un paro cardíaco, lo cual es irónico, ya que ella tenía el corazón más grande y bonito del mundo.

Nunca pude entender por qué.

Así, de la nada. Sin mostrar ninguna señal de peligro antes. Ninguna luz de neón que me dijera: «¡Helena! ¡Responde este mensaje o te arrepentirás toda tu vida!».

El psicólogo me dijo que a veces no había que buscar un motivo por el que las cosas sucedían. Tan solo pasaban y estaban fuera de nuestro control y lo importante era aprender a convivir con ellas.

El psiquiatra me recetó unas pastillas que, lejos de quitarme el dolor, me convirtieron en una persona incapaz de sentir. No podía llorar, tampoco reír. Solo flotaba en un limbo de indiferencia desde que abría los ojos sobre la una del mediodía hasta que los cerraba a las cuatro o cinco de la madrugada.

Pasaron varios meses de los que no recuerdo nada en absoluto. Después, en algún momento, llegó el verano. Papá estaba preocupado porque dejé de hablar más allá de tres o cuatro monosílabos al día para responder preguntas básicas sobre qué quería comer y si iba a salir de casa a dar una vuelta.

Pista: no.

Mis frases iban acompañadas de sutiles gestos que hablaban por mí. Mi favorito era encogerme de hombros.

Mi única compañía era Alicia, mi gata. En eso consistía toda mi vida social.

Papá insistía en que regresara a terapia. Le dije que me pondría bien, que no tenía que preocuparse por mí. Pero, en secreto, yo seguía asegurándome de que las personas que se dormían en el metro seguían respirando. Clavaba los ojos en sus pechos y no los despegaba hasta

que los veía subir y bajar. Comprobaba todos los días que Alicia no tuviera ningún bulto extraño o cualquier síntoma de que estuviera enferma y fuera demasiado tarde para que el veterinario pudiera curarla.

Empecé a pasar más tiempo en casa del que debería y mi móvil se convirtió en un pisapapeles que estaba siempre en modo avión.

Dejé de buscar trabajo porque no podía soportar la idea de salir a la calle y convencer a un extraño de que yo era la mejor candidata para su empresa.

El día del cumpleaños de mamá, el primero sin ella, me encerré en mi habitación y estuve más de treinta horas sin poder moverme de la cama. Tan solo quería dormir el día entero. Fuera hacía sol y el cielo estaba despejado, pero la tormenta se había quedado en mi cabeza y llovía en mis ojos.

Y, así, en algún momento, pasó el verano y llegó septiembre. El tiempo cambió de un día para otro y, sin darme cuenta, llevaba puesto el pijama de pantalón largo. Tendría que haber sospechado que se acercaba algún cambio, más cuando vi a mi padre de pie en la cocina, junto a la puerta, en lugar de sentado con la nariz sumergida en el periódico, aunque fuera del día anterior.

—Helena, tengo que hablar contigo un momento.

En ese instante supe que tendría que haberme quedado en el dormitorio y morir deshidratada o haber bebido del grifo del baño para evitar esa conversación.

—Siéntate aquí conmigo, por favor —insistió papá.

Sin mirarle a la cara, seguí sus pasos y me dejé caer en la silla de enfrente. El periódico estaba cerrado y las esquinas dobladas, como si hubieran pagado los nervios de la conversación incómoda que estábamos a punto de tener.

—¿Has cenado?

Agité la cabeza de un lado a otro.

—Pensaba que te habías llevado a tu habitación un cuenco con fruta.

Me encogí de hombros.

A veces, me sentía mal por ser así con mi padre. Nueve meses atrás yo había perdido a mi madre, pero él perdió a la mujer con la que había compartido muchos años de su vida. Aunque no siguieran juntos cuando mamá falleció, yo sabía que no había sido fácil para él gestionar su muerte, ni para mí.

Por eso, con afán de devolverle un poco todo lo que me había dado, levanté la cabeza y le miré a la cara.

—Luego cenaré algo, papá —murmuré.

Mi padre se sorprendió al escuchar una frase de más de una palabra. Tanto que, en lugar de hacer una introducción, probablemente ensayada, para darme la noticia bomba, la soltó de pronto. Sin anestesia:

—He decidido que voy a vender este piso.

La frase resonó en cada una de las paredes, como si necesitaran empaparse de su voz para asimilarla. Me gustaría decir que sentí rabia, pero me quedé igual de fría que antes.

—No puedo mantenerlo, Helena —se justificó antes de que yo pudiera decir nada—. Los gastos me consumen, además, ahora que estoy viviendo con Alejandra y que ha pasado el ecuador de su embarazo, he tenido que tomar esta decisión. Pronto empezaré a pasar más tiempo en casa de Alejandra que aquí y llegará un momento en el que tendré que estar siempre allí para ella y el niño. Me gustaría dejártelo, pero con el bebé tendremos aún más gastos y no creo que pueda hacerlo...

Me sorprendió percibir una especie de vacío que crecía en mi interior. Por lo menos, estaba sintiendo algo. Empezó a la altura del pecho y se extendió por las extremidades hasta sentirlo en la punta de los dedos. El piso se había convertido en mi refugio, mi lugar seguro, desde que se fue mi madre. No podía imaginar otro sitio al que pudiera considerar un hogar.

Ya no iba a poder cumplir la promesa que le acababa de hacer a papá. Se me había cerrado el estómago. Miré la cocina como si nunca lo hubiera hecho. Las fotos con mamá en la nevera, los imanes de todos los viajes que organizamos los tres juntos...

—Lo siento mucho. Espero que lo entiendas...

Lo único que pude hacer fue asentir. Claro que lo entendía. Desde que terminé Filología Inglesa, no había sido capaz de buscar un trabajo y los últimos meses había sobrevivido gracias a mi padre, como una sanguijuela. Lo último que podía hacer era pedirle que continuara manteniéndome.

Sin embargo, despedirme de aquel lugar era como si me arrebataran la infancia y la adolescencia de un plumazo.

Mis padres se conocieron poco después de terminar la universidad. Mi madre era española de nacimiento, pero ciudadana de Estados Unidos. Desde los dieciocho años vivía en Nueva York, donde se graduó en la universidad y se quedó para siempre. Se conocieron cuando ella acababa de inaugurar Chapters. Mi padre viajó a la ciudad invitado a la boda de su mejor amigo y entró a la librería para comprar una guía turística, ya que entonces los móviles no tenían mapas. Como mucho, se podía jugar al *Snake* y hacer llamadas perdidas a tus amigos si no te quedaba saldo suficiente para una llamada.

Papá siempre decía que fue amor a primera vista. Quizá por eso se fue diluyendo con el tiempo. Me tuvieron enseguida, ni siquiera llevaban un año juntos. Los primeros años de relación vivimos a medias entre Nueva York y Zaragoza. Mamá venía a España cuando tenía vacaciones, pero casi siempre era mi padre quien cruzaba el charco. Sin embargo, el tiempo, los viajes, la diferencia horaria y las interminables horas de avión terminaron desgastándolos. Se separaron de forma amistosa y cada uno siguió su camino en un continente distinto. En ese momento yo era muy pequeña, así que los recuerdos de esa época son confusos. Completé los estudios en España y, cuando cumplí dieciocho, mi padre inició la costumbre de regalarme por mi cumpleaños un viaje anual a Nueva York para ir a ver a mi madre. Diez días al año eran pocos, pero enseguida

se convirtieron en mis favoritos. Empecé la universidad y busqué algunos trabajos temporales con los que poder viajar más a verla.

Aprendí a vivir con una relación a distancia con mi madre y cuando me gradué en Filología Inglesa me prometí que iría más de una vez al año para verla. Pero el tiempo voló y el mundo se puso en nuestra contra demasiado rápido.

Por eso, aunque mi madre no hubiera vivido en ese piso, ese lugar era la última conexión con mi vida antes de su muerte y durante el duelo. Me gustaría decir que me eché a llorar al recibir la noticia, pero en realidad mi mente empezó a organizar toda mi vida en cajas y planificando a contrarreloj.

—¿Estás bien?

Su pregunta me arrancó del torbellino de pensamientos.

—Sí.

Mi padre tragó saliva.

—Por supuesto, puedes venirte a vivir con nosotros. De hecho, queremos que vengas —se ofreció él—. Alejandra me ha dicho que le encantaría que estuviéramos los cuatro juntos, ya sabes, cuando nazca el bebé.

Levanté las comisuras de los labios, no podría decir que eso fue una sonrisa. Y no era porque Alejandra me cayera mal. Todo lo contrario. Cuando mis padres se separaron, pensé que odiaría a la siguiente persona que entrara en la vida de cualquiera de los dos. Pero no fue así. Poco después, mi padre conoció a Alejandra, a quien sacaba casi quince años. Un lluvioso día de mayo se casaron y ahora esperaban a su primer hijo. Alejandra era una mujer fantástica y hacía a mi padre feliz, así que no tenía nada contra ella. Al revés. Pero no podía soportar la idea de mudarme a su casa y empezar una nueva familia desde cero, como si no hubiera pasado nada.

Como si mamá no hubiese existido.

—Entiendo si no quieres venir —continuó mi padre. A veces me sorprendía la capacidad que tenía para leerme la mente. Me lo imaginé ensayando mentalmente esa conversación cuarenta veces antes de soltarme la bomba y hasta me dio un poco de ternura—. Por eso he tenido otra idea. Es un poco loca y la verdad es que, como padre, no es mi favorita. Pero he pensado que te podría venir muy bien.

Mi padre apartó el periódico y dejó a la vista una carpeta de color marrón claro. Quitó las gomas y la abrió enseñándome los papeles, a la espera de que yo dijera algo. Pasé varias páginas de lo que parecían ser trámites burocráticos en inglés. El nombre de mi madre estaba por todas partes y también el logo de Chapters. Algunas cartas estaban sin abrir.

—¿La librería?

Me sorprendí pronunciando esas dos palabras. Mi padre asintió, cerró la carpeta y la empujó hacia mi lado de la mesa.

—He pensado que podrías ir a Nueva York. Ya sabes, a continuar con su legado. Creo que a tu madre le habría gustado que lo hicieras.

Y, sin venir a cuento, me eché a reír. Fue una carcajada de verdad. Tanto que tuve que obligarme a parar para analizar lo que acababa de suceder.

—Papá, no puedo cruzar el Atlántico para continuar algo que yo no dejé a medias —solté.

Todavía no sabía que esa reacción era fruto del miedo, del pánico a enfrentarme a lo que mamá había dejado atrás en Nueva York. Quería pensar en esa librería como un lugar congelado en el tiempo, un sitio que se había quedado exactamente igual a como mi madre lo había abandonado, con sus trece copos de nieve en el escaparate. Volver y remover el pasado me daba escalofríos.

Mi padre estaba loco si pensaba que me mudaría a una de las ciudades más aglomeradas, ruidosas y sucias del mundo. Cuando murió mamá y tuvimos que viajar a Nueva York para el funeral, lo pasé tan mal que fui incapaz de visitar la calle donde estaba la librería. Millie y mi padre se encargaron de todos los trámites y yo ni siquiera sabía si seguía en pie.

Una cosa era que no tuviera una gran vida social ni un trabajo importante que dejar en Zaragoza. Pero otra muy distinta era cruzar el Atlántico porque sí.

—Bueno, tenía que proponértelo. Siento haberte dado toda esta información de golpe... Tanto Alejandra como yo intentaremos que la transición a su casa sea lo más tranquila posible para ti y que cuando...

Él siguió hablando, pero mi cabeza empezó a viajar a mil por hora. Solo de pensar en entrar en Chapters, imaginarla tal como la dejó el último día que fue a trabajar, me paralizó por completo. Dejé que terminara la frase y me disculpé para ir a mi cuarto. Y, después de meses sin hacerlo, me tumbé en la cama y empecé a llorar. Tuve que esforzarme para que saliera cada lágrima, como si la pastilla que tomaba religiosamente cada mañana quisiera evitar que le ganara la batalla.

Helena: 1. Fluoxetina: 0.

Dejé que se mojara la almohada, ahogué en ella los sollozos para no preocupar a mi padre, hasta que, en algún momento, poco antes del amanecer, conseguí quedarme dormida. Estoy segura de que lo último que me había pasado por la cabeza fue que no iría ni loca a Nueva York. De hecho, algo muy grave tendría que pasar para que montara en ese avión y dejara atrás a mi padre y mi gata Alicia.

Me buscaría la vida en Zaragoza. Empezaría de cero. Me esforzaría por encontrar trabajo y poder independizarme para rehacer mi vida, dejando espacio a mi padre y a Alejandra para que recibieran a su hijo en unos meses. Pero, fuera como fuese, no cruzaría el Atlántico. Eso lo tenía claro.



2

Helena

El hombre que se sentó a mi lado me golpeó la pierna por segunda vez en cinco minutos y el maldito avión todavía no había despegado. Iba a ser un viajecito interesante.

Me llevé las manos a la cara, como si estirla consiguiera que, en vez de durar ocho horas, el vuelo se acortara a quince minutos por arte de magia. Por suerte, los antidepresivos ayudaron un poco en esto último y al final dormí casi seis.

Helena: 1. Fluoxetina: 1.

Algo bueno tendrían aparte de dejarme todo el día con la capacidad emocional de una seta.

Tuve que recordarme por qué había cambiado de opinión. Me repetí en bucle que lo hacía para retomar el gran sueño de mi madre y conseguir hacer las paces con su muerte durante toda la duración del vuelo.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto más famoso de la ciudad, el JFK, no había podido ver ni medio capítulo de todas las series que me tenía descargadas en el iPad. Bajé del avión con la cabeza todavía embotada y fui directa a la cinta de equipajes asignada a mi vuelo. Mientras se ponía en marcha, me conecté al wifi para avisar a mi padre de que había llegado bien, aunque, por la hora que era en España, estaría durmiendo en la farmacia. Las noches de guardia eran las peores.

Acabo de aterrizar y estoy esperando mi equipaje. Mucho
ánimo con la guardia. Dale un beso a Alicia de mi parte.

20:02 ✓✓

Ah, y, cuando quieras, puedes reconocer que fuiste tú quien
me compró el billete de avión. Ya no cuela.

Bloqueé el móvil justo cuando la cinta se puso en marcha y lo guardé en el bolsillo. La gente se empezó a amontonar, pero yo me senté. No tenía prisa. A los pocos minutos, comenzaron a salir las maletas y la zona quedó más despejada. Los últimos rezagados, que habían hecho lo mismo que yo, se acercaron a la cinta y yo los imité. Poco a poco, quedaron menos maletas, hasta que no hubo ninguna. Miré a mi alrededor, esperando a que hicieran una segunda ronda. Estos vuelos eran muy grandes y a veces las sacaban por partes. Sin embargo, cuarenta minutos después, yo era la única que seguía ahí.

Genial.

Suspiré sacando toda la rabia que había acumulado en los pulmones y empecé a buscar el mostrador de objetos perdidos. Me marearon durante media hora más y al final lo único que pude hacer fue rellenar un par de documentos y dejar mis datos por si aparecía. Conseguí que me compensaran con doscientos dólares, aunque mientras salía del aeropuerto me di cuenta de que tenía que haber pedido mucho más.

Ya que no llevaba maleta y era un poco menos pobre, me aventuré a coger el tren y después el metro para llegar a mi albergue. No era gran cosa, pero tenía reseñas aceptables en Yelp y la noche costaba menos de cuarenta dólares, algo impensable en el resto de Nueva York, si quieres una cama limpia y no encontrar excrementos de rata en el baño.

La parada de metro estaba tan cerca del albergue que apenas me dio tiempo a caminar por las calles de Brooklyn. Tampoco tenía intención de hacerlo. Anduve en línea recta, ignorando lo que sucedía a mi alrededor y me registré en el alojamiento.

—Eres australiana, ¿verdad? —me preguntó la chica de la recepción.

Miré mi pasaporte estadounidense entre sus manos.

—No —respondí con la boca pastosa. Le habría explicado que era una mezcla entre España y Estados Unidos y que por eso tenía aquel pasaporte, pero el *jet lag* estaba empezando a afectarme y las seis horas de sueño en el avión habían sido una mala idea.

La verdad era que mi aspecto gritaba «española» por los cuatro costados: pelo rizado castaño y ojos marrones, con una estatura mediana tirando a baja. Mi piel estaba más pálida de lo habitual por culpa de mi reciente encierro, eso sí.

—¡Ah! Es que tenías un acento que...

No supe qué responder, así que me limité a sonreír y contarle que había perdido la maleta y que había indicado la dirección del albergue para que la mandaran ahí cuando apareciera.

La chica lo dejó todo anotado y me dio la llave de la habitación compartida. Con nada más que mi mochila, atravesé un par de pasillos y localicé mi cama. Aproveché que estaba sola para valorar la situación. Vacíé la mochila sobre la colcha, maldiciendo en voz baja por haber metido demasiadas cosas en la maleta. ¿Y si nunca la recuperaba...?

Extendí todas mis pertenencias e hice una lista mental.

- ✓ Pasaporte
- ✓ Papeles de trámites aburridos y mi permiso de residencia
- ✓ Cartera
- ✓ 200 dólares de la aerolínea
- ✓ 55 dólares que traía de casa porque me sobraron de mi último viaje
- ✓ Dos compresas, por si acaso
- ✓ Las llaves del piso de mi padre (por algún extraño motivo, pensé que las necesitaría en la otra punta del mundo)
- ✓ El cargador del móvil
- ✓ El iPad
- ✓ Una botella de agua vacía
- ✓ Dos KitKat
- ✓ El pastillero (gracias al universo lo puse en la mochila y no en la maleta)
- ✓ Un tique viejo del supermercado
- ✓ Un paquete de chicles de frambuesa
- ✓ Una goma de pelo

Por supuesto, nada de ropa. Ni siquiera un cepillo de dientes. Definitivamente, tendría que haber reclamado más de doscientos dólares. Puse a cargar mi móvil y me tumbé en la cama. En algún momento de la tarde, aunque todavía no eran ni las siete, me quedé dormida.

Me desperté en mitad de la noche con los ronquidos de uno de mis compañeros de habitación. Me di la vuelta, intentando volver a dormir, pero el *jet lag* no estaba de mi lado.

Por lo menos no me habían despertado cuando llegaron, pensé. Di varias vueltas en la cama y miré la hora en el móvil. 5.49. Podría ser peor. Me senté sobre la cama y, con la misma ropa con la que había viajado el día anterior y había dormido, me levanté con cuidado de no hacer ruido. Recogí la mochila con mis escasas pertenencias y salí a tomar algo de aire frío justo cuando el reloj marcaba las seis.

El ajeteo del barrio me pilló por sorpresa. Personas de todas las edades se cruzaban por la acera. La calzada estaba llena de taxis, bicicletas y patinetes eléctricos que llevaban a sus ocupantes a sus clases o al trabajo. ¿Serían así todas las mañanas de mi madre cuando iba a trabajar? Había estado varias veces en Williamsburg, el barrio más hípster de Brooklyn. Sin embargo, nunca lo había visto como a esas horas. Había tanta vida que me sentí una marciana sin propósito en mitad de toda la vorágine de neoyorkinos agobiados por llegar tarde.

Una mujer me golpeó en el hombro al pasar a mi lado y ni siquiera se giró para disculparse porque iba hablando a todo volumen con los cascos. Me froté el hombro, dolorida, y di un paso atrás. Una sensación de agobio empezó a inundarme y, de pronto, me sentí demasiado pequeña. El mundo se empezó a hacer gigante a mi alrededor y se me nubló la vista.

¿Por qué me dolía tanto el pecho?

Me llevé la mano al corazón, temiendo que se tratara de algún tipo de arritmia. Traté de reconducir mi respiración en cuanto me percaté de que la tenía acelerada.

¿Fue esto lo que sintió ella cuando se murió?

Luché por coger un poco más de aire antes de empezar a llorar. No quería que me pasara otra vez. No allí.

Di otro paso intentando regresar al albergue, después otro más, y así hasta que me vi corriendo a cámara lenta en dirección al baño más cercano a mi habitación. Cerré la puerta con pestillo y me rompí en mil pedazos.

Doyle

—Por tercera vez, mamá: no voy a ser tu maldito guardaespaldas. Que la editorial contrate a uno, que están montados en el dólar gracias a las ventas de tus libros —refunfuñé.

Me dejé caer en el sofá, sabiendo que eso sacaba de quicio a mi madre. Pero es que no había manera de que le entrara en la cabeza. Una cosa era ayudarla en su trabajo, lo cual hacía de buen gusto. Y otra, gestionar peleas entre señoras de sesenta años porque una se había colado y no lo quería admitir. Trabajé tres meses como socorrista en una piscina infantil y prefería mil veces separar a dos niños de siete años antes que a dos mujeres que me duplicaban la edad y entre las dos sumaban un centeno.

Watson se sentó en mis piernas en cuanto vio la oportunidad y se enroscó en un ovillo. Cerró los ojos y ronroneó, agradeciendo el calor. Le pasé la mano por el pelo azabache.

—Doyle, sabes que necesito alguien que controle un poco a la gente para que no se desmadre la fila. Es muy estresante estar firmando y ver que hay problemas y no poder hacer nada.

Como si no lo supiera. Llevaba treinta y un años acudiendo a las firmas de libros de mi madre. A las pocas semanas de nacer, me llevó en el carrito de bebé a un evento literario porque no tenía con quién dejarme. Mi madre, una de las autoras más vendidas en Estados Unidos, con tres títulos en la lista de best sellers del *New York Times* durante diez meses consecutivos, no pudo contratar a una persona para que cuidara de mí mientras firmaba ejemplares en Barnes & Noble. Claro que sí.

—¡Pues que venga más gente de la editorial! ¡O tus agentes!

Mi madre bufó.

—Como si no supieras de sobra cómo funciona este mundillo —me echó en cara.

Me encogí de hombros y escapé a la cocina para prepararme un café. A esas horas todavía no podía pensar con claridad y la queridísima Amelia Andersen ya me estaba tocando las narices.

—Solo digo que deberías pedirles que mandaran a más de una persona de la editorial cuando firmas. A veces se presentan setecientas personas y es imposible que una sola lo gestione todo — insistí.

—Doyle, no cojas esa taza —me regañó desde el salón, haciendo oídos sordos a lo que le acababa de decir. Puse los ojos en blanco—. Cielo, no te enfades conmigo. Si lo que yo quiero es que te conozcan en la editorial y puedan ver tu talento... Podrías trabajar con ellos oficialmente para...

—Ya hemos hablado de esto cincuenta veces, mamá —la corté. Aunque se trataba más bien de una advertencia.

Mi madre me siguió hasta la cocina.

—¡Quiero que sepan lo bueno que eres! —insistió.

—Lo sé, pero no lo van a descubrir si trabajo como guardaespaldas.

Mi madre contraatacó.

—Ya, pero, como no vas con tu título de Administración de Empresas pegado a la frente, es imposible que sepan que estás interesado en trabajar con ellos si no se lo dices. Ni que tienes estudios y experiencia en marketing. ¿Por qué aún no les has mandado tu currículum?

Dejé la taza sobre la encimera con un golpe más fuerte de lo esperado. Por un instante, temí que se hubiera roto y que mi madre me descuartizara y mandara cada trozo a un pueblo remoto de cada continente.

—¿Otra vez, mamá? ¡Porque no quiero que me contraten por ser el hijo de Amelia Andersen! Además, ya tengo trabajo, y también otros temas que atender en los próximos dos meses, por si se te ha olvidado.

Ella suspiró.

—Bueno, ¿y qué pasa por que seas mi hijo? ¿Eso ya te cierra automáticamente todas las puertas? ¡Aprovechalo!

En ese momento, di la conversación por terminada. Dejé que el ruido de la máquina de café inundara la cocina y relajé los hombros. No me había dado cuenta hasta entonces de que los tenía en tensión.

El café caía demasiado despacio en la taza, como si quisiera mantenerme preso bajo la mirada exhaustiva de mi madre. Podía sentir sus ojos verdes clavados en cada uno de mis movimientos.

—Vale, perdona —se disculpó al fin—. No quería presionarte.

Me encogí de hombros porque el daño ya estaba hecho.

Entendía los motivos de mi madre, así que tampoco lo tenía muy en cuenta. Desde que mis dos hermanas mayores se habían mudado a otros estados por trabajo, solo quedábamos ella y yo en esa casa demasiado grande para los dos.

—Da igual...

La máquina de café se paró y lo saqué con cuidado de no quemarme.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Le pediré a la editorial que cambiemos el estilo de las firmas. A

mí tampoco me viene bien que se acumule mucha gente y es una decisión que habrá que tomar tarde o temprano.

El tono de voz de mi madre fue bajando hasta llegar al final de la frase. Me di la vuelta y la pillé mirándose las manos. Desde que le diagnosticaron artrosis dos años atrás, no había vuelto a ser la misma.

Hasta ese momento, no se le había pasado por la cabeza dejar de escribir. Sin embargo, como si el destino hubiera querido jugar con sus sentimientos, desde el diagnóstico, las ventas de sus libros se habían disparado. Ella no quería dejar de lado la escritura. Le enseñé que podía escribir con la función de Word de dictado, pero se negaba a utilizarla. Decía que era demasiado artificial, que no se identificaba con sus personajes si lo hacía de esa manera. Muchas noches la pillaba poniendo en práctica pequeños trucos que había encontrado en internet para aliviar la inflamación de sus dedos cuando tenía un mal día, sobre todo, los pulgares. El más recurrente era utilizar crema de manos para eliminar la sensación de rigidez e hinchazón en las articulaciones. A veces, cuando estaba de buen humor, incluso hacía bromas. Decía que había escrito tanto durante su vida que sus manos se habían jubilado antes que ella. Sin embargo, yo sabía que esas bromas tenían fecha de caducidad y que no le hacían ningún favor a largo plazo.

Por supuesto, nadie sabía nada sobre este asunto. Uno de los mayores temores de mi madre no era que sus libros dejaran de venderse, sino que la sustituyeran por otra autora y no pudiera dedicarse a lo que de verdad amaba. Desde entonces, había tratado de buscar alguna solución intermedia a su problema, pero ninguna terminaba de convencerla. Cuando me di cuenta de que esta situación podría significar que dejara de escribir para siempre, decidí involucrarme en su trabajo. Verla mirarse las manos con expresión lastimera, pensando que yo no me daba cuenta de esos gestos, hizo que cambiara de opinión enseguida.

—Lo siento, mamá, he sido un imbécil. Claro que te acompañaré y ayudaré a controlar las filas de todas tus firmas.

—¿En serio?

Asentí.

—Pero no tengo nada de experiencia en ese tema —le recordé para que no tuviera grandes expectativas.

—¡Claro que sí! —El tono de mi madre cambió por completo—. Llevas años viniendo a las firmas y has estado conmigo en las librerías y las ferias. Conoces mejor que nadie la BookExpo America y todas las convenciones de autores del país.

Visto así, sí que era cierto que había aprendido algo durante los últimos años. En esos macroeventos no teníamos que preocuparnos tanto por las filas, pero sí que había que estar en todo. Cuando miles de personas venían a ver a mi madre y a otros autores, tanto de Estados Unidos como del resto del mundo, aquello se desmadraba. En la última BookExpo America mi madre se sintió un poco abrumada, no solo por sus manos, sino por la cantidad de gente que había acudido, más que en otras ocasiones.

—Aun así, creo que te vendría bien cambiar el estilo de tus firmas —insistí—. Pienso que los eventos así no te benefician, y, cada vez más, la gente pide otro tipo de experiencias con los autores.

Dejé que mi madre respondiera y elaborara un monólogo sobre todas las ideas infravaloradas que yo tenía y que podría presentar a la editorial si trabajara con ellos. Mientras tanto, vi cómo se ponía crema hidratante y se frotaba las manos, masajeándose los dedos.

Tuve que apartar la mirada.

—Hagamos un trato —le propuse—: yo mando mi currículum a la editorial. Pero, a cambio, me prometes que te tomarás con más calma los eventos y que buscaremos una alternativa por tu bien y el de tus manos.

Mi madre sonrió. Fue una sonrisa sincera, sin cansancio acumulado en los ojos, como le pasaba después de horas dedicando libros para sus lectores.

—Trato hecho.



Helena

Tardé tres días en conseguir asomarme a la calle donde estaba Chapters. Tres días y tres noches en los que la mayor parte del tiempo permanecí hecha una bola en la cama del albergue, escuchando a la gente entrar, salir, reír y roncar. Solo me asomé a la recepción para recoger mi maleta, que ya habían encontrado. Pasé sola más tiempo del que esperaba, y eso no me hizo ningún bien. A veces, deseaba que alguien me cogiera del brazo y me obligara a salir. Otras, sentía que, si alguien me dirigía la palabra, le mordería.

Un grupo de chicas españolas estuvieron hablando de mí, presupusieron que no podía entenderlas. Al tercer día de encierro, su teoría más sólida era que estaba de resaca. Incluso una llegó a preguntar si estaba muerta. El resto se rio.

En algún momento de esas setenta y dos horas, mi horario de sueño se ajustó al de Nueva York. Lo supe porque no hice otra cosa que mirar el móvil, viendo cómo las horas pasaban en la pantalla de luz azul. Dividí mi tiempo entre TikTok y dos juegos a los que me había enganchado. Comí las calorías mínimas para mantenerme con vida y me duché, para mi disgusto, solo una vez. Aunque tampoco es que sudara mucho.

Bueno, en realidad, había una cosa más. Otra actividad había consumido casi todas mis horas nocturnas desde que recibí el billete de avión con destino a Nueva York: saber quién narices me lo había enviado.

Cuando vi una carta a mi nombre en el buzón, lo último que esperaba era sacar un papel con un resumen del itinerario junto a todos mis datos. Al principio, estaba convencida de que era obra de mi padre. Quería ayudarme a pasar página y me había dicho varias veces que la mejor forma era regresar a Chapters. Por supuesto, lo negó mil veces. Lo único que no me cuadraba de mi teoría era que se hubiera quejado de la mala situación económica que estaba atravesando y después se gastase casi setecientos euros en un billete... Pero quizá le habían ayudado mis

abuelos paternos o, incluso, Alejandra.

Tras indagar en internet pocos minutos después de recibir el billete, encontré algo que confirmó todas mis sospechas. Antes de volar, yo ya había buscado varias veces mi número de reserva en la web de la aerolínea, como si no me pudiera creer el resultado cada vez que lo consultaba. Al teclear la combinación de letras y números junto con mi primer apellido aparecía que la reserva se había hecho a mi nombre..., pero el correo de confirmación de la compra se envió a una dirección que conocía muy bien: hello@chaptersbookshop.com.

Después, alguien había accedido a ese correo, lo había imprimido y lo dejó en mi buzón en un sobre blanco, sin matasellos ni remitente. Solo mi nombre y mis dos apellidos: Helena Castillo Cortés.

No podía ser otra persona que no fuera mi padre.

Un día, mientras le daba demasiadas vueltas al tema, incluso llegué a pensar que alguien me estaba gastando una broma de mal gusto. Al fin y al cabo, el correo electrónico de la librería figuraba en la web, a la vista de todos los que accedieran. Llamé a la aerolínea para pedir más información, como el número de cuenta desde el que habían pagado o el nombre del titular, pero la ley de protección de datos no lo permitía. Tampoco creo que fuera una información a la que ellos mismos pudieran acceder. Lo único que pudieron garantizarme, antes de volar, era que el billete era real y mi reserva estaba confirmada.

Eso sí, sin viaje de vuelta.

Mi padre lo tomó como una señal e insistió en que viajara. Al final, terminé aceptando porque asumí que había sido él quien estaba detrás de la misteriosa compra como hacía todos los años. Era demasiada casualidad que me hubiera llegado unos días después de decirme que iba a vender el piso y me propusiera hacer ese viaje. Así que me hice la loca, le dije que viajaría y me monté en ese avión una semana después de recibir el billete solo por hacerlo feliz. Quizá incluso me vendría bien para poder pasar página, aunque ya echaba de menos a mi padre y, sobre todo, a mi gata Alicia.

Pensar en mi padre me hizo reaccionar un poco y me levanté de la cama. Me dolían las piernas por haber pasado tanto tiempo quieta en el mismo sitio. En poco más de treinta minutos, conseguí darme una ducha y volver a sentirme como una humana aceptable a ojos de la sociedad ahora que había recuperado mi maleta y tenía ropa limpia.

Reuní mis pertenencias más importantes en la mochila e intenté volver a salir a la calle. Cogí aire y atravesé la recepción, que estaba vacía. Tuve mejor impresión que unos días atrás. Ya no había carreras para no llegar tarde al trabajo, sino personas paseando como si fuera un día cualquiera. El móvil marcaba las doce de la mañana y mi reloj biológico me recordaba que tenía que comer algo porque no había desayunado. Sintíéndome un poco más fuerte que tres días atrás, me aventuré a buscar un supermercado y comprar un plato preparado que pudiera calentar. A poder ser, lo menos parecido posible al sabor de los sándwiches húmedos con los que había sobrevivido los últimos días. Me senté en un banco a comer un plato de pasta al pesto, con el

tenedor de madera en una mano y una botella pequeña de Mountain Dew en la otra.

Mastiqué despacio, intentando retrasar lo máximo posible mi reencuentro con la librería, hasta que no me quedó otra que enfrentarme a ello. Cogí aire, me puse de pie y caminé por las calles de Brooklyn como si fueran las de Zaragoza. Había visitado tantas veces el barrio que podía hacer el recorrido de memoria. Giré a la izquierda en una calle llena de casas con las escaleras de incendios en las fachadas y entonces la vi.

Estaba mucho peor de lo que la recordaba. La fachada había perdido color, tenía un tono marrón oscuro agrietado por el paso del tiempo y la lluvia. La librería, que tenía dos escaparates con la puerta en el centro, parecía que hubiera sido abandonada hacía más de diez años. Los cristales estaban cubiertos de papel de periódico por dentro. Algún imbécil había usado la parte exterior de los escaparates como lienzo para sus pintadas, que no decían nada. Empezó a hervirme la sangre. En la puerta se acumulaban panfletos, revistas mojadas y vasos de Starbucks vacíos.

No me lo podía creer.

Lo único que sobrevivió a los meses de abandono fue el cartel con el nombre de la librería.

Di unos pasos temblorosos hacia la entrada. No podía ver el interior a través de los papeles de periódico, y además estaba oscuro dentro. Años atrás, Chapters se había convertido en la librería de referencia de ese barrio. A pesar de ser pequeña, tenía todo lo que un lector pudiera imaginar. Recuerdo que mi madre incluso había instalado una pequeña estantería de libros de segunda mano junto a la caja. También había una zona de autoservicio con una cafetera y un par de mesitas altas con taburetes.

Me acerqué a los escaparates, maldiciendo a la persona que los había pintado, y entonces lo vi. Todavía estaban los adornos que mi madre y Millie habían puesto en los cristales el día de Navidad. Los trece copos seguían ahí, impasibles, camuflados entre el blanco y negro de las hojas del periódico.

—Cuidado, no te acerques mucho o despertarás al fantasma que vive ahí.

Di un bote en cuanto escuché la voz. Me giré en un instante, lista para encontrarme cualquier cosa. Sin embargo, tan solo era un hombre mayor con una sonrisa enorme.

—Qué susto... —suspiré, llevándome las manos al pecho.

Su voz había sonado demasiado cerca, casi como si hubiera susurrado dentro de mi cabeza. Era una voz grave pero amable al mismo tiempo. De esas que narran audiolibros para niños y ponen voces a todos los personajes.

—Perdona. Te he visto desde la ventana y no he podido evitar fijarme en que...

Incliné la cabeza. El anciano me miró de arriba abajo. Vale, la imagen no era la mejor. Llevaba tres días de encierro voluntario en un albergue, comiendo lo mínimo y con unas ojeras delatoras. Pero me había esforzado poniéndome mi chaqueta favorita, una con un estampado de setas bastante otoñal y mis vaqueros de la suerte.

—¿Es verdad lo del fantasma? —le pregunté, alarmada, antes de que pudiera terminar su frase.

Ensanchó su sonrisa. Tenía el bigote blanco y poblado, a diferencia de la cabeza, estaba calvo por completo. Su chaleco era una o dos tallas menor de lo que debería y los botones a la altura de la tripa amenazaban con saltar en cualquier momento. Parecía que se mantuvieran en su sitio por arte de magia.

—Eso le decía siempre a tu madre.

De pronto, se me cayó el mundo. Cerré los ojos sin darme cuenta y no fue una buena idea, porque empecé a ver puntitos de colores sobre un lienzo negro.

—Eres su hija, ¿verdad? La hija de Carmen Cortés. Te pareces mucho a ella. No lo recordarás, pero nos conocimos cuando eras pequeña. Te he visto crecer con cada viaje que has hecho a la ciudad para verla y cada vez más me recuerdas a ella...

Sin saber cómo, saqué fuerzas para responderle.

—¿Conoce a mi madre?

Tragué saliva al darme cuenta de que había usado el presente para hablar de ella.

—Sí —respondió con un tono de sorpresa que no supe interpretar—. Yo le alquilé el local desde que empezó con el negocio. Vivo justo encima, en el pisito de arriba.

El anciano señaló su apartamento mientras yo trataba de controlar mis pulsaciones. Me resultaba extraño conocer a gente que había formado parte de la vida de mi madre y de la que yo nunca había oído hablar... A veces me daban envidia, porque habían vivido momentos con ella de los que yo nunca sabría nada. La conocieron, quizá, de una manera que yo no habría logrado.

—Soy Benedict Wood, por cierto —añadió el anciano, adelantando la mano derecha.

Se la estreché con poca fuerza.

—Helena —respondí, aunque ya lo sabría.

—Es muy emocionante que vayas a retomar el negocio —dijo el señor Wood.

Parpadeé un par de veces.

—No, no he venido a eso. Bueno, no lo sé —balbuceé.

Todavía no me había repuesto del shock de ver así la librería, ni había resuelto quién había comprado mi billete de avión.

—¿No? —preguntó él con tono de sorpresa—. Vaya, pensaba que sí. De hecho, te esperaba desde principios de año... Al fin y al cabo, pagaste el alquiler de todo el año de golpe, ¿no? Nunca entendí por qué lo hiciste y luego no te volví a ver...

«¿Cómo?». Mi mente viajó de pronto a mil kilómetros por hora. Tenía que ser un error. No sabía quién había abonado todo el año, pero, desde luego, esa persona no había sido yo.

Doyle

La editorial donde publicaba mi madre era la más grande del mundo, GoldenTree Publishers tenía sedes en decenas de países, aunque la de Estados Unidos se llevaba el premio a la más impresionante. El edificio, recubierto de cristaleras que reflejaban los rascacielos de la ciudad, tenía al menos treinta plantas. No todas estaban dedicadas a los libros, pero cada una de ellas formaba parte del grupo empresarial.

Mi madre se había arreglado para la ocasión y yo también. Se había planchado su media melena rubia y llevaba un conjunto verde oscuro. Yo elegí unos pantalones negros más elegantes de lo que solía llevar y, en el último momento, cambié la camisa blanca por una gris un poco más formal. No me gustaba caminar con zapatos muy apretados, pero el acontecimiento lo merecía. Y sabía que, si empezaba a trabajar en esa oficina, tendría que acostumbrarme a ellos.

Mientras esperábamos al ascensor, traté de controlar mi respiración. Odiaba esos cacharros con toda mi alma. Pero, por no preocupar demasiado a mi madre, fingí tranquilidad mientras entrábamos en la caja de la muerte. Cerré los ojos y pensé que, si me contrataban, tendría que hacer ese recorrido todos los días. La otra opción era convertirme en el loco que subía por las escaleras veintitantos pisos al día para evitar el agobio que me daba el ascensor. Sí, seguro que eso daría una buena primera impresión a mis compañeros.

Cuando las puertas se abrieron por fin me di cuenta de que ya tenía la camisa empapada por el sudor. Traté de distraerme viendo a la editora de mi madre acercarse para recibirnos.

Si hubiera un premio a la mujer más sonriente del mundo, se lo llevaría Johana. Y no porque la empresa se estuviera haciendo de oro gracias a que ella descubriera a Amelia Andersen, sino porque Johana era así. Alegre, optimista y siempre dispuesta a hacer realidad las ideas locas que le pasaban por la cabeza. Gracias a ella, mi madre había viajado en helicóptero sobrevolando el Gran Cañón para promocionar una de sus novelas. También nos regaló un viaje a Bali con todo

incluido durante diez días para que le sirviera de inspiración para su próximo libro. Yo no podía ni soñar con meterme en un avión, así que se fue con mi hermana mayor. Incluso en una ocasión se quedó a dormir en nuestra casa porque estalló una tubería en mitad del salón de su piso.

Cada vez que visitábamos a Johana, salíamos con una o dos bolsas de libros bajo el brazo. Era como ir a un Disneyland para amantes de la lectura. Apenas podíamos hablar, porque cada cinco minutos alguien llamaba a la puerta para saludar a mi madre, darle la enhorabuena o estrecharle la mano. Algunos trabajadores incluso se atrevían a pedirle una foto y Johana, por supuesto, nunca decía nada siempre que ella estuviera cómoda.

Deberían hacerle un monumento por la paciencia que tenía con nosotros.

—¿Cómo va la nueva novela? —le preguntó a mi madre cuando por fin conseguimos escondernos en una sala privada de reuniones.

Me senté mirando a la puerta.

—A toda máquina —respondió ella, aunque vi que lanzaba una mirada de preocupación hacia sus manos—. Igual no te la puedo entregar el 30 de septiembre, pero la tendrás la primera semana de octubre, seguro.

—¡Genial! —exclamó ella.

Johana no sabía nada de la incipiente artrosis de mi madre, claro. Decidimos que lo mejor sería no contárselo a nadie para evitar rumores. No es que desconfiáramos de su editora. Tan solo, sabíamos lo reemplazable que podía ser cualquier autor en un sector frágil, como el de la escritura. El hecho de que sus libros lideraran las listas de los más vendidos de novela romántica no significaba que fueran a permanecer siempre ahí. Y eso lo sabíamos todos. Esto funciona así: un día estás en lo más alto y unos meses después nadie se acuerda de ti.

—Me llamó la atención que me escribieras el otro día para venir —añadió Johana, con la voz tomada—. Pensé que habría pasado algo o tendrías algún problema con la nueva novela...

—No, qué va —salté yo enseguida—. Todo va bien.

—Sí, no tiene nada que ver con el nuevo libro —intervino entonces mi madre, lanzándome una mirada que solo nosotros entendimos—. Estoy un poco preocupada por las nuevas firmas y eventos que tenemos por delante. Creo que..., bueno, deberíamos darles una vuelta. Acabo de cumplir cincuenta y tres años y empiezo a cansarme en las firmas. En junio hice una en la que repartimos casi ochocientos tiques y necesité varios días para recuperarme...

Mi madre no pudo terminar la frase porque le empezó a temblar la voz.

Johana se removió en el asiento. Sabía los pensamientos que viajaban por su mente como si fueran flechas que sobrevolaban nuestras cabezas.

«Si deja de hacer firmas, va a vender menos».

«Quizá es demasiado mayor para seguir escribiendo».

«Igual deberíamos buscar otra autora que fuera la nueva Amelia Andersen».

—Podríamos tantear algo intermedio —retomé la conversación, ya que mi madre estaba teniendo dificultades. Era como si también pudiese ver las repercusiones que traería el no hacer

más macroeventos—. Creo que le podría servir para redirigir su imagen. Últimamente, la están criticando por todas partes. La llaman vendida, dicen que ahora que es famosa ya no se acuerda de sus orígenes y que solo colabora en grandes eventos y con cadenas de librerías internacionales..., que, en parte, es cierto. Creo que le podría venir bien dar un paso atrás y reformular la manera en la que conecta con sus lectores.

A Johana no le gustó nada la expresión «un paso atrás». Se alejó de la mesa y se puso de pie, caminó unos metros en una dirección y luego en otra antes de hablar.

—¿Necesitas un escritor fantasma? —le preguntó directamente a mi madre, como si eso fuera el problema y la solución, al mismo tiempo.

—No —respondió con un aplomo que me sorprendió.

—Porque podemos conseguirlos, Amelia, y no pasa nada. Muchos de los autores que tenemos aquí, compañeros tuyos, contratan a gente para que les escriban los libros o reescriban algunos fragmentos para poder mantener el ritmo de publicación y promoción de las novelas. Sé que las semanas siguientes a la publicación son muy duras, pero...

Mi madre negó con la cabeza, apretando las manos.

—No necesito un escritor fantasma —repitió, esta vez con un tono mucho menos sereno.

Por primera vez en años, en la cara de Johana no había una sonrisa. Una arruga de preocupación asomó en su frente y parecía reacia a marcharse de ahí. La mujer suspiró.

—Sabes que eso afectaría a tus ventas, Amelia —dijo la editora—, pero lo entiendo. Al final, lo primero es tu salud. Podemos ver algunas opciones para que te sientas cómoda.

—Gracias —respondió mi madre, aunque no del todo convencida—. Me gustan las propuestas que tiene mi hijo para mis futuros eventos y, además, me apetecería contar con él para que estuviera siempre conmigo, como un asistente. Como no te lo va a decir él, porque a sus treinta y un años le da vergüenza, lo haré yo.

Abrió su bolso y sacó un papel. No tuve que mirarlo para saber que había redactado e impreso mi propio currículum. Esta señora es imparable. Lo colocó sobre la mesa, girado hacia Johana, para que lo pudiera leer.

La fusilé con la mirada.

—¿Quieres que lo contratemos? —preguntó Johana.

Mi madre asintió.

—Ha estudiado Administración de Empresas y conoce el sector mejor que nadie. Lleva acompañándome a las firmas desde que era un bebé.

La sonrisa de Johana regresó a su cara, aunque la arruga todavía no se había ido del todo.

—Lo sé. Me acuerdo de aquella vez con el carrito... —murmuró mientras repasaba el currículum de arriba abajo—. Podemos valorarlo, sí. Si así te sientes más cómoda...

—He pensado algunas ideas de promoción para mi madre que podrían funcionar. Algo intermedio entre lo que está haciendo ahora y lo que hacía al principio —añadí. Mi madre me miró con sus ojos verdes, muy abiertos, instándome a que dijera algo más—. Me haría mucha

ilusión trabajar con vosotros.

—Se lo pasaré a los compañeros de Recursos Humanos, claro. ¿Cuándo podrías empezar? ¿Estás trabajando ahora?

—Teletrabajo en una empresa de marketing digital, pero podría dar los quince días de preaviso hoy mismo —le informé.

Johana asintió. Continuaron la reunión hablando de otros temas y, aunque traté de atender, la cabeza empezó a funcionar a mil kilómetros por hora.

Tenía que ayudar a mi madre. No soportaba verla triste y agobiada. Desde que habían hecho una adaptación cinematográfica de su decimoséptima novela, sus lectores se habían multiplicado por cien y la situación estaba empezando a ser insostenible. Tenía que hacer algo, ella me lo estaba pidiendo a gritos. Como mis hermanas se habían marchado de Nueva York hacía tiempo, solo me tenía a mí.

Salí de la editorial con varias ideas apuntadas en las notas del móvil. Y, también, un poco avergonzado por haber metido mi currículum con calzador.

Me fastidiaba que me contratasen solo por ser el hijo de Amelia. No soporto el enchufismo y me había convertido en lo que más odiaba. Sin embargo, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, así que dejé que se me pasara el enfado y me preparé para renunciar a mi trabajo.

Helena

En algún momento de finales de septiembre, decidí retomar el negocio familiar. En realidad, sabía que iba a pasar, pero no me había hecho a la idea hasta que me planté con los brazos en jarras frente a la librería y la vi llena de polvo y recuerdos.

Necesité más de cinco días para recoger y limpiar. Había subestimado la cantidad de basura acumulada dentro. Y, por supuesto, en las horas que pensé que destinaría a ordenarla no incluí las que pasé llorando.

Me rompía por dentro pensar en todos los libros que ya no podría leer. Tanto los que no le había dado tiempo como los que se publicarían después.

Cada rincón de aquel lugar me recordaba a ella, por supuesto. Pero lo peor de todo era que Chapters se había convertido en una cápsula del pasado. Un lugar en el que, un día, Carmen Cortés entró por última vez sin saber que no regresaría. Había notas adhesivas con su letra esparcidas por el mostrador. En los cajones, su firma rubricaba todos los documentos importantes de proveedores y clientes. En la parte de atrás, donde estaba el almacén, encontré un bote de su perfume casi lleno, y estuve casi tres horas llorando porque tuve la genial idea de probármelo en la muñeca. Pasé todo el día oliendo a una extraña mezcla entre el sudor por mover cosas de un lado a otro y el perfume de mamá.

Los libros en exposición habían permanecido sin tocar desde el 24 de diciembre del año pasado. Alguien, probablemente mi padre, tuvo la decencia de tapar las mesas con unas telas que había en el almacén, gracias a lo cual casi todos sobrevivieron. Sin embargo, las tuve que retirar para limpiar bien, y estuve tosiendo y estornudando a partes iguales por culpa del polvo durante una semana entera.

Limpié las ventanas tantas veces y con tanta fuerza que me salieron agujetas en los brazos. Fregué el suelo unas cuatro veces. También contraté a un gestor para que retomara las cuentas de

la librería, que tenía algunos ahorros parados en una cuenta corriente, y encargué la limpieza de los grafitis del escaparate.

Entremedias, algún día tomaba el café con el señor Wood, que me observaba en silencio con una mezcla de tristeza y orgullo. Yo ya estaba acostumbrada a esa mirada desde que había muerto mi madre. Sus ojos estaban cargados de palabras que nadie se atrevía a decir y trataban de comunicarlo con su silencio y una ligera inclinación de cabeza. No obstante, encontré cierta comodidad en esa pequeña costumbre y comencé a pasar tiempo con él como si fuera un miembro más de mi familia. Además, su actitud tranquila y bonachona y su enorme bigote blanco me recordaban un poco a mi abuelo, así que a veces lo sentía como si lo fuera.

Pasaron veinte días hasta que logré tenerlo todo listo. Veinte días en los que tuve que hacer un cursillo rápido sobre cómo convertirte en librera, como si fuera uno de los videojuegos con los que pasaba horas de pequeña en mi Nintendo DS. Aunque ser librera no resultaba tan glamuroso como las profesiones de esos juegos: veterinaria, profesora y cuidadora de perros. Al final, el noventa por ciento del tiempo consistía en mover libros de un lado a otro. Nadie me explicó cómo negociar con proveedores, mantener un stock o declarar impuestos en otro país. Por suerte, mi pasaporte estadounidense ayudó bastante, y la segunda semana de octubre estaba todo listo para reabrir las puertas de Chapters.

Cuando llegó el momento, me vine abajo como nunca lo había hecho. Pero me sequé las lágrimas, me puse en pie y encendí todas las luces de la librería. Giré el cartel que indicaba que el negocio estaba cerrado y lo puse en abierto.

Traté de mantener la esencia original de Chapters todo lo que pude. Me coloqué en la puerta, como si fuera una clienta que acaba de entrar por la puerta entre las dos cristaleras redondeadas de los escaparates y observé el espacio.

En la entrada había colocado una mesa con los libros más vendidos. A mi madre no le habría encantado ese detalle, pero tenía que ser realista. La librería no dejaba de ser un negocio pequeño y tenía que sobrevivir, aunque fuese vendiendo best sellers. A la izquierda, un par de estanterías formaban un pasillo entre libros de ficción y no ficción. A la derecha, después de la caja, había preparado una esquina con la zona de infantil y juvenil. Gracias a los consejos del señor Wood, quedó realmente acogedora.

Avancé en línea recta, rodeando la mesa de best sellers, hasta llegar a mi mesa favorita, que estaba justo detrás. Ahí había colocado algunos de mis libros preferidos, y también los de mi madre. Era su pequeño homenaje. No podían faltar una edición coleccionista de *Orgullo y prejuicio*, las mejores obras de Taylor Jenkins Reid, *Tan poca vida*, dos libros de Murakami, *Cumbres borrascosas* y el último de Dolly Alderton. Todos los libros formaban una mezcla curiosa, pero describían bastante bien nuestros gustos literarios.

Detrás de esa mesa había mantenido la zona de la cafetería, aunque en realidad no era más que una cafetera y tres mesitas pequeñas con taburetes que había comprado. Las anteriores estaban demasiado viejas, así que las metí en el almacén con la esperanza de usarlas más adelante. A mí

no me hacía especial ilusión mezclar bebidas con libros, pero mi madre siempre quiso que hubiera algo así en su librería.

Caminé hacia el mostrador. Había organizado una pequeña zona de libros de segunda mano a precio reducido. Coloqué ahí los que peor habían sobrevivido al abandono y al polvo, pero aún podían tener una nueva vida.

Estaba a punto de ir a colocarme tras la caja registradora cuando sonó la campanilla de la puerta. Di un bote como si no la hubiera puesto yo unos días atrás. Un chico joven entró en la librería con una cara de confusión casi como la mía.

—¿Está abierto? —preguntó.

No supe qué responder. Me quedé en el sitio. Sí, claro que estaba abierto. Le había dado la vuelta al cartel y toda la tienda estaba aprovisionada y lista para atender a los clientes.

Lo que no esperaba era que el primero fuera así de atractivo.

Tenía un aspecto cuidado, limpio, con la barba de un par de días perfectamente recortada. Calculé que el chico no me sacaría más de dos o tres años. Vestía de negro, con una camiseta que le marcaba ligeramente los bíceps. Sin embargo, no estaba musculado como si fuera al gimnasio todos los días. De hecho, en general, su complexión era delgada, pero se ensanchaba en la espalda y los brazos. Me quedé atascada en lo oscuros que tenía los ojos y en su pelo, que se rebelaba de la gravedad en todas las direcciones.

—¿Hola?

Tuve que parpadear un par de veces.

—Sí, perdona. Está abierto.

—Vale —respondió él como si hubiera visto un fantasma. Tenía la voz grave, como los locutores de radio que escuchaba mi padre para quedarse dormido.

Empezó a dar una vuelta por la librería y yo actué como si no pasara nada.

¿Qué haría mi madre cuando había un cliente? ¿Y cuando era así de guapo?

Seguí los pasos de mister Ojos Oscuros mientras hojeaba varios libros de la sección de best sellers. Por supuesto.

—¿Cuánto lleva abierta la librería? —me preguntó, clavándolos de nuevo en mí.

—Hum... —Miré el reloj—. Seis minutos.

Él se rio y por un momento debió de pensar que le estaba tomando el pelo.

—Creía que había cerrado —añadió él quitándole importancia.

Quise contarle la verdad, pero no me salió nada más. Mister Ojos Oscuros siguió deambulando por la librería, tocando todo lo que se cruzaba por su paso. Tuve que ignorarlo y obligarme a acostumbrarme a esa nueva realidad. Los clientes sobarían los libros, algo que me ponía histérica, pero tenía que aprender a convivir con ello.

—¿Has leído este? —me preguntó, acercándose a un ejemplar del thriller más vendido del momento.

—No —respondí. A eso sí que sabía contestar en una sola palabra.

—Yo tampoco. ¿Y este?

Míster Ojos Oscuros y Preguntón levantó un ejemplar en el aire del libro *Hasta que la suegra nos separe*.

Se me escapó una risita y eso picó todavía más su curiosidad.

—¿Te gustó? —preguntó de nuevo.

—No, no lo he leído.

El chico frunció el ceño.

—¿Y por qué te ríes?

No me gustó su tono.

—Porque me ha recordado a una cosa que solía decir mi madre sobre ese tipo de libros —se me escapó.

De pronto, me di cuenta de que quizá esa era la frase más espontánea y larga que había soltado sobre mi madre a un completo desconocido.

—Por tu tono, creo que no le gustaban mucho estas historias —dijo míster Ojos Oscuros y Preguntón.

Salí de detrás del mostrador y me acerqué hacia él.

—El primer día de cada mes se reunía con su grupo de amigas en un club que llamaron Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago y comentaban libros de esa autora y otras. Ya sabes, libros románticos y muy empalagosos... Y más si eran navideños. Creo que el nombre del club lo dice todo.

El chico reprimió una sonrisa.

—Sí, es verdad —murmuró, recuperando la seriedad—. Estos libros son una basura. Tienen pinta de ser todos iguales y estar destinados a señoras divorciadas que necesitan añadir un poco de salsa a su vida. ¿Me explico? —Agitó la cabeza—. En fin, personalmente, no leería una historia de Amelia Andersen, ni aunque me pagaran.

Me reí. El chaval le habría caído bien a mi madre. Ella siempre decía que era alérgica a ese tipo de novelas porque creaban unas expectativas y estándares irreales sobre el amor y la vida en pareja. De eso, más o menos, iba su club.

—Ya. Yo tampoco.

7 de enero de 1993

Querido diario:

No puedo creer que por fin haya llegado el día. Soy incapaz de dormir por la ilusión. Mañana (aunque ya es hoy porque han pasado las doce de la noche) se inaugura oficialmente Chapters.

Hablar con mis padres me ha relajado, aunque me he quedado sin cambio para la cabina de teléfono. Tendré que cambiar mañana en la caja de la librería.

Después de tanta burocracia, papeleos, problemas con el banco y mil historias más, se me hace raro que por fin tenga vía libre para hacerlo. Siento que estoy pasando por alto algún tema continuamente. O igual es mi síndrome de la impostora tratando de boicotearme.

Ya me da igual, en realidad. No quiero pensar mucho en eso. Ha llegado el día y no puedo estar más contenta. Preferiría que las cosas fueran diferentes, pero estoy orgullosa de haber seguido adelante con este proyecto, yo sola, sin la ayuda de nadie.

No paro de pensar en quién será mi primer cliente. ¿Cómo será? Igual es Ben... Me prometió que pasaría a echar un vistazo a la librería cuando ya estuviera abierta al público.

Creo que voy a intentar dormir, aunque sé que me va a costar muchísimo. El despertador sonará a las siete y lo he dejado en el baño para obligarme a ponerme en pie en cuanto suene. He hecho una prueba para ver si lo escucho bien desde aquí, claro.

He tratado de estar animada a pesar de todos los recuerdos que me trae este momento. Había soñado que lo haría acompañada, y verme sola en la tienda me genera mucha angustia por el pasado.

En fin. Voy a dejarlo aquí por hoy. Mañana te cuento cómo ha ido todo.

Buenas noches,

C.



Helena

Pasé tres días casi sin dormir intentando descifrar quién había dejado una fotocopia del diario de mi madre por debajo de la puerta de la librería. Por supuesto, estaba segura de que era su letra. No tenía ninguna duda. Desde que murió, había atesorado todos los papeles en los que había escrito como si quisiera guardar en un cajón su esencia. Mi primera reacción al verlo fue venirme abajo. Pero, después, me enfadé. No entendía quién podría disfrutar de jugar así conmigo. Aun así, guardé el papel en el cajón de mi mesilla de noche y decidí no pensarlo demasiado para poder seguir adelante con mi vida.

Cuando quería despejar la mente, pensaba en retomar el club de lectura de mi madre. Me encantaba el concepto de la alergia al muérdago porque se había convertido un poco en lo que me pasaba a mí. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y lo último que me apetecía era ver la ciudad convertida en el escenario de una película ñoña de las que ponían después de comer donde la pareja siempre terminaba junta. Hice una lista de posibles libros para el club, pero enseguida me di cuenta de que me faltaba lo esencial: asistentes. Creo que eso me costaría un poco más.

Cuando me di cuenta, ya habíamos dejado atrás Halloween y estábamos a mitad de noviembre. No fui consciente de lo rápido que había pasado el tiempo hasta que la ciudad colapsó con la llegada de aún más turistas y empezaron a instalar luces por todas partes. Como si Nueva York no fuera lo suficientemente luminosa. En el supermercado ya se escuchaba a Mariah Carey con su *All I Want For Christmas Is You* o cualquier canción de Michael Bublé.

Quedaba muy poco para Acción de Gracias y la ciudad ya se preparaba para su mejor época del año. Miré el calendario y me quedé congelada en el 24 de diciembre. Tuve que luchar para que los ojos no se me inundaran de lágrimas. De una manera u otra, tendría que acostumbrarme. En casi todo el mundo se consideraban una fiesta los que, para mí, serían los peores días del año.

durante el resto de mi vida.

Traté de pensar en cosas buenas para desconectar de la realidad. En el fondo, no me había ido tan mal desde que había aterrizado en esta ciudad. Aunque no supiera el motivo, el hecho de que mi madre hubiera dejado pagado todo el año de alquiler me ayudó a no tener que preocuparme demasiado las primeras semanas. Bueno, suponía que había sido ella, aunque no sabía de dónde habría sacado tanto dinero.

Al poco tiempo de arrancar con el negocio decidí dejar el albergue e instalarme en la parte de atrás de la librería, como había hecho ella. Vivía junto al almacén rodeada de libros, eso sí, pero tenía tres cosas que no se podían pedir a ningún hostel que hubiera por la zona: una enorme ventana que daba a un luminoso y amplio patio interior, un baño privado y mucho silencio. Y, sobre todo, ahorra dinero. La puerta que conectaba con la librería solo se podía abrir con una llave, tanto por dentro como por fuera, así que podía dormir tranquila.

Mi madre había dejado casi todo ahí. Solo tuve que hacerlo un poco mío, aunque, en el fondo, me gustaba la idea de mantener su esencia.

La primera noche fue dura. La segunda se me hizo un poco cuesta arriba. Pero una semana después, ya me había hecho a mi nueva habitación. La decoré con pequeñas banderas de colores, plantas artificiales y con mi colección de imanes feos.

En mi tiempo libre, paseaba por Brooklyn y reunía fuerzas, poco a poco, para atreverme a cruzar a Manhattan y visitar los lugares que había recorrido de la mano de mi madre. Macy's ya había decorado sus escaparates con motivos navideños y en su fachada colgaba un enorme lazo rojo. Otros días me quedaba en casa y tomaba prestada alguna de las lecturas que había en las estanterías, aunque aún se me hacían cuesta arriba. Después de estar todo el día haciendo el esfuerzo de atender en inglés, lo último que me apetecía era leer de nuevo en ese idioma. Lo hablaba desde pequeña, pero nunca habría pensado que cansaría tanto trabajar en una lengua diferente a la materna. Me iba a la cama pronto casi todos los días con el cerebro frito y conseguía dormir la cifra récord de nueve horas de sueño diarias. Y lo mejor de todo era que no tenía que madrugar demasiado. Podía despertarme quince minutos antes de la hora de apertura e incluso desayunar mientras llegaban los primeros clientes, los más madrugadores.

Sin embargo, como si me hubieran leído la mente, ese día me despertó el maldito teléfono de la librería antes de tiempo. Lo escuché desde mi cuarto bajo una capa de sábanas y un edredón que pesaba el triple que yo. Me erguí y miré el móvil con los ojos entrecerrados, pensando que me había quedado dormida y no había abierto aún.

Eran las 7.15 de la madrugada. ¿Quién podría tener una emergencia literaria a esas horas? Dejé que el teléfono sonara hasta que colgaron..., pero repitieron la jugada dos veces más.

—Oh, ¿en serio? —grité a la nada mientras apartaba el enorme edredón de un golpe.

Caminé hecha una furia hacia la silla y me puse la bata. Cogí las llaves, abrí la puerta que me separaba de la librería y caminé hacia el aparato. A través de las ventanas entraba un poco de luz, pero tampoco mucha porque estaba cayendo el diluvio universal. La gente corría de un lado a

otro con paraguas. Un relámpago iluminó cada esquina de la librería.

—Librería Chapters —respondí con la voz todavía pastosa.

—¿Hablo con Carmen Cortés?

La pregunta y el acento escocés me despejaron al instante.

—Soy su hija, Helena. Carmen falleció hace diez meses.

Ya eran casi once, pero no podía enfrentarme al hecho de que estaba a punto de cumplir un año.

—Vaya, lo sentimos mucho —dijo la voz, que sonó sincera de verdad—. Le llamamos de GoldenTree Publishers, soy Violet Reed, becaria del departamento de Marketing.

No pude controlar un bostezo. ¿Qué empresa llamaba a esas horas para reclamar una factura? ¿Se me había quedado algo pendiente? Entré en pánico y abrí el cajón. Saqué varios documentos mientras la chica siguió hablando.

—Antes que nada, disculpe la hora de mi llamada. No lo haría si no fuera una emergencia, he metido la pata y no puedo perder mi puesto...

Miré el identificador del teléfono fijo para ver si era una broma o era real. La chica me llamaba desde un número oculto.

—¿Qué sucede? —pregunté, un poco más despejada.

—Mira, no te conozco de nada, Helena, pero necesito que me hagas un favor enoorme. La he cagado con una cosa del trabajo, pero no puedo permitir que me despidan —empezó a hablar a toda pastilla, por encima de sus posibilidades, poniendo a prueba mis habilidades de *listening* en inglés con ese acento tan cerrado—. Me he acordado al despertarme, aún estoy en mi casa antes de ir a la oficina y... Oh, por Dios, ¡me van a echar! Verás, resulta que hoy va a ir a vuestra librería una autora importante con mi jefa. Por favor, necesito que no le digas nada de esto o me matarán... Quieren hacer una especie de programa de firmas y eventos en pequeñas librerías y van hoy a visitarlas. ¡Ay!

Se escuchó un ruido sordo al otro lado del teléfono.

—¿Violet?

—Estoy bien, estoy bien. Solo se me ha roto la media al intentar ponérmela. Bueno, necesito que por favor hagas como que estás enterada y hemos hablado estos últimos días. Por favor, necesito que me cubras. Resulta que contacté con todas las librerías de la lista, pero se me olvidó escribirte, y, hoy, cuando estaba buscando el correo de confirmación de la hora a la que iban a pasar por la tuya..., ¡no lo he encontrado! Les prometí que cada librería haría una selección de sus títulos más leídos... y que tendrían algo para picar.

Tragué saliva. Esto era demasiada información antes del desayuno.

—Pero... ¿de qué va todo esto de las librerías?

Esperé a que Violet respondiera, pero al otro lado de la línea solo se escuchó el silencio. Miré el teléfono y me di cuenta de que no funcionaba. Entonces, se oyó un trueno que terminó de despertarme del todo. Los cristales del escaparate se agitaron y yo no pude evitar soltar un grito.

—Genial..., ahora se ha ido la maldita línea... Imagino que tampoco habrá luz.

Colgué el teléfono y traté de encender el ordenador sin éxito.

Suspiré en quinientos idiomas. Me encantaba vivir en el primer mundo y que todavía pasaran estas cosas. Traté de recapitular la conversación con la becaria. Había mencionado algo de tener comida, pero no me había confirmado la hora a la que pasarían, ni siquiera el nombre del autor. ¿O había dicho autora?

—Maldita sea —farfullé, regresando a mi cuarto. Por suerte, me había duchado la noche anterior, así que me vestí y busqué en mi móvil cuál era la pastelería más cercana. No tenía mucho presupuesto e imaginé que si iban a visitar varios lugares no tendrían mucha hambre, así que cogí cuarenta dólares y esperé que con eso fuera más que suficiente. Como no tenía paraguas, me atavié con una chaqueta con capucha y un bolso que parecía impermeable.

Cinco minutos después, como no regresaba la línea, me enfrenté a la tormenta en busca de la pastelería que había encontrado en Google Maps. Nada más llegar, vi que estaba cerrada por descanso semanal.

—Genial —murmuré, resguardándome bajo el tejadillo del local. Fue una mala idea, porque todo el mundo aprovechó para arrollarme mientras estaba ahí, incluyendo la gente que tenía paraguas—. Pero... ¡si tienes paraguas! ¡Deja un poco para los demás! —exclamé en español, frustrada. Nunca he entendido por qué la gente hace eso.

Mi pelo se volvió loco al mínimo contacto con la humedad de la lluvia y multiplicó su tamaño. No quería sacar el móvil porque tenía las manos mojadas, así que di la vuelta a la manzana rezando para que hubiera algún sitio abierto. Pasaron los veinte minutos más estresantes de mi vida desde que había puesto un pie en esta ciudad de hormigón y empujones hasta que divisé un Dunkin' Donuts a lo lejos. Por fin. No era la mejor opción, pero por lo menos podría volver a la librería a tiempo para abrir y sin las manos vacías.

Corrí como una condenada para resguardarme dentro con tan mala suerte que me resbalé con el agua negra de las pisadas del suelo de la entrada. Intenté agarrarme a la puerta, pero se me enganchó la manga en el pomo, desgarrándose la chaqueta por completo.

No me lo podía creer. Todo el mundo me miraba y solo un par de turistas asiáticos se acercaron a ayudarme para levantarme del suelo. Aunque me dolía mucho el tobillo, disimulé y planté una sonrisa falsa en mi rostro hasta que me apoyé en el mostrador. Tuve que apretar los dientes para no llorar por el cóctel de rabia, vergüenza y dolor que tenía en mi interior.

Pedí una caja de veinte, imaginando que no la acabaríamos, pero quedaría bien. Escogí un poco de todo y, todavía con el tobillo ardiendo, me preparé mentalmente para regresar a la librería. Ya no llovía tanto, pero la capucha de mi chaqueta había quedado inservible y mi tobillo no me iba a permitir grandes velocidades, por lo que me fui cojeando hasta Chapters. Por suerte, no ocurrió ninguna desgracia más. Ya había cubierto el cupo para lo que quedaba de año.

Dejé la caja de donuts junto a la caja registradora y me di cuenta de que la línea había vuelto. Bueno, no todo eran malas noticias. Encendí las luces, porque tenía que abrir en dos minutos.

Suspiré y me dejé caer en la silla.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta.



Doyle

Llamé a la puerta de Chapters en cuanto encendieron las luces. Todavía faltaba un minuto para que abrieran, pero con la que estaba cayendo en la calle estaríamos mejor dentro que fuera.

Todavía se me hacía raro ir con mi madre a sus eventos y reuniones y actuar como si no pasara nada. Ella no era la única que guardaba un secreto.

Distinguí una figura acercándose hacia la puerta y tuve que parpadear dos veces cuando la abrió. Carmen Cortés me recibió con una expresión de pánico en el rostro. Tenía el pelo completamente empapado. Los rizos se le habían vuelto locos. ¿Dónde había dormido? ¿En la calle? Y la chaqueta... ¿estaba rota o era así? No fui capaz de distinguir si era otra moda de estas extrañas que corrían por las calles de Nueva York o si realmente se le había roto. Pero ¿quién iba a trabajar con una chaqueta así?

Ella me miró como si hubiera visto un fantasma, sin hacer ademán de dejarnos entrar.

—Buenos días, soy Doyle Andersen, hijo de Amelia Andersen y compañero de Johana. ¿Podemos pasar, por favor? —le pregunté amablemente, haciendo un gesto con la cabeza hacia el interior. La lluvia no parecía tener intenciones de parar.

—Sí, cla-claro —tartamudeó ella.

La chica miró a mi madre y después a mí. En sus ojos marrones vi pasar la sorpresa, el enfado y el odio en cuestión de un segundo.

Por supuesto que me había reconocido. Mi visita previa para cotillear la librería y preguntarle si había leído *Hasta que la suegra nos separe* no había sido en vano, y al parecer le había dejado tan buena impresión que se acordaba de mí. Se me escapó una sonrisita que solo ella pudo ver. A cambio, entrecerró los ojos.

Se hizo a un lado para dejarnos pasar a Johana, a mi madre y a mí. Busqué un felpudo con la mirada y, como no había, le manchamos un poco la entrada a la librería.

—Bienvenidos —dijo ella, forzando una sonrisa.

—¿No tendrás un paraguero, querida? —le preguntó mi madre.

—No, lo siento —respondió—. Déjelo aquí, no pasa nada. Luego lo secaré.

La vi tan apurada que no supe qué más decir. ¿Es que nadie la había avisado de que íbamos a venir a primera hora? A la pobre se la veía atacada. Cogió el paraguas y se le abrió sin querer.

—Menuda tormenta, ¿eh? —intervino Carmen de nuevo mientras intentaba cerrar el paraguas y apoyarlo contra la puerta de entrada, pero se le caía una y otra vez.

Se me escapó otra risita al ver que hablaba del tiempo. Un clásico. Estaba de los nervios.

—¡Y que lo digas! —saltó enseguida Johana.

Pensé que nos acompañaría otra persona del equipo, pero la editora, ahora mi compañera de trabajo, se encargó de venir con nosotros para visitar todas las librerías. Teníamos un total de ocho citas a lo largo del día y esta solo era la primera.

Carmen dejó de pelearse con el paraguas y nos indicó el camino hacia el fondo de Chapters, donde había unas mesitas con taburetes. ¿En serio nadie iba a mencionar nada de su chaqueta?

—Antes que nada, queríamos darte las gracias por presentar tu librería como candidata al programa Andersen's Advent organizado por la editorial —le dije, preparándome para repetirlo siete veces más a lo largo del día—. Nos sorprendió mucho que hubieras reabierto el negocio, Carmen, pensábamos que habías cerrado el año pasado.

La chica se puso blanca. Esperé un rato prudencial a que respondiera y por fin abrió la boca.

—Yo... no soy Carmen. Soy Helena. —Noté en su tono de voz que estaba luchando por que no se le rompiera—. Carmen era mi madre, falleció el año pasado.

El que se puso pálido entonces fui yo. Mi madre me fusiló con la mirada.

—Lo siento mucho.

Joder, primera cagada. Y no solo con la pobre chica, sino que encima lo había hecho delante de mi nueva jefa y mi propia madre. Aunque, en mi defensa, ¿cómo lo iba a saber? En el correo electrónico que me había mandado Violet ponía que la propietaria se llamaba Carmen...

—Vaya, lo sentimos mucho. Bueno, no queremos entretenerte, imagino que abrirás pronto —me relevó Johana. Apreté el puño por debajo de la mesa y busqué la mirada de Helena, pero no la supe descifrar—. Como te adelantó mi compañera, el mes que viene arrancaremos con el programa Andersen's Advent. Nuestra autora Amelia Andersen quiere hacer una serie de eventos navideños en una librería de barrio del estado de Nueva York. Hemos hecho una lista con las ocho que más nos han gustado y queríamos conocerte un poco y hablar sobre las posibilidades en esta librería. Tenemos en mente organizar diferentes eventos: una charla, un paseo temático por la ciudad, un intercambio de libros, un día solidario... Queremos que todo sea muy orgánico y cercano, nada de grandes multitudes. ¿Cómo crees que Chapters podría encajar en este plan?

Helena contestó las preguntas de Johana como pudo. También le preguntó por el espacio disponible y el aforo de la librería. Tomé notas, aunque en realidad no había mucho que apuntar. La impresión que me dio es que no se había preparado nada. ¿Por qué se había presentado al

programa, entonces? Tuve que contenerme para no suspirar cuando dijo que sus clientes no solían tener el perfil de lectoras de mi madre. A Johana tampoco le gustó esa respuesta, aunque ella supo disimularlo mucho mejor que yo. Mi madre, sin embargo, parecía estar divirtiéndose.

—¿Eso de ahí es de Dunkin’ Donuts? —preguntó, cortando el interrogatorio de mi jefa.

—Eh..., sí. ¡Sí! —exclamó Helena.

Caminó con dificultad hacia el mostrador, cojeando, y regresó con una caja de veinte donuts, aunque dentro solo había quince. No me llamó la atención, la verdad. Mi madre era capaz de comerse siete u ocho de una sola sentada. Quizá la chica no era tan espabilada a la hora de venderse, pero había investigado lo suficiente como para saber que Amelia Andersen regalaría su alma a cambio de una caja de donuts de esa franquicia.

—Están deliciosos —dijo mi madre, después de terminarse el tercero. Le rugió el estómago y soltó una carcajada—. No me ha dado tiempo a desayunar —se justificó.

Helena reprimió una sonrisa y retomé las preguntas para que mi jefa pudiera comer también, aunque la llamaron por teléfono en cuanto dio el primer bocado. Se disculpó y se acercó a la puerta de la librería para tener un poco de privacidad.

—Y, para terminar, Helena, ¿cuál es tu libro favorito de *mi madre*? —le pregunté, haciendo clics con el bolígrafo para ponerla nerviosa—. Parece que eres muy fan de las comedias románticas y *chick lit*.

Clavé los ojos en los suyos, poniéndola a prueba. ¿Se acordaría del que comentamos aquel día? Aunque no se puso roja, sí que pude notar cómo le hervía la sangre en las mejillas.

Por supuesto que se acordaba.

—*Hasta que la suegra nos separe* —respondió, más bien, masculló entre dientes, retándome con la mirada y mordiéndose el labio inferior por dentro. Creo que era la primera vez en toda la mañana que había respondido una pregunta con seguridad.

Solté una carcajada más alta de lo que debería. Mi madre se giró hacia mí, pero no me molesté en explicarle nada.

—¿Y qué parte te gustó más? ¿Por qué no comentamos el final? A mí me sorprendió mucho la decisión que tomó Charlotte, ¿tú habrías hecho lo mismo? —le pregunté.

—Ya basta, Doyle.

Había fuego en sus ojos, aunque del pelo todavía le goteaba agua.

«Idiota», me dijo con los labios, sin hacer ningún sonido.

Helena

No me lo podía creer.

No. Me. Lo. Podía. Creer.

Míster Ojos Oscuros y Preguntón, que había estado insultando los libros de Amelia Andersen unos días atrás en mi propia librería, no era otro que su hijo.

¡Su hijo!

Genial.

Necesité cinco minutos para reponerme, cinco minutos durante los cuales solo di vueltas alrededor de la librería como una tonta intentando calmar las ganas de pegarle un puñetazo.

Además, había quedado como una estúpida delante de los tres. ¿Por qué nadie me había avisado de esto? Yo no había inscrito mi librería en ningún lugar para formar parte de ningún evento. ¡Y, encima, navideño! Si odiaba las comedias románticas, aún más las navideñas. Desde que tenía memoria, mi madre decía que no las podía soportar. No entendía cómo la gente podía pasar horas y horas enfrascada en historias que eran una copia la una de la otra, donde los patrones se repetían y el final siempre era feliz. Y todos los carteles de las películas eran verdes, rojos y dorados sin excepción.

«La vida real nunca es así», decía siempre. «El amor te atropella, luego te intenta recomponer y, cuando crees que ya puedes amar de nuevo, te atropella otra vez todavía más rápido».

Mi madre siempre fue muy negativa con respecto al amor. Quizá por eso todo el mundo me decía que me parecía a ella. Que hoy me hubieran llamado por su nombre había sido un golpe bajo, a pesar de que hubiera sido un error.

Quería odiar a Doyle Andersen. No, de hecho, ya lo odiaba. Él encarnaba el estereotipo de personaje insufrible de la típica novela con un arco de redención y no era tan malo como parecía. Yo no había leído muchas historias así, pero con ver la sinopsis de cualquier novela pastelosa del

momento era suficiente para reconocerlo.

Mi madre se habría desmayado si hubiera visto comedias románticas en la librería, con esas portadas de miles de colores y sus títulos fantasiosos. Odiaba que el rosa inundara las estanterías igual que yo odiaba la Navidad. Pero yo era consciente de que vendían y necesitaba los best sellers para tener una base fija de ventas.

En cuanto regresó la línea telefónica después de la tormenta, pensé en llamar a la editorial para que me pasaran con Violet y que me explicara bien todo eso de Amelia Andersen. Si es que era posible contactar así con ella. Sin embargo, no lo hice. En realidad, estaba tranquila. Era improbable que me escogieran después del espectáculo que había montado. Por lo menos no alcanzaron a ver mi cara en el momento en el que me di cuenta de que había pagado por veinte donuts y solo habían puesto quince.

Y, sobre todo, difícilmente me escogerían después de verme con la chaqueta rota puesta.

La campanilla de la entrada sonó, devolviéndome a la realidad. Mierda.

Con el tobillo todavía dolorido, atendí a algunos clientes. Una mujer se llevó una novela de Amelia Andersen y me pregunté si esa anécdota me perseguiría toda la vida y se la contaría a mis nietos en bucle, inventándome datos nuevos cada vez.

Cuando llegó la hora de cerrar, giré el cartel de «Abierto», eché la llave y caminé hasta el mostrador. Tenía un par de correos electrónicos sin leer. Uno era una *newsletter*. Y el otro...

De: Doyle Andersen (doyle.andersen@goldentrepublishers.com)

CC: Johana Green (johana.green@goldentrepublishers.com), Violet Reed (violet.reed@goldentrepublishers.com)

Para: hello@chaptersbookshop.com

Asunto: ¡Felicidades!

Estimada Helena:

Ha sido un placer volver a coincidir contigo 😊

Te escribimos desde GoldenTree Publishers para felicitarte por haber sido seleccionada como la librería de referencia del programa Andersen's Advent. ¡Gracias por presentarte y por tu gran esfuerzo por sobresalir entre tus compañeras! Ha habido mucha competencia, pero sin duda la tuya ha sido la que más ha destacado. ¡Enhorabuena!

Te adjunto el calendario de próximos eventos con las fechas que te venían mejor, tal y como rellenaste en el formulario.

Seguimos en contacto.

Gracias de nuevo,

Doyle Andersen

Asistente del departamento de Marketing

GoldenTree Publishers

Nueva York, NY

Ni siquiera abrí el documento adjunto. Tenía que ser una broma. Definitivamente, alguien se estaba quedando conmigo. ¿Cómo era posible que hubiera ganado un presunto concurso, al que ni me había presentado, con el pelo mojado, la chaqueta rota y contestando mal todas las preguntas del equipo editorial? ¿Tan mal lo habían hecho las otras tiendas?

Miré la carpeta de correos enviados desde la cuenta de la librería intentando averiguar si había rastros de que alguien más tuviera acceso. No obstante, los últimos correos los había mandado mi madre antes de Navidad, el año pasado. Por si acaso, cambié la contraseña.

Apagué el ordenador y, cuando estaba a punto de hacer lo mismo con las luces, escuché a alguien llamando en el cristal de la puerta. Di un bote, pero solo era el señor Wood. Corrí a abrirle.

—Buenas noches, querida. ¿Qué haces aquí todavía?

Me encogí de hombros.

—Leer los correos —respondí.

No quería contarle todo lo que me había pasado. Era poco creíble.

—Te estás quedando a dormir aquí, ¿verdad? —me preguntó, por un momento dudé si era legal hacer lo que estaba haciendo—. Oh, no te preocupes, tu madre también lo hacía. No seré yo quien lo prohíba. Los alquileres de esta ciudad ya están demasiado disparados...

El señor Wood se quitó el sombrero y le ofrecí tomar un café en la zona de las mesas.

—Mejor un vaso de leche, si puede ser. Manías de viejo, ya sabes...

Me reí.

—Pues yo voy a hacer lo mismo —le confesé. No recordaba la última vez que había tomado un vaso de leche así, sin más.

Nos sentamos uno frente al otro mientras en el exterior empezaba a llover otra vez.

—¿Vas a decorar la tienda por Navidad? He visto que por ahí ya están llenando todo de árboles de Navidad y luces parpadeantes.

Fruncí el ceño.

—No lo creo, no. Tampoco decoré en Halloween.

Soné un poco huraña al decir aquello, pero de verdad no tenía muchas ganas de ponerme a jugar a los *Sims* en la librería. El negocio me daba el suficiente trabajo como para no parar durante nueve horas al día. No me apetecía hacer horas extra para decorarla. Hasta agradecía que los domingos me obligaran a cerrar por ley.

—Como quieras —añadió el señor Wood, dando un trago a su bebida.

Había algo en él que me resultaba muy familiar.

—Señor Wood, usted...

—Oh, no, querida. Llámame Ben, por favor. Como si me conocieras de toda la vida.

Sonreí.

—De acuerdo, señor..., perdona..., Ben. ¿Conocías bien a mi madre? ¿Cómo fueron sus últimos días por aquí? —le pregunté a pesar de que quizá me dolería la respuesta.

Él se paró a pensarla.

—Estuvo bien, supongo... Nada me hizo sospechar que le sucedería algo así. Hablé con ella esa misma mañana porque estaba poniendo unas decoraciones navideñas en las cristaleras con Millie.

Millie. En cuanto oí ese nombre, dejé de escuchar lo que estaba diciendo Ben. Todo lo que estaba a mi alrededor pasó a un segundo plano y viajé a otra dimensión.

¡Pues claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? Tenía que ser Millie quien había montado todo esto para que yo viniera. La que habría comprado los billetes, pagado el alquiler... y organizado todo este embrollo tan molesto de Amelia Andersen.

Millie había trabajado en la librería con mi madre, mano a mano, hasta que se quedó embarazada y se cogió la baja. Una baja de la que nunca regresó...

—¿Estás bien? —me preguntó el anciano.

Moví la cabeza, regresando al mundo real.

—Sí, perdona. Estaba pensando en Millie... ¿No tendrás su contacto?

Ben se lo pensó un momento.

—Puede ser, pero tendría que buscarlo. No estoy seguro. Su número estará en el móvil de tu madre... —dijo con cuidado.

—Lo tiene mi padre en España, aunque no conservamos la tarjeta SIM —respondí pensativa.

Habían mencionado tantas veces a Carmen Cortés en el último mes y medio que empezaba a insensibilizarme a oír su nombre. Al principio, pensé que estar en la librería lo empeoraría todo, pero lo cierto era que lo estaba llevando mejor de lo que esperaba.

Ahora solo me faltaba resolver quién estaba detrás de todas esas triquiñuelas. Tenía que hablar con Millie, sí. Seguro que era ella quien había pagado mi billete y quien había apuntado a la librería al Andersen's Advent para echarme una mano con las ventas. Y no me había dicho nada hasta ahora porque... porque... ¿le daba mucha pena regresar?

Había un engranaje que me fallaba en esa historia, pero por lo menos sabía cuál sería el siguiente capítulo.

Doyle

—Por favor, dime que has elegido Chapters porque nos pilla al lado de casa y no por la chica esa —le rogué a mi madre en cuanto regresé del trabajo.

Llegué empapado a nuestra casa en Dyker Heights, igual que la pobre chica de la librería. Me dio pena verla así, pero ahora que mi madre había elegido su librería, estaba cabreado.

—Bueno, la ubicación es un motivo importante —respondió mi madre comiéndose un donut—. Pero, sobre todo, me ha ganado por esto. Es la única que se ha molestado en buscar información sobre mí y ofrecerme mis dulces favoritos.

Levantó en el aire la caja casi vacía de Dunkin' Donuts. Después de desayunarlos en Chapters, se le habían antojado otra vez, y podía prever que entraría de nuevo en esa espiral en la que comía lo mismo durante una semana para luego empacharse y pasar dos meses sin probarlo. Era algo que solía hacer cuando tenía cerca la fecha de entrega de una novela.

—Me dio mucha ternura la chica. Y, de todas las que visitamos, me pareció la única que no era una aprovechada y que no quería sacar tajada de la situación. Todas las demás librerías parecían... unos vampiros dispuestos a chuparme hasta la última gota de sangre... o de tinta.

Bufé.

—¡No tiene gracia, mamá!

—A mí me la hace. —Mi madre se encogió de hombros y fue a por otro donut.

—La chica esa no tenía ni idea de dónde estaba. ¿Para qué se presenta al Andersen's Advent, entonces? ¡Ni siquiera se ha leído un libro tuyo!

—Ha dicho que le gustó *Hasta que la suegra nos separe*.

Me puse en pie de la rabia al ver que no se estaba dando cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Pero era mentira! ¡Es una embustera! Su madre tenía un club de lectura donde se reían de libros como los tuyos, mamá.

Mi madre, en lugar de enfadarse, sonrió un poco.

—¿Puedes relajarte un poco, Doyle? ¿No habías quedado con tus amigos por la tarde? —me cortó mi madre—. Cada vez que hablas de ella estás como... tenso.

Estiré el cuello de un lado a otro y me senté. Watson se puso a mi lado, pegándose para conseguir un poco de calor. De tanto abrir las ventanas y puertas de casa cuando me agobiaba, la calefacción apenas hacía efecto.

—No es verdad —respondí, aunque un poco sí.

Qué me pasaba con esa chica... Me cabreaba que mostrara tan poco interés y, al mismo tiempo, se hubiera presentado como candidata. Resultaba difícil de entenderlo.

—Doyle —me advirtió de nuevo con su tono de enfado.

—¿Qué? Ni siquiera sabía bien en qué consistían todas las actividades del programa. ¡Ha improvisado todas las respuestas! —Watson maulló cuando me puse de pie sin avisarle—. Te lo advierto, mamá. Es una aprovechada y solo te quiere para sacar tajada.

Mi madre dejó el medio donut en la caja con más fuerza de la necesaria.

—¿Y quién no me quiere por lograr algo a cambio, Doyle? ¿Te crees que Johana y las demás son tan majas con una autora que vende solo mil ejemplares al año? ¿Te crees que Giulia me habría invitado a su programa de televisión en *prime time* si no fuera porque le iba a dar audiencia? ¿Sigo con la lista de autores, periodistas, libreros y demás profesiones que solo se quieren aprovechar?

Mi madre suspiró y decidí bajar la intensidad un poco.

—Ya lo sé, lo he visto con mis propios ojos —le concedí—. Pero se supone que esto es para que tú puedas disfrutarlo, mamá. Para que puedas estar con tus lectoras de una forma más cercana y tranquila. Y tus manos no sufran más.

Esperé a que respondiera, pero no estaba por la labor de continuar la conversación. Mi madre recogió el donut que había dejado en la caja medio mordido y lo comió como si no me hubiera escuchado.

—Genial —le respondí por lo bajo—. Pero voy a demostrarte que esa chica no es buena gente y que deberíamos haber elegido la librería que tenía el muñeco de nieve en la entrada, aunque estuviera fuera de la ciudad.

Me fui de ahí hecho una furia y me metí en la ducha para prepararme, pese a que estaba demasiado enfadado como para salir a tomar algo con mis amigos. Era consciente de que no tenía punto medio. O no quería saber nada del trabajo de mi madre o me metía hasta el fondo en sus asuntos. Pero, en mi defensa, lo hacía porque no me gustaba dejar las cosas a medias. Y justo por eso, a veces, prefería no involucrarme.

—Ya está lo suficientemente preocupada por su artrosis como para que venga una niña a aprovecharse... —murmuré dentro de la ducha.

Me lavé el pelo y terminé con un chorro de agua fría, aunque estuviéramos en noviembre. Al final me animé a salir de casa y ver a mis amigos me vino bien para desconectar. Sin embargo, a

la tercera cerveza, puse una excusa y regresé a casa. Me fui directo a la cama para no darle más vueltas al asunto, pero al día siguiente mi primer pensamiento fue planificar a qué hora iba a escaparme en el descanso del trabajo para enfrentarme a Helena.

19 de febrero de 1993

Querido diario:

No paran de venderse novelas románticas en la librería. Pero ¿por qué? ¿Se puede saber qué mosca le ha picado a la sociedad de hoy con el amor? Soy incapaz de entender por qué los lectores tienen esta obsesión por las novelas cuyos finales parecen una explosión de diabetes y falsas promesas. Yo misma empecé a salir con Fernando hace poco y no siento esa locura hormonal que describen en esos libros.

Hace casi un mes desde que abrí Chapters. Aunque parece que ha pasado un siglo, ya he aprendido muchísimo del negocio. Lo primero es que tener una librería no es tan idílico como parece en las películas. La mayor parte del tiempo lo paso moviendo cosas de un lado a otro y apagando fuegos, metafóricamente, claro.

Lo segundo es que cada vez menos gente se deja aconsejar por el librero. Por lo menos aquí las cosas no son como en España. Se ha perdido un poco la tradición de entrar y dejarte llevar por las estanterías. Muchas personas ya vienen a por un libro en concreto, el best seller de turno. Otras han visto un programa de televisión donde recomendaban un libro y acuden a comprarlo en masa.

Estoy notando un cambio de tendencias muy grande y eso, a veces, me asusta. No me gustan los cambios... (dice la persona que se fue a otro continente a estudiar, se enamoró y montó un negocio de cero). Pero, ahora, en serio, me da pánico ver cómo todo va cambiando y no se puede hacer nada.

Las novelas románticas parecen estar despuntando cada vez más. Mi amiga Millie me dijo que algunas de las que están publicando ahora tienen contenido erótico y la gente solo las lee por eso. Incluso hay personas que las compran, las leen y las devuelven porque les da vergüenza tenerlas en su casa. ¿Estamos locos?

En fin, me da miedo que todo se vaya de madre. Hay algunas librerías en el centro que están creciendo muchísimo por vender novelas vacías. A veces me planteo hacer lo mismo, pero solo me dura un segundo, y entonces me recuerdo lo tonta que he sido por pensarlo. No, no podría hacerlo. La idea de Chapters siempre fue apostar por la variedad y la calidad. Tener pocos títulos, pero que fueran lecturas que aportaran.

Ay, madre mía. Ahora que releo lo anterior, creo que me estoy empezando a parecer demasiado a mi madre. ¿Me estoy convirtiendo en una mujer huraña de las que dicen que el pasado siempre fue mejor? ¿Es esto un inicio de la temida crisis del cuarto de siglo de la que tanto me habían advertido?

En fin, esta conversación conmigo misma ya no tiene ningún sentido. Voy a cerrarte y salir a cenar con Millie. Ella no lo sospecha, creo, pero la estoy tanteando para ver si querría trabajar conmigo en la librería. Por ahora puedo yo sola, pero sé que en unos meses necesitaré a alguien que me cubra si quiero unas vacaciones. Además, ella es la integrante más asidua del Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago, así que, si alguien se merece el puesto, es ella.

Sí, es posible que lo haga.

Nos leemos en unos días,

C.

Helena

Si no hubiera sido porque tenía la letra de mi madre, habría arrugado la fotocopia y la habría lanzado a la acera de enfrente. No entendía a quién le parecía tan gracioso hacerme esto. Y, sobre todo, me agobiaba que alguien pudiera tener en sus manos el diario de mi madre.

Nunca habría imaginado que tenía uno. Y ahora había alguna persona por ahí que se dedicaba a leerlo, fotocopiarlo y jugar conmigo pasando bajo la puerta, de vez en cuando, fragmentos aleatorios.

Cerré la puerta y me eché a llorar. Antes sospechaba que era mi padre quien estaba detrás de todo esto. Sobre todo, de la compra del billete. Ahora no lo tenía tan claro. Había algunas cosas que él no podía haber hecho, como pagar un año entero de alquiler del local o dejar las notas por debajo de la puerta. Tenía dos personas en mi lista de sospechosos: Ben y Millie. El primero vivía encima, así que no sería difícil pillarlo alguna vez. Pero Millie... Tendría que quedar con ella en algún momento. Aunque no sabía cómo mirarla a la cara y preguntarle si era ella la que estaba haciendo todo esto.

Guardé la fotocopia en mi mesilla de noche y regresé a la librería. Mandé varios mensajes a mi padre, respondiendo los que me habían llegado en mitad de la noche.

Después, caminé hasta ponerme detrás del mostrador, encendí el ordenador y abrí el PDF de GoldenTree Publishers de mala gana. El aparato era viejo, por lo que se tomó su tiempo.

Ese era otro tema que me tocaba las narices. No sabía por qué demonios me habían escogido, las otras librerías no podían haber sido tan malas. Quizá se habían inundado todas las demás por las lluvias y Chapters fue la única que quedó en pie tras la tormenta. Sí, esa era la opción más creíble.

Eché un vistazo rápido por encima. El documento especificaba las fechas, horas y actividades para cada viernes del mes de diciembre, imitando un calendario de Adviento.

ANDERSEN'S ADVENT

Calendario definitivo

VIERNES, 3 de diciembre. Club de lectura con la autora. Amelia Andersen charlará con 30 lectoras que se escogerán al azar entre todas las que se inscriban en la web de la editorial. Duración: 1 hora. Posterior firma de libros limitada a 2 ejemplares por persona.

VIERNES, 10 de diciembre. Paseo temático por Nueva York. Visita a los lugares más emblemáticos de sus libros ambientados en la ciudad, sobre todo de Año nuevo, novio nuevo, donde aparecen escenarios navideños.

VIERNES, 17 de diciembre (BOOKCROSSING). La librería como punto de encuentro para hacer un intercambio de libros. Se repartirán 50 tiques para 50 participantes que traerán un libro de casa de segunda mano y lo dejarán en la librería. A cambio, se llevarán uno sorpresa firmado por la autora y cedido por la editorial. Los ejemplares recibidos por los participantes se guardarán para la última acción del día 24 de noviembre.

VIERNES, 24 de diciembre. La noche antes de Navidad es una de las más mágicas del año. Se llevará a cabo una acción solidaria donde cualquier persona podrá acercarse a donar un libro. La autora, los libreros y los trabajadores voluntarios de la editorial los envolverán y los repartirán por los orfanatos y comedores sociales de la ciudad.

Cerré el documento de golpe en cuanto leí el último de esos párrafos.

«Una de las noches más mágicas del año...».

Casi once meses atrás la había pasado sufriendo en silencio en un avión mientras al otro lado de la ventanilla era de noche. Los pasajeros dormían plácidamente de camino a sus vacaciones en Nueva York. Mi padre y yo íbamos a enterrar a mamá.

Se escucharon unos golpecitos en el cristal del escaparate y alguien abrió la puerta.

—Buenos días, querida. ¿Me habías pedido que pasara a verte? —saludó Ben, entrando en la librería como si fuera suya. Se me escapó una sonrisita al pensar que en realidad era de su propiedad.

Para no romper la tradición, hoy también llevaba un chaleco varias tallas por debajo de la que debería. Se había recortado la barba blanca, pero todavía tenía ese aire a Papá Noel que haría que los niños lo confundieran por la calle en esa época.

—Buenos días —respondí, intentando que no me temblara la voz—. Sí, pero no es urgente, no pasa nada.

Traté de esconder las lágrimas, pero Ben me pilló frotándome los ojos.

—Oh —dijo él.

Se acercó al mostrador, lo rodeó y me dio un abrazo sin hacer más preguntas. El último cliente de la mañana había salido hacía rato y estaba colgado el cartel del lado de «Cerrado», hasta las cinco de la tarde.

—Venga, deja ese sándwich frío que te estás comiendo. Te invito aquí al lado a mi restaurante mexicano favorito.

Sonreí y rechacé la invitación.

—No hace falta, pero muchísimas gracias.

—Que sí, que sí —insistió él—. Además, me paso todo el día solo y creo que tú tampoco tienes mucha compañía, ¿verdad?

En realidad, echaba mucho de menos la compañía de mi padre, pero sobre todo la de mi gata. Negué con la cabeza y él me hizo un gesto para que dejara el sándwich y nos marcháramos de ahí. Supe que no tenía nada que hacer contra eso, así que le hice caso y apagué todas las luces antes de salir. Cerré bien con llave y lo seguí a un local más cercano de lo que esperaba.

El restaurante era todavía más pequeño que la librería. Tenía solo tres mesas y estaban ocupadas, así que Ben me guio hacia la barra.

—Buenas tardes, señor Wood —le saludó una camarera con acento mexicano—. ¿Lo de siempre?

Él asintió.

—Y hoy os traigo una amiga. Ella es Helena, es española y trabaja en la librería bajo mi casa.

La chica tras la barra sonrió. Lo primero que me llamó la atención fue la sombra de ojos rosada que coloreaba sus párpados y su *eyeliner*. Se había recogido la larguísima melena en una coleta alta y llevaba un par de horquillas de mariposas decorando su pelo.

—¿Es en serio? —me preguntó en español. Un sentimiento de tranquilidad me recorrió el cuerpo al escucharla hablar en mi idioma—. ¡Pensaba que la habían cerrado para siempre!

—Supongo que no —respondí, encogiéndome de hombros y devolviéndole la sonrisa—. ¿Eras cliente de la librería?

—¡Claro! Iba casi todos los miércoles antes de entrar a trabajar.

Las mariposas de su pelo se agitaban cuando hablaba.

—Tienes que venir un día a ver qué te parece cómo ha quedado. He hecho algunos cambios —le propuse, con poca fe en que aceptara.

—Claro que sí. Es un placer tenerte por aquí, Helena. Hoy están invitados a lo que quieran. Ben es nuestro mejor cliente... y el más antiguo —susurró ella, como si él no lo fuera a entender.

Aun así, él se rio, como si supiera por dónde iba nuestra conversación.

—¿Qué se te antoja? —me preguntó la chica—. Soy Camila, por cierto.

—Pues... —Busqué la carta con los ojos, pero no la vi por ninguna parte—. La verdad es que no tengo ni idea de comida mexicana. No he ido a muchos restaurantes mexicanos en España —le confesé.

—No te preocupes, te sorprenderemos. —Camila me guiñó un ojo—. ¿Tienes alguna alergia, intolerancia, preferencia...? —me preguntó Camila.

—Solo a los plátanos.

—Bueno —respondió ella y se fue directa a la cocina para hacer el pedido.

Pocos minutos después tuve que admitir que había acertado. Me sirvió unos tacos al pastor que se convirtieron en una explosión de sabores en mi boca. Para beber nos preparó un tejuino a cada uno, que era su bebida favorita. Terminamos con el estómago lleno y conversaciones a dos bandas en las que hice de traductora para Ben, aunque a veces me daba la impresión de que

captaba algunas frases.

La comida se alargó tanto que casi llego tarde a Chapters. Sin embargo, ya había alguien esperando en la puerta.

Lo reconocí enseguida, como si fuera el mismísimo Papá Noel, solo que no era Ben. Ya se había convertido en un habitual en la librería, aunque no por una buena razón.

Míster Ojos Oscuros, Preguntón y, ahora también, Mentiroso, después de hacerse pasar por un cliente normal y criticar un libro siendo el hijo de la autora, estaba parado en la entrada, mirándome como si hubiera cometido un crimen.

Maldito Doyle Andersen.

—Veo que te tomas en serio tu trabajo —me espetó, con una sonrisa estúpida en la cara.

Nunca había sentido una rabia como la que me provocaba ese chico. Habría dado lo que fuera con tal de no volver a cruzármelo jamás. Pero ahí estaba, con su uniforme negro y con esa sonrisita que me daban ganas de borrarle de un plumazo.

Tomé aire antes de responderle con malas palabras. Al fin y al cabo, si íbamos a trabajar juntos durante el próximo mes, no quería malos rollos. Pero odiarle era demasiado sencillo.

—Gracias por tu paciencia, disculpa que te haya hecho esperar —le respondí, reciclando las típicas frases de quienes trabajamos de cara al público.

A él pareció molestarle mi falta de reacción.

—¿Así es como vas a tratar a tus clientes cuando venga mi madre? Sabes que te estamos haciendo un favor, ¿verdad?

Suspiré.

«Aguanta, aguanta, aguanta», pensé.

—¿Venías a comentar algún detalle de los eventos? —cambié de tema.

«¿O simplemente a meter las narices donde no te llaman?», pregunté para mis adentros.

Él se enfureció todavía más y me di cuenta de que, en realidad, disfrutaba un poco haciéndolo rabiar.

—Pues sí, la verdad —entró Doyle en el juego—. Mañana lo anunciaremos en redes sociales y también en radio y televisión. Quería asegurarme de que habías hecho el pedido de los libros y que hay suficientes sillas para el día 3 de diciembre.

Hice memoria de lo que había leído en el documento unas horas atrás. El primer evento era un club de lectura con... ¿Treinta personas? Sí, treinta.

Mierda. Tendría que comprar sillas. Como mucho, habría un total de seis o siete en toda la librería, incluyendo las que había en mi habitación en el cuarto de atrás.

—El pedido está hecho —respondí a la mitad de su pregunta, rezando para que se olvidara del resto.

—¿Y las sillas? —insistió míster Ojos Oscuros, Preguntón y Mentiroso.

Podría haber inventado mil excusas sobre por qué no tenía todavía las sillas. Que estaban de camino, que las estaba guardando en el piso de Ben, que me las traerían el mismo día del

evento... Sin embargo, solo se me ocurrió atragantarme con las palabras y no pensar.

—S-Sí, claro. Están aquí detrás, en el almacén.

Caminé en dirección a la puerta de atrás, esperando que dijera que no hacía falta que se las mostrara. Sin embargo, me siguió con la mirada mientras entraba en el almacén que compartía con mi habitación.

Abrí la puerta para seguir con mi pantomima y la sujeté con una cuña. Durante unos segundos, miré las estanterías. No sabía qué esperaba encontrar. Desde luego, no veinticinco sillas mágicas que hubieran aparecido de la nada. Desde que había puesto un pie en Nueva York habían pasado cosas raras, sí, pero eso ya habría sido demasiado.

Entré en pánico durante dos minutos que se hicieron eternos. Podía escuchar a Doyle caminando en círculos por la librería, con el viejo entarimado crujiendo bajo sus pies. Antes de que me diera cuenta, se había metido conmigo en el almacén.

—¿Qué? ¿Aparecen esas sillas o no? —me preguntó.

Pero no me dio tiempo a responder. Lo vi todo a cámara lenta. Doyle pasó junto a la puerta y le dio con el pie a la cuña que la sujetaba. Salió disparada hacia el interior del almacén, casi a mi lado.

Todo lo demás sucedió en un segundo. La puerta empezó a cerrarse sola por culpa de su maldito mecanismo de seguridad. La vi moviéndose hasta que, con un golpe sordo, nos sentenció a muerte.

Doyle

Helena gritó. Me miró a la cara con ojos de desesperación, como si hubiese acabado de dejar escapar de la jaula a su mascota favorita.

—¡Nooo! —gritó, corriendo hacia la puerta.

Le dio un golpe, como si eso pudiera solucionar su problema.

Se giró hacia mí y entonces me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Dime que tienes la llave —hablé entre dientes—. Dime que has entrado con ella. No se puede abrir por dentro ni por fuera sin la llave.

No fue necesario que respondiera. Solo tuvo que mirarme a la cara.

—¡Te voy a matar! —exclamó ella, lanzándose a por mí.

Por un momento no supe si lo iba a hacer de verdad. Le ardían los ojos.

—¿No hay otra salida? —le pregunté, aunque ya imaginaba la respuesta—. ¡Joder! ¡Lo siento! —respondí, levantando las manos en el aire.

Miré la puerta por si acaso había otra manera de escapar de esa cárcel en la que me había encerrado yo solito. Y con la peor compañera de celda posible.

Cogí aire y ordené a mi cerebro que no entrara en modo claustrofobia. Seguro que tenía una copia dentro y en quince segundos estaríamos de nuevo en la librería y no en ese minialmacén cuyas paredes parecían cada vez más estrechas.

—Ah, muchas gracias por tus disculpas. Seguro que me sirven un montón para abrir la puerta con mis poderes mentales —respondió hecha una furia. Pero, de pronto, le cambió la cara.

—¿Qué pasa?

—¡Mi móvil! —Helena se llevó las manos a la cabeza—. Está fuera, junto a la caja registradora, con mi bolso y... Oh, Dios mío. Ahora mismo puede entrar cualquier persona y llevarse toda la tienda.

Se me revolvió el estómago al pensar en cómo tenía que sentirse. Aunque yo tampoco estaba en mi mejor momento.

—Anda, coge tu móvil y llama a alguien para que venga a buscarnos —me mandó con un tono que no me gustó nada—. Tendrás algún amigo, ¿no?

—¿Cómo se piden las cosas? —la vacilé, pero Helena no estaba para bromas.

Pues claro, mi móvil. A veces se me olvidaba que vivíamos en el siglo XXI. Palpé mis bolsillos para buscarlo y lo saqué.

La primera persona en la que pensé fue en mi madre, pero no quería asustarla. Opté por llamar a mi amigo Josh. Pulsé su nombre en la agenda y esperé a que sonaran los pitidos, pero la llamada no funcionaba. Lo intenté con otra persona y pasó lo mismo.

—No hay cobertura —le informé, al darme cuenta de que no tenía ni una raya—. ¿Qué es esto, un búnker nuclear? ¿Cómo es posible que no tengas cobertura aquí dentro?

Me refugié en nuestra conversación para ignorar los escalofríos que recorrían mi cuerpo. Empecé a sudar, aunque no hacía calor. La imagen de la puerta cerrada me perseguía.

—¿Tengo cara de haber construido este edificio? ¿O de ingeniera de telecomunicaciones? —me espetó.

Me hizo un poco de gracia, pero no le di el gusto de demostrárselo.

—Tienes cara de... de... —La miré de arriba abajo, intentando encontrar una palabra que se ajustara a ella. Me di cuenta de que era muy difícil de definir. Helena era un metro sesenta de rizos, rabia y dos hoyuelos que solo aparecían cuando sonreía—. ¿Tienes wifi?

Mi pregunta le descolocó.

—Sí. Ah, claro, podemos llamar a alguien así.

Pareció relajarse mientras me dictaba de memoria la clave del wifi, pero no encontré la red por ninguna parte.

—No me aparece. —Le mostré la pantalla de mi móvil.

Helena se acercó a mí y cogió el teléfono. Encendió y apagó dos veces el router, pero no hubo ningún cambio.

—Oh..., ¡mierda!

Me miró con cara de haber asesinado a un gatito.

—¿Qué? —le pregunté, intentando leer la respuesta en sus ojos.

—Da la luz —dijo.

—¿Qué? —repetí.

—Intenta encender la luz.

Helena señaló el interruptor con la cabeza. Le hice caso, sin entender muy bien a qué se refería, y entonces me di cuenta. No había levantado los plomos al entrar. La única fuente de iluminación que había en su habitación provenía de una ventana que daba a un patio interior. No iban los enchufes, los interruptores ni, por supuesto, internet.

—Genial, Helena. Estamos jodidos. Muchas gracias.

—¡Si eres tú el que ha quitado la cuña de la puerta!

Me crucé de brazos mientras ella entraba en pánico. Mientras tanto, saqué a relucir mis dotes de actor para que no supiera que me estaba dando un ataque de ansiedad. Una capa de sudor frío comenzó a cubrirme la frente y las palmas de las manos. Recorrí el pequeño almacén hasta llegar a una habitación y me tomé la libertad de abrir la ventana. Luego hice el mismo camino de vuelta, me metí en el baño y me mojé la nuca y las muñecas.

—¡Tiene que haber alguna manera! La caja, mi bolso... ¡Todo está ahí fuera y cualquiera puede entrar!

Helena comenzó a andar en círculos, lo cual no ayudó. No me lo podía creer. Tenía que ser una broma de mal gusto o una cámara oculta. Rebusqué por toda la habitación y el almacén, intentando encontrar algún tipo de herramienta con la que hacer palanca con la puerta. Revolví varias cosas mientras Helena seguía en bucle.

Me agarré el cuello del jersey, intentando darlo un poco de sí para que no me agobiara.

—No puede ser, no puede ser —repetía—. Se van a llevar todo. ¡Todo!

Cambió del inglés al español, hablando cada vez más rápido, en una vorágine de frases que no supe entender. Si la profesora Menéndez me hubiera visto, seguro que me habría echado la bronca por no haber atendido más en su clase cuando estaba en el instituto.

Aquel lugar me parecía cada vez más estrecho.

—¿Y en este sitio pretende mi madre hacer sus eventos? —estallé, cuando no pude más.

Y funcionó, porque Helena se calló de golpe y se giró hacia mí como si hubiera insultado a toda su familia.

—Pero ¿tú de qué vas? —Cogió aire antes de seguir—. ¿Crees que yo quería esto? ¡Yo no me inscribí en vuestro estúpido calendario de Adviento!

Resoplé. El frío me abandonó y empecé a sentir un calor enorme que me invadía el cuerpo.

—Mira, voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que mi madre cambie de librería y no tenga que poner un pie aquí nunca más.

Helena sonrió.

—¡Perfecto! —exclamó, una voz tan aguda que la podrían escuchar los perros de toda la manzana—. Porque no quiero hacerlo y no pienso trabajar el 24 de diciembre.

—Oh, ¿tienes planes más interesantes que hacer?

La cara de la chica pasó del rojo al blanco.

—¡Sí! Llorar el aniversario de la muerte de mi madre. ¡Gilipollas!

Ni siquiera me planteé si me estaba diciendo la verdad o no. Me quedé en el sitio mientras Helena por fin terminaba de andar en círculos y se dejaba caer sobre la cama. No me había dado cuenta hasta ahora de que, junto al pequeño almacén bajo la ventana que había abierto, había una cama doble. La chica vivía aquí. Había decorado ese cuarto interior, demasiado cerrado para mí, como si fuera su refugio.

Junto a la cama había una mesita de noche con una lámpara con forma de seta. En la mesilla

reposaba un libro que no llegaba a distinguir desde aquí, un par de velas y un bolígrafo. A la derecha había una mesa de estudio llena de papeles con una silla, una cómoda y un revistero. En el techo se cruzaban dos guirnaldas con banderines de colores pastel. Se notaba que Helena había hecho un gran esfuerzo en convertir un cuarto medio oscuro en un lugar habitable.

Ver ese lugar me relajó un poco y comencé a respirar menos rápido. Me recordé la existencia de la ventana. A malas, siempre podía buscar una manera de escapar por ahí. Estábamos en un bajo, así que no tendría que preocuparme por la caída.

—Perdón —me disculpé, intentando recuperar la respiración y también la falta de empatía que había tenido con ella.

Quise decirle que no lo sabía. Que no habría dicho eso si hubiera tenido esa información..., pero no iba a servir de nada.

Helena se giró. No me miró a la cara, seguía tumbada en la cama dándome la espalda. Joder, ojalá me tragara la tierra. Me acerqué a ella despacio para pedirle perdón otra vez. Me puse de pie junto a su cama mientras sentía que las paredes de la habitación se acercaban más a mí..., cuando, de pronto, se escuchó una voz al otro lado de la puerta.

Helena se levantó de la cama con un gesto rápido. Tanto que lo siguiente que recuerdo es verlo todo negro.

—¡Aaah! —grité, llevándome las manos a la nariz.

El dolor me cegó y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ostras! ¿Por qué estabas tan cerca? ¡No te había visto! —exclamó ella, pero ni siquiera pude responderle. La nariz me palpitaba en el lugar exacto en el que me había dado un codazo al levantarse de la cama.

Arrugué la nariz varias veces mientras iba recobrando la visión poco a poco.

—¿Helena? —se escuchó una voz femenina y el sonido de una llave.

De pronto, la puerta se abrió y logré distinguir a una chica al otro lado, mirándonos con cara de preocupación. Escuché de fondo cómo le decía que se había dejado el móvil en el restaurante y que había tenido suerte de que nadie lo robara los pocos minutos que había estado sobre la barra. No sabía quién era esa persona, pero nos había salvado. Aunque también podría haberlo hecho veinte segundos antes de que la loca de los rizos me noqueara. Cerré otra vez los ojos, como si eso fuera a parar el dolor.

Oí unos pasos que se acercaban a mí y reconocí el perfume de Helena. Los abrí.

—¿Estás... bien? —En su mirada había cierta preocupación.

Me llevé la mano a la boca y me di cuenta de que estaba sangrando por la nariz y el chorro ya había alcanzado mis labios. De hecho, me había goteado hasta la camiseta y también había manchado la alfombra.

—Mierda. Lo siento. Otra vez —balbuceé, tratando de frenar la hemorragia.

—Yo también lo siento. Por el puñetazo.

Me reí y al instante sentí una punzada de dolor en la nariz.

—Bueno..., un poco me lo merecía —le dije.

Doyle

Dejé a Helena trabajando en Chapters y volví a casa con una nube de pensamientos flotando sobre mi cabeza. A pesar de que hacía demasiado frío, no cogí un taxi. Regresé andando, esquivando a varios grupos de turistas que hacían fila para comprar unos batidos en una tienda que debía de salir en una serie famosa. Necesitaba una dosis extra de oxígeno y estar al aire libre, aunque me salía vaho al exhalar y seguramente mañana tendría tos.

Caminé en línea recta hacia mi casa y solo paré cuando un semáforo en rojo me obligó. Los ojos se me llenaron de lágrimas y sentí cómo se enfriaban, a punto de resbalar por mis mejillas.

Había vuelto a pasar. Le había prometido a mi madre que estaba mejor, pero seguía teniendo ataques de claustrofobia en cuanto me sentía encerrado. Este último lo había gestionado mejor de lo que pensaba. La terapia estaba dando sus frutos. Sin embargo, ese miedo irracional seguía ahí, negándose a abandonarme.

El semáforo se puso en verde, pero me quedé quieto. Alguien me dio un codazo y refunfuñó un insulto mientras pasaba por mi lado.

Quizá mi madre había elegido Chapters por mí. Porque, ahora que tendría que pasar mucho tiempo en autobuses para ir a trabajar, no quería que se alargara más mi sufrimiento.

La opción del metro era inviable. Empezaba a sudar solo con bajar las escaleras que llevaban a las máquinas de venta de tiques. Habían pasado, por lo menos, quince años desde la última vez que me había montado en el metro. Esa era mi próxima meta, pero todavía me daba pánico imaginarme en un gusano con ruedas por los túneles.

El color del semáforo pasó del verde al rojo y tuve que esperar otra vez para retomar el paso. Caminaba aún agobiado, pero me distraje viendo las primeras decoraciones de nuestros vecinos en Dyker Heights. Por algo se consideraba una de las calles más famosas de la ciudad cuando se acercaba la Navidad: todos los propietarios competían para ver quién decoraba la casa más

bonita. El problema residía en que el concepto de belleza terminaba convirtiéndose en ostentación o, todavía peor, una sobrecarga de luces que atacaría a cualquier persona epiléptica o fotosensible.

Abrí la puerta y suspiré cuando me adentré en la comodidad de mi casa. Mi madre ya había puesto el árbol de Navidad a prueba de gatos. Watson vino a saludarme, frotándose contra el tobillo, como si volviera de la guerra y hubiera estado fuera cinco años. Ese gato-perro se había convertido en mi mejor compañía cuando mi madre estaba fuera o se encerraba en el estudio para trabajar.

—¡Hola! —saludé al aire.

—¿Cómo ha ido? ¿Has estado en Chapters?

Apreté la mandíbula.

—Sí —mascullé.

«Desgraciadamente», murmuré para mis adentros.

Busqué a mi madre por el salón y la cocina, pero la encontré en el despacho.

—¿Y qué tal?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes lo que opino. No va a ser una buena idea, no está preparada, ni ella ni la librería, para un evento así.

Pero mi madre agitó la cabeza.

—Doyle, no siempre podemos trabajar con personas que nos caigan bien. ¿Tanto esfuerzo es pedirte que mantengas una relación cordial con ella? Ni siquiera te estoy pidiendo que seáis amigos. Solo compañeros durante el mes que dure todo esto.

Recordé la escena en su habitación-almacén y me empezaron a sudar las manos de nuevo. No sabía cómo había sido capaz de aguantar la ansiedad sin que se me notara.

—¿No te das cuenta de que lo estoy haciendo por ti, mamá? —bufé—. Perdona, no quería hablarte así, es que este tema me saca de mis casillas.

Dejé a mi madre en el despacho y subí las escaleras directo a mi habitación. Abrí las ventanas un par de minutos solo para respirar aire puro.

Pasé la página del calendario de noviembre y dejé a la vista la última del año. Se acercaba mi época favorita, pero solo podía pensar en cómo sería para Helena.

Helena

Había pasado la noche anterior enfrascada en mi primer libro del Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago. Por ahora la única integrante era yo, pero me daba igual. Me hacía ilusión continuar con las costumbres de mi madre, así que escogí una novela de la mesa de color rosa y me dejé llevar por sus páginas. En teoría, tendría que haber hecho todo lo contrario, pero tenía verdadera curiosidad por enfrascarme en esa historia. Al principio puse los ojos en blanco un par de veces. Me di cuenta de que estaba leyendo rápido, pero el motivo era aquella letra tan grande. Seguro. Hacia las doce de la noche ya había pasado el ecuador de la historia de Charlotte, y llegué al último capítulo alrededor de la una y media.

Me daba rabia reconocer que algo me había gustado. Pero, en realidad, seguía pensando lo mismo de siempre. Ese tipo de historias no dejaban de ser fantasías, un mundo ideal donde todo era perfecto, triunfaba el amor sobre todo lo demás y los protagonistas siempre terminaban juntos.

A la mañana siguiente, me pesaron las horas de sueño que el libro me había robado, lo cual me dio más rabia aún. Cuando encendí las luces de la librería, me di cuenta de que ya estaba esperándome mi cliente favorito. Puse los ojos en blanco mientras caminé hacia la puerta. No quería darle el gusto de que me echara la bronca por abrir un minuto tarde.

—¿No tienes nada mejor que hacer que incordiarme? —le pregunté a míster Ojos Oscuros, Preguntón, Misterioso y, además, Pesado.

—Echaba de menos tus codazos —respondió, entrando sin pedir permiso y yendo él solito en dirección al almacén.

—Adelante, por favor, pasa. Como si estuvieras en tu casa.

—¿Ya tienes las treinta sillas?

Me crucé de brazos.

—Por supuesto.

Las había alquilado a última hora y me habían cobrado un plus por urgencia, pero no iba a darle el placer de confesárselo.

—Vale, genial. Y los libros por aquí... —murmuró, asegurándose de que todo estuviera en su sitio.

—¿Sabes? Podrías haber llamado para preguntar y ahorrarte el viaje —le espeté mientras contaba cuántos ejemplares había de cada título—. En la parte de atrás tengo más cajas.

Pero Doyle hizo caso omiso y los contó todos, como si yo no existiera. Suspiré, y uno de mis rizos salió volando en la dirección opuesta. Me sacaba de mis casillas que ni siquiera me mirara a la cara.

—Ah, claro, me echabas de menos y necesitabas una excusa para verme...

Eso pareció llamar su atención. Doyle se puso tieso como un palo y se giró hacia mí. Me escaneó de arriba abajo y después siguió contando libros.

—Por supuesto —respondió él, imitando mi acento español.

—Imbécil.

—«Imbécil» —me copió él.

—Ojalá te hubiera dado más fuerte —le espeté.

—Pues sí —respondió—. Así no tendría que estar aquí supervisando que todo esté en su sitio.

A la siguiente, no iba a poder contenerme.

—No necesito ningún hombre que venga a supervisar mi trabajo.

—Ni yo necesito... —empezó a hablar, pero se quedó sin palabras.

Sonreí triunfante por haberle ganado, pero la expresión me duró poco en los labios.

—¡Aquí está! —exclamó, con un tono de voz impropio de él.

Estaba... feliz. Sostenía un libro de Amelia Andersen entre sus manos. Miró la cubierta como si fuera la primera vez que lo hacía.

—Necesito llevarme este libro —me informó con seriedad.

—¿Por qué?

Él exhaló.

—¿Eso le preguntas a todos tus clientes?

—Me refiero..., ¿no tiene tu madre veinte como esos en casa?

Sabía que a los autores les mandaban varias copias de sus libros cuando los publicaban, así que no entendía el interés tan repentino en ese ejemplar concreto.

—Sí, pero algunos han salido con una tara. ¿Lo ves? Se han publicado con una raya amarilla que recorre la cubierta de arriba abajo.

Me acerqué despacio. Lo inspeccioné, temiendo que me estuviera tomando el pelo. Pero tenía razón. El libro había salido defectuoso de imprenta y tendría que devolverlo y revisar los demás.

—Dámelo, lo meteré en la caja de devoluciones —le pedí, extendiendo la mano.

—¿Qué? No, me lo llevo.

Incliné la cabeza.

—¿No sabes cómo funciona una librería? No puedes llevarte un libro así, tal cual. Tendrás que pagarlo.

Él me miró como si hubiera ofendido a todos sus ancestros.

—¿Pagarlo?

—Sí, claro.

—Pero... es de mi madre.

—Técnicamente lo ha escrito tu madre, pero es propiedad de la librería. Son 18,99 dólares.

Doyle gruñó mientras sacaba la cartera del bolsillo. Tuve que reprimir una sonrisa.

—¿Puedo pagar con tarjeta?

—No funciona el datáfono —mentí.

—Seguro... —Doyle rebuscó en sus bolsillos hasta que dio con un billete de veinte dólares—.

¿No tienes algún descuento para clientes?

—Tú no eres mi cliente —puntalicé.

—Lo seré en cuanto compre este libro —dijo él, agitándolo en el aire.

—Pero no antes, así que no puedo descontarte nada.

Le lancé una sonrisa exagerada, esperando a que respondiera, pero no lo hizo.

—Quédate con el cambio.

—Tranquilo. Lo puedes usar de marcapáginas —le dije mientras metía un billete de un dólar dentro del libro.

—Falta un centavo.

Rebusqué en la caja sin apartar la vista de sus ojos y estampé una moneda sobre el mostrador.

—Y el tique.

Sí, definitivamente, tendría que haberle golpeado en la nariz con más fuerza. Esperé a que se imprimiera mientras ninguno de los dos apartaba la vista del otro.

—Aquí está.

—¿Envuelves para regalo?

—No.

—¿Y una bolsa tienes?

—Se me han acabado. Vuelve pronto —le despedí.

Él mantuvo un segundo más el contacto visual y después me dio la espalda. Se marchó en silencio.

Solté todo el aire que estaba guardando en mis pulmones.

—Dios mío, ¡está loco por ti! —chilló Camila, apareciendo por la puerta que daba al almacén y mi habitación.

Di un bote al escuchar el grito. Se me había olvidado que había venido a visitarme antes de empezar su turno en el restaurante mexicano.

—Sí, claaaro —le respondí.

—¡La neta, sí! ¡Compró un libro!

La miré como si estuviera ante un extraterrestre.

—¡No se lo iba a regalar!

Otra clienta entró y dejamos a medias la conversación. Era una señora mayor que parecía recién salida de la peluquería. Llevaba un bolso de una marca que no supe reconocer, pero parecía caro. Sin pensarlo dos veces, fue directa a la mesa de best sellers y cogió tres libros de Amelia Andersen. Genial.

—Buenos días —la saludé conforme se acercaba a la caja—. ¿Se los pongo para regalo?

—Sí, por favor, solo estos dos. ¿Podría ser por separado? Es un regalo para mis amigas. El otro es para mí.

La mujer había comprado tres veces *Hasta que la suegra nos separe*. Tenía que ser una verdadera fan para gastarse casi sesenta dólares en el mismo título.

—Por supuesto —le respondí con una sonrisa.

Le cobré con tarjeta y me esmeré en que quedaran bonitos y me ofrecí a envolver el suyo también, aunque fuera para ella. Mi madre siempre hacía eso conmigo cuando íbamos de compras y se acercaba mi cumpleaños y recordaba la ilusión que me hacía rasgar el papel de regalo, incluso sabiendo lo que había debajo.

—Qué ilusión que hayáis abierto de nuevo —me dijo—. Volveré mañana para el club de lectura.

—Oh, ¿ha conseguido entrada?

La mujer sonrió.

—Pues claro. Mi nieta estuvo conectada a la web de la editorial casi tres horas antes para conseguirla.

—¡Fantástico! La veré mañana, entonces. Cuídese.

—Gracias.

La mujer se marchó feliz, con su bolsa de papel y sus tres libros envueltos. La campanilla de la entrada nos indicó que estábamos solas de nuevo.

—Volviendo al tema de antes... —empezó Camila.

—Ni se te ocurra —la corté.

—Pero te viene bien todo esto, ¿no? Se venden libros.

Camila tenía razón. La verdadera cuestión era si me compensaba aguantar al hijo de la autora a cambio.

—Mi madre alucinaría si viera todo este... rosa, y todas sus múltiples variantes: fucsia, rosa palo, rosa chicle... —confesé, y me sentó bien decirlo en voz alta.

—Seguro que se estará riendo desde el cielo —dijo Camila, y me pareció un comentario tan bonito que la dejé abrazarme a pesar de que el contacto físico no era mi actividad favorita.

—O lanzándome bombas fétidas para que me aleje de las comedias románticas.

—Y pensando que Doyle está enamorado de ti —canturreó ella, siguiendo con lo suyo.

—¡Camila! —le advertí, señalándola con el dedo índice.

Ella se echó a reír y me contagió. Se acercó a la pila de libros de Amelia Andersen y cogió un ejemplar entre las manos.

—¿Por qué se llevaría ese libro defectuoso? —preguntó, buscando algún otro con la línea amarilla en la portada.

—¿Y yo qué sé!? Es un tío raro de narices, déjalo. Tiene que haber de todo en este mundo...

Doyle

En cuanto abrí los ojos, mi primer pensamiento lo inundó la chica de los rizos. Helena no estaba preparada para el tremendo caos que iba a ser el evento de esa tarde. Ya había avisado cuarenta veces a mi madre, así que decidí que ese día no se lo recordaría más, pero mi cara lo decía todo. Aunque, por otro lado, tenía ganas de ver cómo Helena lo fastidiaba todo para sustentar mi teoría de que Chapters había sido una mala elección.

Mientras me vestía, coloqué mi nueva adquisición en la estantería de mi colección de libros con taras. Ya tenía un ejemplar de *Harry Potter y la piedra filosofal* con un golpe con forma de rayo, un *Drácula* con treinta páginas en blanco por un error de imprenta, un *Moby Dick* arrugado porque se me había caído al agua en la bañera (muy poético), *Matar a un ruiseñor* con el interior impreso bocabajo y *Crepúsculo* sin sinopsis, con la parte de detrás completamente en negro.

Llegué a la oficina y pasé la mañana contando las horas hasta las seis de la tarde. Johana, Violet y yo cogimos un taxi y nos plantamos en Brooklyn en poco más de veinte minutos. Parecía estar a punto de llover, aunque el tiempo aguantaba.

—¡Buenas tardes! —canturreó mi jefa cuando llegamos a la librería.

Ya estaba cerrada para el público, pero había una fila de diez personas esperando en la puerta. Algún grupo de curiosos se acercaba al escaparate para cotillear lo que estaba pasando dentro y preguntaban si quedaban plazas a las que estaban en la fila. Helena había apartado las mesas del centro de la librería y había preparado un espacio para el club de lectura. Las sillas estaban divididas en cinco filas de seis, con un pequeño pasillo en el centro, y al final de todo había un par de butacas más grandes con una mesita baja en medio. Sobre ella, estaban expuestas las últimas tres publicaciones de mi madre.

—¡Hola! —nos saludó Helena.

Se había puesto un jersey rojo y, aunque no se podía considerar navideño, se apreciaba el

esfuerzo. Me sorprendió verla maquillada y con una sonrisa de oreja a oreja. Sus hoyuelos hacían acto de presencia, uno en cada mejilla. Estaba radiante.

La acompañaba la amiga que nos había salvado del encierro el otro día, a la que me presentaron como Camila, camarera de un restaurante cercano. Se había ofrecido a echar una mano porque tenía la tarde libre.

Johana terminó de cerrar los últimos detalles con Helena mientras yo regresé a la puerta con Violet para esperar a mi madre, que estaba a punto de llegar. Pocos minutos después, mientras Violet terminaba su cigarro, apareció en un taxi lleno de anuncios de *El fantasma de la ópera*. Las mujeres que estaban esperando en la fila aplaudieron y saltaron algunos flases. Ella sonrió, como si hubiera nacido para eso, y nos acompañó al interior de la librería.

—¡Qué bonito! —exclamó, mientras Helena se acercaba a ella y le ofrecía guardar su abrigo. Estuvieron hablando un rato y riendo sobre algún tema que no pude escuchar. Apreté los puños. Parecía una persona totalmente diferente. ¿Qué le habían hecho en el transcurso de una noche? ¿Por qué ahora eran tan amiguitas?

Aparté la mirada de ellas y me puse a trabajar con Violet. Mi madre se sentó en la butaca de la izquierda y cogió un botellín de agua mientras mi compañera y yo dábamos paso a las treinta participantes. Algunas venían con el libro, otras se dirigieron a caja para que Helena les cobrara. No le quité ojo de encima. Quería saber si se vendían muchos o no. Sabía que estos eventos estarían en el punto de mira de Johana y dependía de que fueran bien para que mi madre pudiera seguir trabajando en lo que le apasionaba.

Cuando por fin se sentaron, Helena cerró la puerta con llave. No me había dado cuenta hasta entonces de que había puesto un hilo musical navideño. La decoración no era su fuerte, pero por lo menos había tenido en cuenta ese detalle.

El club empezó y Helena se sentó junto a mi madre en la otra butaca. Violet, Johana y yo nos pusimos en la última fila. Al parecer, Helena nos había tenido en cuenta y había pedido más sillas para nosotros, incluso había sobrado una.

Helena comenzó el club dando las gracias a las participantes y haciendo un resumen del libro. La escuché mientras repasaba la trama para las lectoras y me llamó la atención que dio bastantes detalles. ¿Cómo sabía...?

Me acerqué con cuidado a la pila de libros donde estaba *Hasta que la suegra nos separe* y leí la parte de atrás. Helena había dado un dato que no era *spoiler*, pero que no se podía saber si no habías leído el libro. El parqué crujió bajo mis pies y varias personas se giraron para mirarme mientras regresaba a mi sitio.

La parte inicial del club terminó y empezaron a comentar la historia, ahora sí, destripando el final.

—En el penúltimo capítulo vemos a una Charlotte mucho más reforzada, que ya no tiene miedo de contarle la verdad a su pareja y que denuncia a su maltratador..., hace falta mucha fuerza para hacer algo así, ¿os esperabais que Charlotte llegara a ese punto?

Se levantaron varias manos entre el público y Helena gestionó el orden de las intervenciones con profesionalidad.

¿Cómo?

¿Se había leído el libro?

No, ni de coña. Alguien se lo tenía que haber resumido. O, si no, habría buscado reseñas hiperdetalladas en Goodreads. No me imaginaba a Helena leyendo *Hasta que la suegra nos separe* hasta las dos de la mañana para llegar a tiempo al club.

La conversación se animó cada vez más y miré a mi madre. Se me encogió el corazón al verla sonreír. La conocía lo suficiente como para saber cuándo su sonrisa era de verdad o se trataba de una simple mueca para el público. En esta ocasión, era más bien lo primero. Cuando estaba feliz me recordaba demasiado a Julie Andrews en películas como *Princesa por sorpresa*, que había visto tantas veces de pequeño con mis hermanas. Estaba radiante.

Acabó la hora programada para el club, pero las lectoras seguían comentando el libro y mi madre no parecía cansarse. Hacía mucho tiempo que ideamos un gesto secreto para saber si estaba incómoda. Estuve pendiente de su mano izquierda por si lo hacía, por si se tocaba la oreja del lado contrario y después se rascaba la nariz. Pero no lo hizo en ningún momento.

Al final, Helena dio paso a la ronda de preguntas. Me daba rabia pensar que le iba a tener que dar la razón a mi madre, aunque la consecuencia de eso fuera que todo iba a salir bien. Tenía que pillarla de alguna forma. Después de haber intentado frenar esta pantomima durante las últimas semanas, no me podía quedar quieto mientras Helena me cerraba la boca.

—Yo tengo una pregunta —dije en un momento de silencio, mientras levantaba la mano. La expresión de Helena se desencajó—. Habéis dicho que vosotras también haríais lo mismo que Charlotte, que os mudaríais de Boston para empezar de cero en otro lugar después de las vacaciones de verano. Pero ¿no habría tenido más sentido mudarse antes del verano?

Esperé su reacción. Varias personas en el grupito se movieron en la silla, pero yo miré a Helena, esperando a que me corrigiera. No me atreví a mirar a mi madre. Ya sabía que me iba a caer bronca por esto al llegar a casa.

—Bueno... —empezó ella—. Si no me equivoco, eso es justo lo que sucede en el libro. En cuanto las niñas terminan el colegio, se mudan, sin esperar a que pasen las vacaciones.

Se escucharon varios murmullos de aprobación y sentí cómo se me ponían rojas las orejas. Se lo había leído de verdad. Helena Castillo Cortés se había leído el puto libro antes de la presentación. Y me había dejado en ridículo delante de todas.

—Claro, de hecho, no habría novela si no se mudaran antes del verano —murmuró alguien entre el público.

Una risa generalizada inundó la librería. Miré a Helena, pero no pude descifrar su expresión. No sabía si se iba a echar a reír o si me iba a preguntar si era imbécil. La expresión de mi madre fue fácil de interpretar.

El club siguió con las últimas preguntas y yo me apoyé en el respaldo.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó Violet por lo bajo con su acento escocés.

—Por nada —le respondí, con los labios apretados—. Déjame.

Estuve en silencio el resto del evento. Nos quedamos para ayudar a recoger, aunque Helena y Camila insistieron en que ya terminarían ellas. Mi madre se despidió de ellas como si fueran sus propias hijas, dándoles las gracias varias veces y, quince minutos después, salimos al frío de la calle.

—¿Cogemos un taxi? —le dije a mi madre cuando estuvimos ya solos.

—Creo que a ti te vendrá mejor caminar y refrescarte las ideas —me espetó—. ¿Te parece normal lo que le has hecho a esa chica? Has intentado ponerla en ridículo delante de todos y el que ha quedado mal eres tú.

Agité la cabeza.

—No —mentí, aunque se me daba muy mal—. Es que no me acordaba de todos los detalles del libro.

Mi madre suspiró y se llevó las manos a las caderas.

—Tú estás mal de la cabeza, Doyle. ¿Cómo no te vas a acordar de lo que pasa en un libro que has escrito tú mismo?

23 de diciembre de 1993

Querido diario:

Sé que he estado ausente en estas últimas semanas, pero no ha sido fácil gestionarlo todo. Ahora tengo la ayuda de Millie, que viene de vez en cuando, pero aun así estoy un poco sobrepasada. Ya ha pasado casi un año desde que abrí la librería y a veces no puedo evitar sentirme triste y melancólica. Hoy ha sido uno de esos días y he pensado en escribirte para sacarme todo esto que tengo dentro.

Me gusta mi trabajo en la librería. Me encanta, de hecho, y sé que no he tomado una decisión incorrecta. Sin embargo, siento que me falta algo.

Es una mierda cuando tienes un proyecto entre dos personas y una abandona cuando estás a punto de hacerlo realidad. Muchas noches tengo sueños así, en los que voy a conseguir algo y se me escapa. Hay una especie de nube brillante y, al estirar el brazo para tocarla, se desvanece en el aire. Como si nunca hubiera existido.

Cada noche intento no pensar en qué habría pasado si se hubiera quedado conmigo en Nueva York.

Me lo avisaron demasiadas personas como para no haber abierto los ojos. No es bueno mezclar negocios con amor. Pero lo hice... y pagué las consecuencias.

Nunca entendí por qué todo tuvo que terminar tan rápido. Un día todo era perfecto y éramos la pareja más pegajosa e inseparable de la ciudad. Y, al día siguiente, se marchó con otra.

Sé que he escrito mil veces sobre esto, y créeme que son menos de las que esta historia ha pasado por mi cabeza. Es difícil asumir que encontraste tu gran amor y se marchó así, sin más, de un día para otro, dejándote con un sueño a medias y una historia común sin escribir.

Todavía conservo esa foto que nos hicimos en el puente de Brooklyn cuando decidimos instalar aquí la librería. Bueno, en realidad, solo conservo la mitad porque la rasgué. Guardé la parte en la que salía yo y tiré la otra mitad. No quería ver nunca más su cara. Solo podía imaginarla junto a la de esa otra mujer.

En fin, creo que es mejor que lo deje por hoy. Cada vez que entro en estos bucles nunca encuentro salida. Quizá debería olvidarlo para siempre. Debería dejar de pensar en ello y centrarme en el embarazo, aunque Helena no tenga aún el tamaño de una nuez. No quiero que se contamine con esta nube de malos pensamientos.

C.

Helena

Sujeté el pedazo de diario fotocopiado con lágrimas en los ojos. Primero, porque estaba harta de recibir estos trozos de historia familiar sin saber quién los colaba bajo la puerta de Chapters. Segundo, porque había descubierto que mi padre se había ido con otra dejándola tirada y por eso se habían separado. Y, tercero, porque me había mencionado por primera vez en el diario.

Ver mi nombre escrito con su caligrafía me hizo querer recortarlo y lo puse en la mesilla de mi cuarto para mirarlo todos los días. Lloré como una tonta viendo cómo había trazado la «H» de mi nombre, esa que tantas veces se habían olvidado de poner cuando lo decía en voz alta en España.

En el sobre, esta vez, habían incluido la foto cortada de la que hablaba mi madre. Aparecía ella con el puente de Brooklyn de fondo, caminando en dirección a Manhattan con los rascacielos al fondo. La fotografía no tenía ninguna huella dactilar ni ningún otro indicio de que alguien la hubiera manipulado recientemente. Solo era la mitad de una foto que alguien había cortado.

Mi móvil sonó y el nombre de Camila se iluminó en la pantalla, pero no lo cogí. No podía hablar con nadie. Necesitaba saber por qué alguien quería hacerme la vida imposible y decirle que parase. Que ya no tenía gracia. Que por su culpa empezaba a plantearme las cosas y toda esta tontería de la librería estaba comenzando a perder el sentido.

Me tuve que morder el labio para no llorar cuando entraron un par de clientas y luego otros dos más. Las primeras no compraron, pero los segundos se llevaron una edición especial de *Orgullo y prejuicio*. Como si supieran que quería estar sola, aquel día no paró de entrar gente. Me pidieron recomendaciones e incluso me encontré a mí misma hablando sobre el restaurante de Camila a unos turistas recién llegados a la ciudad en busca de un mexicano.

Pasé a verla en cuanto llegó la hora de cierre y me alegró ver a los turistas sentados en la mesa del fondo.

—Uy, qué mala cara —me dijo ella nada más verme—. Nada que unos taquitos no resuelvan.

Se me escapó una sonrisa y me senté junto a la barra.

—Solo si me dejas pagártelos.

—Bueno, pero porque si no mi jefe me correrá —respondió Camila, y dio la orden en cocina.

Esa noche, todas las mesas del restaurante estaban ocupadas. Casi no pude hablar con Camila, así que esperé a que terminara el servicio y los últimos comensales abandonaran la sala.

—Ahora eres tú la de la mala cara —le dije, intentando animarla cuando se dejó caer dramáticamente sobre la barra del restaurante—. Te traería un libro para animarte, pero no creo que haya ninguna historia que me reviva más que estos tacos.

Camila se rio.

—Sí, es cierto. Ni la mismísima Jane Austen lo lograría.

Le di conversación mientras terminaba de limpiar la barra. Me ofrecí voluntaria para echarle una mano, pero no me dejó. Media hora después, estábamos cerrando la cancela del restaurante. En la calle, por supuesto, había gente. Eso era algo que me encantaba y, a la vez, odiaba de Nueva York: nunca estabas sola, en ningún sitio. Aunque, a veces, tu única compañía era un loco gritando por la calle, colocado hasta arriba por alguna sustancia de dudosa procedencia.

—¿No vas a decorar la librería de Navidad? Aumentaría mucho las ventas...

Me encogí de hombros.

—Ya es un poco tarde, ¿no?

Pero Camila supo leer entre líneas y me cogió del brazo mientras caminábamos hacia Chapters.

—Nunca es tarde para la Navidad —dijo ella.

—Ojalá pudiéramos saltárnosla y ya está, simular entre todos que nunca ha existido —le respondí.

No hacía falta que le dijera por qué. Ella ya sabía la historia de mi madre.

—Yo creo que deberías decorarla. Por ella, por ti o por vender libros —intentó animarme—. Pero entiendo que necesites un poco de tiempo.

Anduvimos un poco más hasta llegar a la librería. En el piso de arriba, el de Ben, había luz.

—Es que... he tenido la cabeza en otras cosas. No sé cómo contarte esto sin parecer una paranoica, pero alguien ha estado moviendo los hilos desde que llegué aquí. No, en realidad, desde antes de montarme en el avión a Nueva York.

Y le conté todo. Lo del billete de avión, el alquiler pagado un año entero, el Andersen's Advent y las fotocopias del diario de mi madre. Camila escuchó con atención cada detalle a pesar del frío que hacía en la calle. Le ofrecí entrar, pero ella me propuso dar una vuelta a la manzana mientras hablábamos.

—O sea, que según ese diario parece que tu padre se fue con otra..., pero ¿le puso los cuernos a tu madre?

Me encogí de hombros.

—No lo sé... En el diario no lo dice con claridad y no me cuadran algunas fechas. El caso es

que sí que hubo otra mujer con la que se fue.

—¿Y no sabes quién es? —me preguntó Camila.

Negué con la cabeza. Cuando mis padres se separaron yo era muy pequeña y no recordaba nada. De hecho, ni siquiera hubo un gran motivo por el que tomaron caminos distintos. A mí me dijeron que habían decidido separarse porque querían cosas diferentes en la vida. Mi madre priorizó la librería y vivir en Nueva York. Mi padre, regresar a su vida en España y trabajar ahí. Pero nunca había oído historias de terceras personas. Tampoco había tenido tanta confianza con ninguno de los dos como para preguntarles por eso. Ni siquiera ellos me habían preguntado por mis fugaces amoríos en los últimos años. Nunca hablábamos del amor. Era como si todos fuéramos alérgicos.

—Podrías instalar una cámara —propuso Camila, pero me pareció una locura. Aun así, me quedé con ese pensamiento en la cabeza cuando nos despedimos.

Todavía sentía rabia por lo que mi padre le había hecho a mi madre. Si lo que decía el diario era verdad, no podía entender por qué se había ido con otra. Su historia había sido demasiado romántica como para acabar tan pronto.

Abrí la puerta de la librería y pisé algo en el suelo. El corazón se me aceleró. Otra vez no. Encendí la linterna de mi móvil y vi una nota. Me agaché corriendo y la desdoblé, pero no era una fotocopia del diario de mi madre. Se trataba de un mensaje muy diferente. Una tarjeta de contacto se cayó al suelo, pero no me agaché a recogerla.

¡Hola!

Soy Millie, no sé si te acordarás de mí.

Trabajé con Carmen en la librería hasta que estuve de baja por maternidad. Me ha hecho mucha ilusión ver que la has vuelto a abrir.

Si quieres que tomemos un café, te dejo mi número. (Pensé en llamar al fijo, pero no quería ser muy intrusiva).

¡Gracias!

Doyle

—Espero que hayas aprendido la lección —me reprendió de nuevo mi madre.

Dejé las llaves sobre la cómoda de la entrada y me preparé para escuchar el sermón. Esta vez me lo merecía. Había subestimado a Helena y me sentía como un auténtico imbécil. Fui directo al despacho y abrí el archivo del libro que estaba escribiendo para mi madre. Esa noche me tocaban dos capítulos complicados, así que no quería demorarme mucho más.

—Sí —respondí a regañadientes.

—Te dije que había visto algo en esa chica.

Me quedé en silencio, esperando que añadiera algo más, pero no lo hizo.

—Creo que voy a escribir un rato y volveré mañana para pedirle perdón.

Mi madre asintió.

—¿Cuántas palabras llevas? —me preguntó, acercándose al ordenador.

—Cuarenta y tres mil.

—¿En serio?

No supe descifrar si su pregunta era por la sorpresa o por ir demasiado lento.

—¿Voy mal?

—No, qué va —confirmó ella—. A este paso te vas a adelantar a la fecha de entrega. Cuando lo acabes tendré que esperar un poco para entregarlo o Johana sabrá que algo va mal. Creo que no he...

—Que no has cumplido con ninguna fecha de entrega en los últimos doce años —completé su frase más repetida.

—Eso es.

—Bueno, a teclear.

Mi madre pilló la indirecta y se marchó del despacho, dejándome intimidad. Esa era una parte

del trato al que habíamos llegado cuando su artritis empeoró. Yo escribiría sus libros, aunque pensáramos las ideas principales entre los dos. Con el primero, *Hasta que la suegra nos separe*, me había costado un poco pillarle el truquillo. Me retrasé un mes con respecto a la fecha de entrega, pero mi madre estaba contenta con el resultado. Con el segundo, que lo había entregado poco antes, noté una tremenda mejoría. Aunque no se lo quería confesar del todo a mi madre, disfrutaba escribiendo sus novelas desde que ella no podía hacerlo. Me entretenía descifrar las personalidades de los personajes y narrar sus historias, viéndolos reír y sufrir hasta el final.

Los dos salíamos ganando. Mi madre podía seguir con su carrera como escritora, aunque ya solo aportara ideas y fuera revisando el manuscrito y corrigiendo algunos detalles. Y yo... disfrutaba escribiendo. Pero me daba mucha vergüenza que el mundo supiera que detrás de la última novela publicada de Amelia Andersen (y las dos que estaban en camino) no había una experimentada mujer de cincuenta y tres años, sino un chico de treinta y uno.

Ayudar a mi madre con sus libros me había dividido el corazón. Quería gritar al mundo que esa era mi pasión, que me encantaba escribir comedias románticas. Desde que tenía memoria, observaba a mi madre escribirlas frente a la pantalla, y cuando cumplí dieciséis años me dejó leer las suyas y las de otras compañeras. Pero me preocupaban los prejuicios de la gente. Y, por supuesto, que las lectoras se enfadaran al descubrir la verdad.

Sin embargo, ese era el trato al que habíamos llegado y así iba a seguir. Yo escribiría desde el anonimato. Mi madre seguiría disfrutando de la corrección de la novela (para que pareciera escrita por ella) y los eventos, aunque de una forma distinta.

Pasé un par de horas frente a la pantalla del ordenador mientras nevaba al otro lado de la ventana. Me distraje algunas veces, preguntándome qué estaría haciendo Helena. En el fondo, me había hecho ilusión descubrir que había leído mi primera novela, aunque nunca lo sabría.

Cuando puse punto final al capítulo, fui al salón a avisar a mi madre, pero se había quedado dormida. Bajé el volumen de la televisión, la tapé bien con la manta y me llevé a Watson a mi cuarto para ver una serie hasta quedarnos dormidos.

Al día siguiente, la ciudad amaneció bajo una capa de nieve. Me atavié con mi abrigo más grueso y unos guantes y salí caminando en dirección a Chapters. Estuve a punto de resbalar en un par de ocasiones. Quienes vivimos en Nueva York sabíamos que la acera se convertía en una pista de patinaje en invierno.

En algunos lugares, había verdaderas placas de hielo. Junto a la calzada se amontonaba la nieve, a veces blanca, otras ya sucia. Un grupo de niños jugaba a lanzarse bolas y sin querer alcanzaron a un autobús turístico.

Llegué a la calle de la librería casi quince minutos antes de que abriera y mi intuición me dijo que algo raro estaba pasando. Había una persona, un hombre encapuchado de mediana edad, agachado en la entrada de Chapters, junto a la puerta. Me pareció que llevaba un sobre en la mano.

—¡Eh! —le grité, al ver que intentaba pasarlo por debajo de la puerta.

Cuando me vio, salió corriendo en dirección opuesta. Traté de seguirlo, aunque me llevaba varios metros de ventaja. El hombre, que llevaba una capucha tras la que escondía el rostro, giró a la izquierda en la siguiente manzana sin mirar atrás. Esquivé a un grupo de personas que venían en mi dirección y le seguí, pero cuando giré la esquina ya no lo encontré por ninguna parte.

—¡Joder! —grité llevándome las manos a la cabeza.

Mi ritmo de vida sedentario me había pasado factura. Recuperé el aliento frente a las decenas de neoyorkinos y turistas que habían presenciado esta escena.

—¿Te ha robado? —me preguntó una mujer extranjera, acercándose a mí.

—No, no.

Me lanzó una mirada lastimera y se alejó. Mi pecho subía y bajaba con fuerza. Di media vuelta para regresar a Chapters y contarle a Helena lo que acababa de suceder, pero justo entraron dos clientes madrugadores. Esperé casi diez minutos fuera hasta que salieron y me alegré de que lo hicieran con una bolsa en la mano.

—Helena —la llamé, buscándola con la mirada.

Ella levantó la cabeza desde detrás del mostrador.

—¿Qué pasa?

Mi expresión tenía que ser un poema, porque me miró como si hubiera presenciado una invasión alienígena.

—¿Has visto al hombre? —le pregunté.

—¿Qué hombre? Doyle, no tiene gracia. Dime a qué has venido.

Caminé hacia ella, casi con desesperación.

—No, no, te prometo que no es una broma. He visto a un hombre intentando colar un papel por debajo de la puerta poco antes de que abrieras.

La expresión de Helena cambió.

—¿En serio? —Salió de detrás del mostrador y me agarró por los hombros. Le sacaba casi veinte centímetros de altura, pero con sus rizos alocados la diferencia parecía menor—. ¿Cómo era? ¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé... ¡No lo sé!

Me llevé las manos a la cabeza, como si así fuera a recordarlo mejor.

—Haz memoria. ¿Dirías que era joven? ¿Tendría más de cuarenta años?

—Buf...

Helena me giró la cara hacia ella para que no la perdiera de vista.

—Rápido, vi en una serie que la memoria es muy corta y que los primeros segundos son claves para echar atrás y...

Empezó a girarme y nos pusimos a dar vueltas en mitad de la librería.

—Helena, lo he visto hace cinco minutos ya.

—¿Qué?

—Lo he perseguido, pero no me ha dado tiempo a alcanzarlo. Y... no lo sé, yo creo que

rondaría los cuarenta, sí.

—¿Y los cincuenta?

Suspiré.

—No creo que una persona de cincuenta años corriera así de rápido. Pero era un hombre, seguro. Bueno..., casi seguro. No lo sé..., estaba muy tapado. Siento no poder ser de más ayuda.

Helena se llevó las manos a la cabeza y me dio la espalda.

—¿Hay alguien que ha estado... molestándote? —le pregunté, sin saber muy bien qué verbo escoger.

—Define molestar.

—No sé, siguiéndote o acosándote.

Pero ella negó con la cabeza.

—He estado recibiendo cartas extrañas, eso sí. ¿Has visto por lo menos si lo que tenía en la mano era un sobre o simplemente un papel?

Cerré los ojos para intentar recordarlo. Joder, algo de información le tenía que dar.

—Sí, estoy casi seguro de que era un sobre —le confirmé—. Por la forma tenía que ser un sobre blanco, aunque lo he visto ya a lo lejos. Al llamarle la atención ha salido disparado y no le ha dado tiempo a dejarlo.

Helena procesó la información que le había dado, pero no la compartió conmigo.

—Vale —dijo y regresó detrás del mostrador.

Quise hacerle mil preguntas, pero sabía que no era el momento.

—¿Estás bien? —fue lo único que se me ocurrió decir.

No me respondió.

La chica cogió el ratón del ordenador y empezó a hacer clics furiosos. Después, aporreó el teclado.

—Por cierto, ¿qué hacías aquí? —me preguntó, recordando que existía.

—Yo... venía a pedirte disculpas. Por cómo actué en el club.

Helena levantó la vista del ordenador. Por lo menos, así había captado su atención.

—Te escucho —dijo ella.

—No tendría que haber intentado ponerte en ridículo. Es que... realmente pensé que no te habías leído ningún libro de mi madre.

—Hasta la noche anterior no había leído ninguno —admitió ella—. Pero quiero que sepas algo, Doyle Andersen: yo me tomo muy en serio mi trabajo. ¿Vale? Por mucho que no me gusten sus libros y aunque tampoco me inscribiera en el Andersen's Advent, a pesar de que nadie me crea, hago mi trabajo cuando me toca. Como ahora.

Una pareja joven entró de la mano en la librería. Helena se acercó a ellos por si necesitaban ayuda y se ofreció para aconsejarlos. La observé trabajar. Controlaba todos y cada uno de los libros que había sobre las mesas, aunque fuera imposible que los hubiera leído. Sabía encontrar cuál era el libro perfecto para cada cliente en función de los que eran sus favoritos y los que

menos les habían gustado. De hecho, era la tercera vez que la pareja visitaba Chapters desde que había abierto o eso me pareció escuchar.

Me hice a un lado cuando fueron a pagar y se despidieron de Helena con una sonrisa.

—¿Todavía estás aquí? —me preguntó ella, terminando de registrar la venta.

—Eso parece. Bueno, ya me voy. Te veo el viernes en el paseo por la ciudad, ¿no?

Esperé una respuesta afirmativa, pero Helena sacudió la cabeza.

—No, no iré. Me dijo Johana que no hacía falta que estuviera ahí si no quería. Es viernes y con la campaña de Navidad lo mejor es que me quede aquí.

Incliné la cabeza.

—Si es porque no quieres verme, puedes decirlo.

Ella cogió aire.

—Sí, también es por eso. ¿Contento?

—No mucho.

—¿Y qué tengo que decirte para que te pires y me dejes trabajar? —me preguntó, poniendo los brazos en jarras. Me reí un poco al verla así, en esa posición.

—Que vendrás al paseo por el centro. Si no vienes, no tendré a nadie a quien picar. Me aburriré.

—Pues es una pena, pero...

—Le diré a Johana que al final sí que vienes —le dije, dándole la vuelta para marcharme antes de que pudiera contestar.

Pero Helena fue más rápida.

—De eso nada. No pienso ir al centro de la ciudad.

—Oh, venga, yo también lo he visto mil veces, pero es Navidad. Está todo decorado y, además, quizá te entran ganas de leer *Año nuevo, novio nuevo* después del paseo.

Ella agitó la cabeza.

—No me pagan para ser tu payaso particular. Para eso ya hay una profesión y está destinada a niños de cinco a ocho años, más o menos tu edad mental. Tendrá que ocurrir un milagro para que te acompañe, Doyle Andersen.

—Pues iré poniendo una vela esta noche —le respondí.

Helena

No podía entender por qué Doyle Andersen era tan pesado conmigo. Como si no fuera suficiente con venir cada dos por tres a la librería, hacer preguntas estúpidas e intentar ponerme en ridículo. Encima, quería que lo acompañara en un tour por esos lugares que había evitado a toda costa desde que llegué a la ciudad, ahora decorados de Navidad.

En realidad, sin saberlo, me había convertido en la peor turista que había tenido Nueva York en mucho tiempo. Llevaba aquí casi tres meses y apenas había salido de Brooklyn. Ni siquiera me había asomado al Brooklyn Bridge Park para ver los rascacielos de Manhattan a lo lejos. Camila había intentado arrastrarme un día hasta allí, pero me había excusado con que hacía demasiado frío y no me quería poner enferma para el Andersen's Advent. Aunque, pensándolo bien, quizá debería haber aceptado su proposición y salir a la calle en camiseta de tirantes y pantalones cortos.

Dejé pasar los días hasta que llegó el jueves y cerré un par de minutos antes para llegar puntual a mi ansiada cita con Millie. Habíamos quedado en una cafetería al lado de Chapters. Cuando llegué, ya estaba sentada.

La reconocí enseguida. La recordaba de mis visitas anuales a Nueva York, y, aunque no tenía un aspecto tan juvenil, seguía siendo la misma. Ella se puso de pie al verme. Vestía con unos *leggings* grises y un jersey navideño largo de color rojo, a juego con su pelo teñido y sus botas. Casi había olvidado que las elecciones de vestuario de Millie nunca habían sido las más discretas.

—¡Helena!

Corrió a darme un abrazo y yo se lo devolví, sintiendo un calor familiar cosquilleándome en la punta de los dedos.

—¡Millie! —respondí ilusionada por verla.

Se movía con gestos nerviosos, como si cada segundo de su vida contara. Llamó al camarero para que pidiera antes de que me pudiera sentar y, pocos minutos después, estábamos una frente a otra recordando a mi madre.

Hablamos de todo un poco durante quince minutos. La interrogué para intentar sacar información sobre el billete de avión, el alquiler e incluso el Andersen's Advent, aunque no me sirvió de mucho.

—Pensaba que..., no sé, igual estabas tú detrás.

Millie negó con la cabeza con diligencia.

—No, no. Ha pasado mucho desde que dejé de trabajar en Chapters. No me enteré de nada de lo que pasó después de... —Bajó la mirada.

—Esto va a sonar muy exagerado o de película, pero... ¿Sabes si tenía algún enemigo? ¿Alguna persona que le hizo daño y que la dejó tirada?

A Millie le cambió la expresión. No quería revelar lo del diario, me parecía un tema demasiado personal de mi madre, y de alguna manera podría afectar a Millie al haber trabajado en la librería.

—¿Enemigos? —Millie se rio de la pregunta mientras se crujía los nudillos de los dedos—. Imposible. De hecho, el problema que tenía tu madre era justo el contrario. Siempre le salían... pretendientes. Algún acosador sí que tuvo, pero fue antes de abrir la librería, cuando todavía estaba en la universidad. Pero nada grave, supongo.

Me sentí Sherlock Holmes por un momento, tomando nota mental de todo lo que Millie decía.

—Pero ella estaba dolida porque iba a abrir la librería con un chico que la dejó tirada, ¿no?

Millie suspiró y se recogió el pelo rojo detrás de las orejas.

—Si te soy sincera, nunca supe la historia completa. Tu madre era una persona muy sociable, pero también muy discreta para sus secretos. No sé hasta qué punto debería revelarlo... No sé.

Vi que la mujer estaba librando una batalla interna y que sabía algo, así que era mi momento de utilizar mi arma más poderosa.

—Mira, no te lo pediría si no estuviera preocupada —le confesé—. He estado recibiendo cartas durante estas últimas semanas. Bueno, más que cartas, son fotocopias del diario de mi madre. Es decir, hay una persona por ahí que lo tiene y lo está usando, por ahora, para atormentarme. Porque no sabría decirte para qué más podrían utilizarlo.

—¿En serio?

La expresión de Millie cambió y supe que la había convencido un poco.

—¿Te han amenazado?

Negué con la cabeza.

—No, aunque tampoco sé qué quieren de mí...

Nos quedamos en silencio envueltas por el bullicio de la cafetería. Recé para que Millie se abriera y me revelara más datos sobre los últimos años de vida de mi madre que me sirvieran para recomponer los pedazos del puzzle que tenía a medias.

—Como te digo, ella no me contó mucho sobre su pasado. Un día, cuando la librería hizo récord de ventas en campaña de Navidad, fuimos a tomar un par de copas y se soltó un poco más. Me confesó que había querido inaugurar Chapters con alguien, pero que, después de mantener una relación amorosa, la dejó por otra.

—¿Crees que ese alguien podría ser mi padre? ¿Y que él la dejó por otra y por eso se divorciaron?

Millie no supo decirme más y a mí no me cuadraban las cuentas. Yo había nacido al año siguiente de la inauguración de la librería.

—Solo sé que a tu madre le rompieron el corazón —me confesó, a modo de cierre de la conversación—. Pero nunca supe quién fue. Lo único que sé es que estuvo mucho tiempo buscando a esa otra mujer por la que la habían dejado, y creo que no la encontró, aunque siempre se quedó con la espinita.

El tema de la conversación cambió poco después. Millie me habló sobre ella, la ciudad y sus hijos, pero apenas pude prestar atención. Mi mente no hacía más que dar vueltas a la información que Millie me había dado, aunque fuera poca.

Casi dos horas después, cuando nos despedimos en mitad de la calle, ella agarró la manga de mi abrigo antes de que nos separásemos.

—Bueno, hay una cosa que no te he confesado. Tu madre me habría asesinado por esto, pero lo hice por el bien de la librería.

Me quedé en silencio, esperando lo peor.

—Dime.

—Te he mentado en algo porque me daba vergüenza reconocerlo. Helena, fui yo quien apuntó a Chapters al Andersen's Advent —declaró—. Lo siento mucho por los quebraderos de cabeza que te haya podido traer. Lo hice con buena intención, para que tuvieras un empujoncito económico al arrancar.

Me quedé plantada en el sitio sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué? —fue lo único que pude articular.

Millie se frotó las mejillas. El frío era cada vez más intenso, pero podría haber permanecido horas desengranando la información.

—Sé que tu madre odiaba ese tipo de novelas —prosiguió Millie—. Yo estaba en su club, de hecho, el de alérgicas al muérdago. Así lo llamaba ella. Pero, en cuanto me enteré de que regresabas, supe que apuntarte sería una forma de que la librería floreciera. Económicamente hablando, ya me entiendes... —Millie hablaba a tal velocidad que era difícil seguirla—. Yo siempre discutía con tu madre porque yo quería poner títulos más comerciales en la librería para tener un ingreso fijo, por lo menos. Se demostró que funcionaba, aunque el resto de los libros no fueran tan famosos, y la librería salía adelante. Con dificultades, pero llegaba a fin de mes. Imaginé que tendrías muchas deudas acumuladas para volver a empezar casi un año después, así que probé suerte... y ya he visto que te aceptaron.

Traté de asimilar la información, pero solo había una pregunta en mi mente.

—Pero... ¿fuiste tú la que me compraste el billete de avión? ¿Y pagaste el alquiler?

Esta vez Millie negó con la cabeza.

—No. Te juro por lo que más quieras que ahí no he tenido nada que ver.

Me despedí de ella, con su voz resonando todavía en mi mente como un eco. Por lo menos tenía respuesta a una de mis preguntas, aunque no fuera la más importante. No quería pensar que Millie mentía y había pagado todo. Si lo hubiera hecho, lo habría confesado de golpe. Así que mi teoría seguía siendo la inicial: mi padre había pagado todo lo demás y se estaba haciendo el loco.

De camino a casa, lo llamé por teléfono, aunque no le pregunté por ello. Di una vuelta larga a pesar del frío y me sentó bien reconectar con él. No había dejado atrás a ningún amigo porque mis meses de encierro me aislaron del mundo, pero hablar con mi padre fue como recuperar un pedacito de mi vida en España.

Ahora que sabía que Millie estaba detrás del Andersen's Advent, pensé que no sería tan mala idea unirme al equipo en el paseo por el centro de Nueva York. Seguía estando convencida de que me dolería regresar a los lugares donde mi madre había hecho su vida. Pero ese maldito proyecto me estaba ayudando a sanar, y quedar con Millie había supuesto un antes y un después.

Llegué a Chapters con lágrimas congeladas en los ojos. Y también una presión en el corazón que, por lo menos, me decía que todo iba a ir bien.

9 de agosto de 1994

Querido diario:

Si pudiera agarrarme el corazón y arrancármelo, lo haría a pesar de las cicatrices.

No puedo soportarlo más.

Sufrir por amor es uno de los peores dolores que existe... Pero sentirte reemplazada, apartada o incluso sustituida... es otro tipo de tortura que solo quien lo ha vivido puede entenderlo.

C.

Helena

Guardé la entrada del diario, era la más corta desde que había empezado a recibirlas de forma anónima. Desde luego, mi madre había ido al grano. Podía entender lo difícil que había sido para ella tener que ver cómo mi padre se iba con otra cuando en la librería se vendían continuamente novelas empalagosas donde el amor podía con todo.

No quería admitir que la primera lectura del club, *Hasta que la suegra nos separe*, me había parecido una buena excepción a la regla porque sentía que le estaba fallando a su memoria. No dejaba de ser una historia más sobre una pareja que no funcionaba y cómo la mujer de pronto descubría el amor propio y se recuperaba de todos sus males. Bueno, gracias al amor propio y al nuevo interés amoroso que, por casualidad, siempre tenía un pene de más de veinte centímetros.

Pero había algo en esos libros que enganchaba. Punto para Amelia Andersen, supongo.

—Lo siento, mamá. Por ahora, tu club de lectura no ha arrancado como esperábamos — murmuré mientras recolocaba los libros de la autora de romántica más vendida en el país.

Impresionaba ver cómo cada día se llevaban por lo menos dos o tres novelas suyas. Sobre todo, ahora, en plena campaña navideña, las ventas se habían disparado. Traté de pensar cómo sería gestionar todo ese éxito. Saber que una persona de cada diez, más o menos, del país había leído uno de sus libros tenía que ser complicado. Me pregunté si a mi madre le gustaba escribir o si tan solo se desahogaba en su diario y poco más.

Atendí a varios clientes, comí con Camila y dejé que pasaran las horas hasta que viniera mi persona favorita del mundo.

La campanilla sonó y Doyle Andersen se asomó por la puerta. No había variado mucho su atuendo habitual, pero bajo el abrigo reveló un jersey azul marino en lugar de negro.

—Llegas tarde —le saludé. Llevaba días esperando poder decirle eso.

Doyle miró su móvil.

—Solo un minuto.

—Ya no quiero ir —le mentí.

En realidad, todavía se me atragantaba la decisión que había tomado la noche anterior. En un momento de debilidad tras quedar con Millie, escribí un mensaje a Doyle por Instagram para decirle que los acompañaría en su paseo navideño. No había sido muy difícil encontrar su perfil. Además, estaba convencida de que si iba con ellos podría contener mejor las ganas de echarme a llorar en mitad de la calle.

—Yo tampoco, pero te recuerdo que fuiste tú la que me buscó en Instagram como una acosadora y me hiciste cambiar de planes a última hora —refunfuñó Doyle.

Recogí mis cosas y cerré la librería. Se notaba que era viernes, las calles estaban llenas de personas caminando de un lado a otro y el tráfico parecía imposible. Aunque todavía faltaban dos semanas para Navidad, la ciudad se había preparado para recibir las festividades. La nieve del otro día aún se amontonaba en algunas esquinas junto a los cubos de basura. De vez en cuando nos cruzábamos con alguna persona vestida de Papá Noel. Y, por supuesto, todos los comercios habían sacado ya la artillería pesada y habían decorado sus puertas y escaparates con luces y abetos naturales.

—Vamos en metro, ¿no? —le pregunté, al ver que se acercaba a la calzada.

—Ni de coña. En taxi llegaremos antes.

Me reí.

—Anda, vamos —le insistí, dirigiéndome a la entrada del metro.

—No, en serio. Mejor en taxi, además lo paga la editorial. Nos sale gratis.

Suspiré. Mister Ojos Oscuros, Preguntón, Misterioso y Pesado se había convertido también en Rarito.

—Sí, claro, llegaremos gratis, pero también cuarenta minutos más tarde.

No quería añadir Tardón a la lista de adjetivos junto a su nombre. Sobre todo, si llegar tarde me hacía quedar mal a mí.

Doyle echó un vistazo a la calzada, donde había dos filas de coches atascados.

—Vale —murmuró.

Me siguió a regañadientes por las escaleras y saqué mi MetroCard.

—¿Listo?

—No tengo billete —confesó.

—Pues cómpratelo —le dije, sin entender muy bien qué estaba pasando.

Doyle se acercó a las máquinas como si fueran un instrumento de alta tecnología demasiado complicada para un ser humano. Un trabajador lo pilló por banda y, como si fuera un turista, le ayudó paso por paso a comprar un billete de ida.

—¿Y cómo vas a trabajar? —le pregunté.

—En taxi o bus, pero no tengo aquí mi bono.

Alcé las cejas, pero no dije nada. Pasé mi tarjeta y él hizo lo mismo, atravesando las puertas

con miedo.

—¿Dónde es la primera parada?

—Bajo el Empire State Building —me recordó.

No controlaba tanto el metro de Nueva York, así que saqué el móvil y dejé que me indicara la mejor combinación para llegar hasta ahí. Doyle examinaba cada cosa que sucedía a su alrededor. Hizo crujir sus nudillos varias veces mientras girábamos por los túneles del metro hasta llegar al andén.

—Tres minutos —le informé.

—¿Tres? —gimió.

Se alejó de mí y empezó a andar en círculos. De fondo, un pianista tocaba las primeras notas de *All of Me*, de John Legend.

—¿Qué narices te pasa? —le pregunté cuando iba por la cuarta vuelta.

Quedaban dos minutos.

—Nada.

Levanté las cejas. Lo observé mientras el dos se convertía en un uno y el metro entraba en la estación. Vi a Doyle cogiendo y soltando aire por encima de sus posibilidades.

—¿Te da miedo el metro?

Montamos en el penúltimo coche. Yo caminé hacia el interior, pero él insistió en quedarse cerca de la salida.

—Tengo mucha claustrofobia.

—Anda... —musité.

Ahora tenía sentido. Las puertas se cerraron y él también cerró los ojos, como si el trayecto se le fuera a hacer más corto.

—Por eso querías ir en taxi —dije más para mí que para él.

—Ajá.

—Y no sabías usar la máquina del metro.

—Ajá.

El vagón chirrió y Doyle abrió los ojos. Tenía una expresión de pánico absoluto que habría hecho pensar a cualquier persona que acababa de presenciar cómo se cometía un asesinato delante de sus propias narices.

El metro se paró y se abrieron las puertas. Me aparté para dejar pasar, pero Doyle no se movió de su sitio. Se llevó varias miradas cargadas de furia, aunque no pareció importarle. Las puertas se cerraron y arrancó otra vez. Como no sabía si era mejor hablarle o no decirle nada, le di conversación por si se le pasaba antes el mal trago.

—¿Cuánto tiempo hace que no montas en metro?

Él se rio. Quizá estaba funcionando.

—Pues... ¿quince años?

—¿Qué? —grité, pero nadie se giró a mirarnos—. Es una broma, ¿no?

Doyle negó con la cabeza. Se había abierto el abrigo negro, dejando al descubierto un jersey ya empapado de sudor.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué más da ahora? —me respondió, con razón.

Lo miré sin saber qué hacer. El metro siguió con su trayecto.

—Ya solo quedan tres paradas —le informé, por si eso aliviaba su ansiedad.

—¿Hemos cruzado ya el río?

En ese momento, el metro frenó, pero no se abrieron las puertas. Doyle miró al exterior.

—¿Qué está pasando?

—No pasa nada —intenté tranquilizarlo—. A veces se para porque sí.

—¿En mitad de un túnel? —elevó la voz. Esta vez sí que se giró alguna persona.

—Es normal, no ocurre nada. Enseguida arrancará —lo animé.

Una fina capa de sudor cubrió la frente de Doyle.

—Pero ¿estamos bajo el río?

—Anda, dame tu abrigo —le dije, desabrochándole del todo la cremallera.

En ese momento, el metro arrancó y caí sobre él. Doyle logró sujetarme y apoyarse contra una mampara por muy poco, evitando así que los dos termináramos en el suelo.

—¡Perdona! —me disculpé con torpeza mientras me ponía de pie. Se me había doblado una pierna y la otra me había fallado.

Doyle se zafó del abrigo y yo se lo guardé. Pensé que lo peor ya habría pasado, pero el tren volvió a frenar en el mismo túnel.

—¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío!, vamos a morir —empezó a decir en bucle y me pareció que se puso a rezar.

—Venga, que es un momento. Se habrá parado porque el metro que va delante irá con retraso o algo así.

Pero Doyle no parecía escucharme. Negaba con la cabeza y se llevaba las manos a la cara, después a la nuca y de nuevo al rostro.

—Me voy a ahogar, me ahogo.

—No te ahogas, Doyle, ven aquí. Mírame a la cara. Dame las manos, imagina que estás en otro lugar.

Lo cogí de las manos y le obligué a fijar sus ojos en los míos.

—Y, ahora, respira tranquilo. Coge aire..., suéltalo.

Para mi sorpresa, me hizo caso hasta que consiguió recobrar un ritmo normal de respiración. El metro arrancó de nuevo y se abrieron las puertas en la siguiente parada.

—Necesito bajar —dijo él, soltándose las manos.

Dio un salto al andén y supe que no lograría hacerle cambiar de opinión, así que lo seguí. Solo nos quedaban dos paradas, podríamos hacerlas andando.

—Claro. Vamos.

Seguimos los carteles que indicaban la salida y Doyle apretó el paso cuando llegamos a las escaleras que daban a la calle.

—El abrigo —le recordé, antes de que se pusiera enfermo. Hacía un frío de muerte y él iba todo sudado por la ansiedad.

Pero no me hizo ni caso. Salió y respiró bocanadas de aire durante casi un minuto hasta cerciorarse de que seguía vivo. Me sentí mal por verlo así.

—Si hubiera sabido que llevabas quince años sin...

Él agitó la mano en el aire.

—Da igual. Olvídalo.

Se puso por fin el abrigo y, sin decir nada más, caminamos en dirección al Empire State Building. No me di cuenta hasta poco después de que apenas había pensado en mi madre ni en el miedo que me daba regresar al centro gracias a la claustrofobia de Doyle.

—¿Te puedo pedir un favor? —Doyle me cogió del brazo antes de que girásemos la manzana para llegar al punto de encuentro.

—Dispara.

—No le digas nada a mi madre de lo que ha pasado. Si se entera de que he montado en el metro...

Esperé a que terminara la frase, pero no lo hizo.

—¿Se enfadaría? —pregunté.

—No, qué va, al revés. Se alegraría mucho. Pero ha sido cosa de una vez, no creo que pueda repetirlo. Y no quiero que se haga ilusiones.

—Vale, trato hecho —le dije, tendiéndole la mano para sellar el acuerdo. Pero, antes de que me la pudiera estrechar, la aparté. Él me miró con la cabeza inclinada—. Yo también quiero pedirte algo a cambio.

—Dispara —me imitó.

Cogí aire antes de hablar porque tampoco sabía muy bien qué decir.

—No tengo claustrofobia, ni agorafobia, pero sí un motivo para agobiarme hoy durante el paseo temático. Si en algún momento me siento abrumada, ¿podrías buscar una excusa para alejarnos del grupo y coger aire?

Doyle sonrió.

—Eso está hecho, Rizos.

Cuando nos estrechamos las manos para cerrar el trato, me agradó que la suya estuviera caliente.

Doyle



Cuando llegamos había oscurecido del todo y mi madre y el equipo ya estaban listos. Nos iba a seguir un hombre cargado con una cámara que parecía bastante pesada, y otro que llevaba un micrófono como los que usaban en las películas. Joder, eso iba a llamar demasiado la atención. Solo esperaba que no se les fuera de las manos.

Tan solo quince personas habían sido seleccionadas para este paseo temático por Manhattan que recorrería los principales escenarios de *Año nuevo, novio nuevo*. Violet había traído unos panfletos de la editorial que indicaban el recorrido que haríamos. Empezaríamos subiendo al Empire State Building y luego recorreríamos Bryant Park, Times Square y Central Park. El final no podía ser en otro lugar que en la pista de patinaje del Rockefeller Center.

—¡Buenas tardes! —nos saludó Johana.

Violet había comenzado a reunir a las lectoras que nos acompañarían. A su alrededor ya se había formado un grupo de curiosos, así que fui a echarle una mano cuanto antes.

—¿Cómo habéis llegado tan rápido? —escuché que preguntaba mi madre.

Antes de que pudiera responder, Helena se adelantó:

—Hemos tenido suerte con el taxi —mintió.

Cruzamos una mirada de menos de un segundo y aparté la mirada.

—Dame el tique del taxi antes de que se te olvide —me dijo Johana, tendiéndome la mano.

Mierda. Podía mentir a mi madre, lo había hecho varias veces desde que era pequeño, pero mentir a mi jefa era otro nivel.

—Ostras, ¿tenía que pedirlo de verdad? —saltó Helena, salvándome el culo otra vez—. Pensaba que me lo habías dicho de broma...

Todas las cabezas se giraron hacia mí, esperando una respuesta.

—No, era... era de verdad.

Ella se mordió el labio.

—Lo siento, ha sido culpa mía —dijo.

—No, más lo siento yo —añadió Johana—. Sin el tique no os lo podemos reembolsar... Ya sabes, normas de la empresa.

Helena agitó la mano en el aire.

—Bueno, no pasa nada —le quitó importancia.

Regresé a mi trabajo en cuanto se acabó la conversación. El corazón me iba a mil. ¿Por qué me había salvado el culo dos veces? No tenía ninguna necesidad de mentir por mí. Y, sin embargo...

Me distraje organizando a las lectoras y poniéndoles una chapa roja con las iniciales AA (de Andersen's Advent) y veinte minutos después comenzó la visita guiada. Dejé que mi madre tomara el control. Ella era la experta. Johana la acompañaba de cerca y yo tampoco la perdía de vista. Helena y Violet iban detrás. Me fijé en que la becaria le daba conversación, pero no pude escuchar de qué hablaban. Escuché unas risitas que se acallaron en cuanto me giré a mirarlas.

Enseguida me di cuenta de que mi madre no me necesitaba para nada, así que le di más libertad para que disfrutara del recorrido sin tenerme encima todo el rato. Nos saltamos la fila para subir al mirador del Empire State Building y le propuse a Violet que lo hiciera por mí, que yo me quedaría abajo controlando que no subiera nadie más. Era una excusa de mierda, pero funcionó.

—¿No subes? —me preguntó Helena cuando llegó nuestro turno para montar en el ascensor del rascacielos.

—Ni de coña. Ya he tenido suficiente con el metro y mi madre me ha dicho que no hace falta que la acompañe. Ah, gracias por lo de antes, por cierto.

La chica de los rizos me sonrió y aparecieron sus hoyuelos. Le devolví la sonrisa y Helena entró en el ascensor. Les di la espalda, dirigiéndome hacia la puerta, y entonces una mano me tocó el hombro.

—¡Espera! En realidad, tampoco quiero subir. Me quedaré aquí abajo contigo.

—¿Por qué? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Lo he pensado mejor. Ya he estado muchas veces —repitió.

La escrudiñé con la mirada.

—Como quieras.

Salimos del edificio y volví a respirar tranquilo. El aire frío ayudaba a que me sintiera más liberado, así que tomé varias bocanadas hasta que sentí que mi respiración se calmaba. En otra circunstancia habría subido al Empire State Building. Con la tontería del nuevo trabajo, estaba empezando a acostumbrarme a montar en ascensores y viajar en bus. Sin embargo, después de mi aventura en el metro, volver a tentar a la suerte el mismo día era demasiado. Prefería ir poco a poco.

—¿Te gusta tu trabajo? —me preguntó Helena de pronto.

—¿A mí? —La pregunta había salido tan de la nada que no sabía si hablaba conmigo—. Sí, claro. No es mi trabajo soñado, pero está bien.

—¿Cuál es tu trabajo soñado?

La miré como si me hubiera insultado.

—¿Qué es esto, un test de personalidad de internet? Si quieres te digo mi signo del zodiaco también.

Ella sonrió.

—Déjame adivinarlo: eres Tauro. Solo alguien tan cabezota como tú podría serlo.

Suspiré.

—Pues soy Capricornio, listilla.

—Yo soy Acuario.

La miré de arriba abajo. Estaba graciosa con ese abrigo tan grueso y un gorro de lana color lila.

—No quiero ofenderte, Helena, pero me da igual tu signo.

—Tranquilo, tendrías que emplearte a fondo para conseguir ofenderme.

Le saqué la lengua. Un grupo de niños disfrazados de reno pasaron por delante de nosotros canturreando *Rudolph, the Red Nosed Reindeer*.

—Mira, gente de tu altura —le dije, señalándolos.

—Mira, gente con tu capacidad intelectual —bufó.

—Oye, hay niños muy listos —me defendí—. Yo de pequeño...

—Querías ser astronauta —me cortó Helena—. No, espera. Vaquero. Sí, esa es tu profesión soñada.

—Pues no, idiota. Quería ser escritor como mi madre. Y la tuya, ¿cuál era?, ¿peluquera, pero metiste los dedos en un enchufe y te salió mal?

Para mi sorpresa, le hizo gracia.

—La verdad es que quería ser patinadora.

Me reí.

—¿Sabes patinar? —le pregunté, esperando una respuesta afirmativa.

—Me defiendo.

Guardé mi móvil en el bolsillo y la cogí del antebrazo.

—Eso lo tengo que ver yo con mis propios ojos. Ven, voy a llevarte a un sitio.

—¿Y el paseo?

—Tranquila, tienen para rato ahí arriba. Además, volveremos tan rápido que no se darán cuenta.

Paré el primer taxi que pasó, y le abrí la puerta para que entrara.

—Espero que no me estés secuestrando —me advirtió.

Me reí.

—Si lo fuera a hacer sería una escena mucho más épica, estilo 007. —Me senté en la parte de atrás, junto a ella, y me dirigí al taxista—: Al Rockefeller Center, por favor.

El hombre asintió y puso rumbo al noreste de la península. No estábamos muy lejos, pero, con la cantidad de gente que había por las calles, el camino podría haber sido eterno. Faltaban solo dos semanas para Navidad y los viernes se colapsaba la ciudad. Pedimos el tique nada más bajar y la llevé hacia el centro de la plaza.

Helena

Aquel lugar era igual que en las películas románticas navideñas. Toda la zona que rodeaba el famoso rascacielos, cerrada para los coches, estaba cubierta por un mercadillo navideño. Allá donde mirara había luces, música y un olor a gofre que me hizo rugir el estómago.

Doyle se dio cuenta y me hizo un gesto con la cabeza para que camináramos hacia allí. La caseta de los gofres era como una pequeña casita navideña. Parecía hecha de galleta. Salía un humo blanco de sus planchas, donde cocinaban no solo gofres, sino también crepes y una especie de empanadas rellenas de chocolate y azúcar. Olía como si los dioses del perfume se hubieran unido para crear la combinación perfecta.

Doyle se adelantó para pedir porque había mucha gente y yo me quedé atrás. Me preguntó algo, pero no podía oírlo por encima de la música y la gente.

—¿Qué?

—¿De qué lo quieres?

Miré rápidamente la carta.

—De chocolate y nata.

Él asintió y pidió un gofre para mí y una crepe para él. Caminamos hacia una zona más tranquila para tomarlos. Nos sentamos en un macetero gigante que tenía espacios para descansar. A nuestro alrededor no cesaba de pasar gente. Los edificios del complejo Rockefeller creaban una atmósfera acogedora, a pesar de parecer fríos, porque en sus ventanas se reflejaban las luces rojas, verdes y amarillentas del mercadillo de Navidad.

—¿No te agobian las grandes multitudes? —le pregunté, intentando entenderlo un poco más.

—Depende, a veces sí, a veces no. Realmente... no es sentirme agobiado, sino que no haya una salida clara o una vía de escape. ¿Tiene sentido?

Asentí, con un trozo de gofre en la boca. Pero calculé mal y se me escurrió por un costado.

—¡Cuidado! —dijo él, y se lanzó corriendo a limpiarme un trozo de chocolate que se me había quedado en la barbilla. Lo miró fijamente, sin saber qué hacer. Por un momento pensé que lo chuparía, pero saqué una servilleta del bolsillo que había cogido en la caseta y se la ofrecí.

Él pareció casi aliviado.

—Gracias. Comer así en la calle es un deporte de riesgo.

—Y que lo digas —añadí, quitándole tensión al ambiente.

Cuando terminamos, dimos una vuelta más por el mercadillo y llegamos a una zona en la que estaba el famoso árbol de Navidad gigante. Tenía que admitir que era bastante impresionante. Sus colores se reflejaban en los cristales del edificio y la calidez del ambiente era contagiosa. Varias parejas se paraban para tomarse fotos. Las esquivamos con cuidado para no salir de fondo en ninguna y me partí de risa cuando Doyle se chocó hasta tres veces con unas bolas del tamaño de un microondas. Se dio dos golpes en la cabeza y uno en el hombro.

—Te vas a quedar todavía más tonto —bromeé cuando se golpeó en el centro de la frente.

—Muy graciosa. Tú no tienes ese problema, ya lo sé.

Negué y me eché a reír. Entonces, el móvil de Doyle comenzó a sonar.

—Dime —respondió—. Sí, estamos en Rockefeller Center. Perdona, pensaba que tardaríais más ahí arriba. Ahora mismo volvemos. —Una pausa—. No, en serio, mamá. Ahora vamos. —Otra pausa—. ¿Estás segura? ¿Prometido? Vale... Bueno, tengo el móvil con sonido. Cualquier cosa que necesitéis, estamos aquí. Vale, hasta luego.

Colgó y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Tu madre? —pregunté, aunque era obvia la respuesta.

—Sí, para ver dónde estábamos. Me ha dicho que no nos preocupemos, que se apañan bien. Irán caminando hacia Bryant Park y terminarán aquí el recorrido.

—¿Nos necesita?

Él negó con la cabeza.

—Me ha prometido que no. Además... tengo algo pendiente contigo.

Por supuesto. Ya casi lo había olvidado. Doyle me pidió que lo siguiera hasta llegar a la famosa pista de patinaje del Rockefeller Center.

Nunca había estado en Navidad en Nueva York..., por lo menos, no en el centro. El año anterior no tuve ganas de acercarme a patinar y tenía la espinita clavada desde entonces.

—¿Qué? ¿Te animas?

Miré la fila. Tardaríamos por lo menos unas tres horas en entrar.

—¿Has visto la gente que hay?

—¿Esa fila? —preguntó Doyle—. Bah, ni caso. Conozco a la chica que trabaja en el acceso a la pista, seguro que nos cuela.

—Doyle, no...

—Hazme caso —insistió, alargando la mano hacia mí.

No sabía si quería dársela o no, pero me dejé llevar por el momento y la agarré. Me guio a

través de la multitud hasta el inicio de la fila, donde recibimos varias miradas malhumoradas.

Doyle habló con la chica, le enseñó algo en su móvil y ella nos dejó pasar como si nada.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunté mientras nos enfundábamos los patines de alquiler.

—Mi reputación me precede —respondió, fanfarrón—. No, es broma. El final del tour de mi madre tiene un acceso especial sin filas a esta pista. Había entradas también para nosotros, así que le he dicho a la chica que tú y yo hemos venido antes y luego llegaría el resto.

Asentí con la cabeza.

—Viva Amelia Andersen, supongo.

—Sí. Aunque ahora somos los más odiados de la fila, así que ten cuidado, porque igual alguien intenta matarte en el hielo... y no soy yo.

Le hice una mueca, pero no me vio porque ya estaba con sus patines en dirección a la pista. En cuanto rozó el hielo fue como si hubiera nacido con ellos puestos. Me quedé alucinada. Caminé como un pato detrás de él y entré también en la pista de una forma no tan elegante. Muchas personas patinaban ataviadas con gorros rojos e incluso una pareja iba disfrazada de elfos de Papá Noel.

—Pensaba que serías una experta patinadora —me dijo.

—Ya veo que tú controlas.

Doyle se adelantó un par de metros, girando en el mismo sentido que los demás. Yo traté de seguirlo, pero las primeras vueltas estuve a punto de resbalarme y caer más de una vez. Cuando llevábamos diez minutos, empecé a sentirme un poco más cómoda. Le reté a ver quién podía dar una vuelta más rápida a la pista y salí disparada para ganar unos segundos de ventaja.

—¡Tramposa! —me gritó, aunque no tardó mucho en alcanzarme.

Casi me llevé por delante a un par de niños, pero mereció la pena. Doyle me adelantó por la derecha y dio una vuelta completa por la parte más céntrica de la pista.

Nos llamaron la atención en cuanto cogimos un poco de velocidad. Doyle levantó la mano para pedir perdón y perdió el equilibrio. Se cayó de culo, dándose un golpe de película. Mucha gente lo vio y tuvieron que contener las ganas de reírse. Yo no pude. Saqué el móvil para hacerle una foto en el suelo mientras trataba de ponerse en pie. Me lanzó una mirada asesina y, cuando por fin pudo incorporarse, vino hacia mí, riendo, con la cara roja.

Los dos nos paramos justo en el centro para coger aire y nos partimos de risa.

—Ojalá lo hubiera grabado —suspiré.

—Ya estás borrando esas fotos, señorita —me amenazó Doyle.

El pecho nos subía y bajaba. Me tuve que agarrar a él para no perder el equilibrio cuando me dio un ataque de risa recordando su caída.

Cuando me recuperé, levanté la cabeza para mirarlo. Todavía estaba agarrada a él. De pronto, me di cuenta de que me estaba observando mientras me reía. Tenía los ojos fijos en mis hoyuelos. Me aclaré la garganta y me di cuenta de que la música de fondo cambiaba a una melodía un poco más lenta. ¿Siempre había habido música navideña mientras patinábamos? ¿O

era que ahora el silencio entre nosotros pesaba más que nunca y me estaba dando cuenta?

Le aguanté la mirada, sin saber muy bien qué estaba haciendo. Doyle no decía nada. Me miró a los ojos, luego a los labios y después otra vez a los ojos.

Y simplemente me besó.

Sentí sus labios sobre los míos, cálidos y carnosos, haciendo una ligera presión que eché de menos en cuanto se separaron de los míos. Cuando busqué una explicación en sus ojos, no la encontré. Solo sabía que quería que lo hiciera de nuevo. Algo dentro de mí se revolucionó en cuanto me acerqué a él para besarlo otra vez. Quise ponerme de puntillas, pero había olvidado que llevaba patines y dejé caer todo mi peso contra su pecho.

Él murmuró algo que no logré entender y sentí mis labios contra los suyos. Rodeé los brazos alrededor de su cuerpo y él puso sus manos en mi cara. A pesar de estar en medio de una pista de hielo, seguían calientes. No me lo explicaba.

No sabía quién había comenzado ese segundo beso, pero le seguí besando con delicadeza, como si nunca lo hubiera hecho. Doyle se atrevió a usar su lengua con cuidado y yo me dejé llevar, aunque nos estuvieran mirando decenas de personas. Me ardían las mejillas por culpa de sus manos y sentía un cosquilleo en la tripa cada vez que me apretaba más hacia él.

¿Por qué estaba pasando esto? Apenas unas semanas atrás no podía ni verlo y ahora... no quería que el beso terminara. Sentí tal calor dentro de mí que podría derretir toda la pista y los labios me empezaron a hormigear. Era como las famosas mariposas en el estómago, que también estaban, pero se habían dispersado por todo mi cuerpo, sobre todo, en la cara.

Doyle se separó demasiado pronto. Nuestras caras seguían muy cerca, y pude ver mejor sus ojos oscuros poblados de pestañas. Me acerqué de nuevo. Sentir su barba recortada era agradable. Tenía la piel blanca y lisa, sonrojada ahora en las mejillas, y una sonrisa se asomaba en sus labios.

Traté de devolvérsela a pocos centímetros de su boca, pero mi cara hizo una mueca. Aparté las manos de su cuerpo y me las llevé a la garganta, que me había empezado a arder de pronto. Los labios me seguían vibrando, pero ya no era por los nervios del primer beso.

¿Qué narices...?

Tosí un par de veces. No podía ser tan patética de atragantarme con mi propia saliva después de un beso. Sin embargo, la tos solo empeoró la situación. Sentí que las mejillas se me ponían rojas de la nada.

Doyle me miraba de hito en hito. Fui a decirle que me estaba costando respirar, que había algo que me estaba ahogando, pero no me dio tiempo.

Solo pude mirarlo con cara de pánico antes de caerme al suelo.



Doyle

Mi profesora de primeros auxilios se habría sentido orgullosa de mí. La de español, no tanto, pero por lo menos podría decir que el instituto me había servido para algo. Saqué el móvil del bolsillo y marqué el 911 mientras la tumbaba sobre el suelo y la colocaba de lado. A esas alturas, la gente empezó a darse cuenta de que pasaba algo y se acercaron a curiosear.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Necesito una ambulancia urgente en el Rockefeller Center, en la pista de patinaje. Mi amiga no puede respirar, se está ahogando.

Helena siguió tosiendo y jadeando en busca de aire. Me envolvió una sensación de angustia como nunca la había sentido. Le quité la bufanda y el gorro como pude y le abrí el abrigo para facilitar la respiración, si es que aquello servía de algo.

—¿Hay algún objeto o comida que pueda obstruir...?

—¡No! ¡Dense prisa! ¡Se está poniendo muy roja y no le entra apenas aire en los pulmones!

Helena se llevaba la mano a la garganta mientras me miraba con cara de desesperación. Intentaba toser, pero no podía.

—Tenemos un dispositivo médico en el mercadillo del Rockefeller Plaza. Ya están notificados, llegarán en cualquier momento. Por favor, manténgase al teléfono hasta que los vea.

Empecé a marearme con tanta gente a mi alrededor haciendo un círculo. El calor me inundó y me dio un escalofrío al mismo tiempo. Necesitaba quitarme el abrigo.

—¡Apartaos! —grité, gesticulando para que la gente se echara atrás. Algunos habían sacado sus móviles y se acercaban cada vez más, agolpándose a nuestro alrededor en círculo para enterarse de lo que sucedía.

Cada vez me mareaba más. Unas lucecitas de colores empezaron a titilar en los alrededores de mi campo de visión y luché por mantenerme despierto. No podía tener un ataque de

claustrofobia. No en ese preciso instante. Aguanté como pude, agarrando con fuerza la mano de Helena.

—Despacio, respira despacio —le indiqué, sin saber si se lo decía a ella o a mí.

Helena seguía tosiendo y luchando por respirar sobre el hielo de la pista. Me quité el abrigo y se lo puse bajo la cabeza para que no hiciera contacto con el suelo.

—Tranquila. Tranquila, ya vienen —le dije, aunque también me lo estaba diciendo un poco a mí.

Helena se estaba empezando a poner morada. Me puse de pie, tratando de encontrar a los de emergencias. Joder, ¿dónde estaban? ¿Tan difícil era encontrar la puta pista de hielo más famosa del planeta? Miré a mi alrededor con los ojos cargados de desesperación mientras Helena ya casi no podía respirar. Se llevaba las manos a la garganta todo el rato y le lloraban los ojos. Regresé con ella para no dejarla sola. Y, de pronto, una persona con un uniforme amarillo apareció de la nada. Y después otra, y otra más.

—¿Está sola? —gritó una mujer de amarillo.

—Está conmigo.

—¿Se ha atragantado con algo? —me preguntó.

—¡No! No, es imposible. No estábamos comiendo ni... nada.

Los demás paramédicos se lanzaron hacia ella mientras Helena se señalaba la garganta. Estaba a punto de desmayarse. Reconocía esa sensación porque la había tenido muchas veces con mis ataques de claustrofobia. Con el corazón en un puño, vi cómo luchaba por que el aire llegara a sus pulmones.

—Es una reacción alérgica —dijo otra mujer uniformada—. Epinefrina, ¡ya!

Los paramédicos me obligaron a apartarme, pero no quería alejarme de ella. La agarré fuerte de la mano para que no nos separaran mientras le levantaban el jersey y la camiseta, dejando al descubierto su tripa.

—¡Epinefrina! —gritó mientras le inyectaban un EpiPen.

Helena siguió jadeando durante unos segundos que se hicieron eternos y, poco a poco, recuperó el color en el rostro. A mi lado ya habían desplegado una camilla para llevársela, pero todavía no querían moverla.

—¿Estás bien? ¿Puedes respirar mejor? —le preguntó la primera mujer a Helena, tratando de evaluarla.

Asintió con la cabeza. Pasaron tres eternos minutos hasta que pudo elaborar una frase completa.

—Creo que sí, ya estoy recuperada —murmuró. Aunque su voz parecía la de una persona que fumaba dos paquetes de tabaco al día, me pareció la más bonita que había escuchado nunca.

Respiré, relajándome un poco yo también. La multitud aplaudió a los paramédicos y después empezó a dispersarse al ver que ya se había solucionado.

—Deberías hacerte las pruebas de alergia cuanto antes —le advirtió—. Hoy podrías haber

terminado muy mal.

«Muy mal». No hacía falta ser médico para saber lo que significaban esas dos palabras.

—¿Tienes alguna alergia conocida? —le preguntó la segunda mujer.

—Al plátano.

Me quedé helado en cuanto lo escuché. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Había estado a punto de matar a Helena con mi maldita crepe de plátano y chocolate.

Helena

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que estaba en mi cama. Me estiré y busqué a tientas mi móvil, pero no lo encontré.

Y entonces me llegó toda la información de golpe. Recordé la pista de patinaje, la alergia..., el beso. Pero el sueño se apoderó de mí y me quedé dormida otra vez.

Volví a despertar no sé cuánto tiempo más tarde. Me pesaban los ojos y estaba un poco mareada. Tenía todavía esa sensación de ahogo bajo la piel y el temor de que los paramédicos no iban a llegar a tiempo. A partir de ahora llevaría siempre un EpiPen en el bolso. Si no lo había hecho hasta entonces era porque el plátano no era un ingrediente común en muchos platos, como lo son la leche o los cacahuetes... Me pregunté si así fue como se sintió mi madre cuando le dio el paro cardíaco. Aparté ese pensamiento de mi cabeza antes de que me ahogara de nuevo la ansiedad. Los médicos dijeron que fue rápido y me iba a agarrar a eso.

Me puse en pie y casi me caigo cuando pisé algo duro en el suelo.

—¡Au! —profirió lo que fuera que había pisado y se movió enseguida.

—¡Ah! —grité del susto.

Me balanceé para dejarme caer sobre la cama y no darme de bruces con el suelo hacia delante.

Alguien encendió una luz que me cegó durante varios segundos, aunque la reconocí enseguida por su voz y su acento mexicano.

—¡Helena! ¡Estás bien!

Balbuceé una respuesta que ni yo misma comprendí.

—Vete a dormir, todavía es pronto.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada.

Necesité un rato para ubicarme. Los recuerdos se amontonaban en la cabeza y no me iban a

dejar dormir. Me senté sobre la cama y di la luz de la mesilla de noche.

—No me voy a dormir hasta que no me cuentes todo lo que ha pasado —le ordené a Camila, aunque no estuviera en posición de hacerlo. Tenía el pelo revuelto, los ojos pegados por las legañas y vestía con un pijama que combinaba la parte de arriba con la de abajo. Yo nunca habría hecho una cosa así.

Tras intentar que cambiara de opinión dos veces, convencí a Camila para que se sentara conmigo. No recordaba del todo el incidente de la pista, pero ella me narró con todo lujo de detalles cómo había estado a punto de morir ahogada por comer un trozo de plátano. Bueno, todos los detalles... excepto uno.

—¿Cómo se te ocurrió comerlo si sabías que eras alérgica? Recuerdo que me lo dijiste el día que te conocí, en el restaurante.

Me encogí de hombros. Así que Doyle se había guardado ese pequeño secreto para él. Me pareció bien, así que le seguí la corriente.

—Supongo que no me di cuenta de que estaba —respondí.

Notaba la voz pastosa, pero de dormir.

—Y de ahí te llevaron a la ambulancia. Te hicieron un par de pruebas y, cuando ya estabas recuperada, te trajeron aquí. No hacía falta ingresarte, solo que reposaras, porque te encontrabas fuera de peligro.

—Eso fue el viernes por la noche...

—Y hoy es sábado por la noche, sí —terminó Camila—. Has pasado un día entero durmiendo. Me puse de pie de un salto.

—¿Y el paseo literario de Amelia Andersen? ¿Y la librería!?

Camila me agarró del brazo para que volviera a sentarme.

—Todo está bien. Doyle no alertó a su madre, así que pudieron terminarlo sin problemas. Y ha sido él quien ha pasado hoy todo el día atendiendo a los clientes. Ten cuidado, porque unas chicas hasta le han dejado su número de teléfono.

—¿Qué? —pregunté, pero no era por lo del número—. ¿Ha estado aquí hoy?

—Sí, hemos estado vigilándote entre Ben, Doyle y yo. Ahora deberías intentar dormir, y mañana ya ves si te encuentras bien para trabajar o si tenemos que sustituirte, porque este domingo es de apertura obligatoria para los comercios —me mandó Camila.

Me mareé solo de pensarlo. Lo último que quería era convertirme en una carga para los demás.

—Vale...

Me tumbé de nuevo en la cama, pero le pedí a Camila que subiera conmigo. Lo que no podía permitir era que durmiera en el suelo.

—Buenas noches —murmuró ella—. Por cierto, que no se me olvide. Te han dejado un sobre debajo de la puerta hoy...

11 de enero de 2001

Querido diario:

A veces me dan ganas de abandonar. Pienso en si me equivoqué al separarme de Fernando y dejar que él regresara a España con Helena. Me gusta mi vida aquí, pero en ocasiones me siento sola. Quizá debería haber aguantado un poco más y no haberme enfadado por tonterías cuando estaba con él. Tenía claro que no iba a aguantar en una relación en la que no estuviera a gusto, pero muchas veces me encuentro a mí misma pensando a las tres de la mañana si no habría sido mejor haber ido a Zaragoza con ellos.

Echo mucho de menos a Helena. Por lo menos tres veces al día se pasa por mi mente que igual ella piensa que soy una mala madre por haberme quedado aquí mientras ellos siguen con su vida en España. Puede que me odie un poco por mi decisión. Bueno, odiar es una palabra muy grande, pero sí que es posible que en el futuro pueda pensar que yo la abandoné y que no quería saber nada de ella ni de su padre. Ojalá algún día pueda leer esto y saber cómo me siento en estos momentos. Ojalá no esté enfadada conmigo.

Nadie me dijo que tener hijos era tan difícil, y eso que yo solo he tenido una. Muchas veces, Millie me pregunta si no quería tener más o directamente si estaba abierta a volver a encontrar el amor. La respuesta siempre es la misma. Me da pánico volver a fallar. Tengo miedo de volver a equivocarme, de enamorarme otra vez de quien no debería y de que me rompa el corazón en mil pedazos. No estoy dispuesta a tener que recomponerlos de nuevo yo sola uno a uno, mientras el resto del mundo sigue girando y yo solo puedo pensar en llorar y pasar una etapa que se siente como un luto.

Querido diario, no puedo darle ese poder de destruirme a nadie más. Total, el amor solo es para las novelas. Es una excusa para mantenernos entretenidas y que creamos que ese es nuestro único fin en la vida.

El amor es sin duda la gran mentira de la historia de la humanidad.

C.

Doyle



Regresé corriendo a Chapters el domingo por la mañana. Me abrió la puerta Camila, quien me puso al día del estado de Helena, y pude respirar un poco más tranquilo. Ella se fue al restaurante y yo di las gracias al cielo por que todo hubiera salido bien.

—¿Puedo pasar? —le pregunté, dando dos golpes con los nudillos a la puerta abierta que conectaba la librería con el almacén.

—Sí —respondió.

Helena estaba sentada en la cama, con la *tablet* a un lado y el móvil al otro. El pelo le goteaba en la camiseta de pijama.

—¿Cómo estás?

Pensaba que querría arrancarme la cabeza y colgarla en la puerta de la librería, pero me sorprendió con una sonrisa y sus hoyuelos.

—Viva, después de tu intento de asesinato.

El ambiente se relajó y me senté a su lado.

—Me alegro de que mi plan maquiavélico fallara —le dije, cogiéndola instintivamente de la mano. La solté enseguida—. La próxima vez podrías mantenerme al día de tus alergias. Ya sabes, por si nos da por besarnos en uno de los puntos más románticos de la ciudad y no queremos terminar en la ambulancia.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella—. Pero creo que es mejor que no vuelva a suceder.

Me quedé un par de segundos en silencio por si quería decir algo más, como algún tipo de explicación.

—Vale —asentí.

—Bueno... No lo sé —añadió Helena de forma apresurada, como si hubiera cambiado de opinión—. Yo... la verdad es que nunca había pensado que podría pasar de odiarte a... no

odiarte.

Me reí.

—Sí, es una buena definición de lo que ha sucedido.

—Pero no quiero empezar algo que luego pueda destrozarme —siguió hablando—. Estoy en un momento complicado de mi vida, se acerca el aniversario de la muerte de mi madre... No quiero buscarme más problemas. No estoy diciendo que tú seas un problema, sino que el amor, en general...

—Vale, lo pillo —le aseguré, poniéndome de pie.

Pero ella me imitó y se colocó demasiado cerca de mí. Casi tanto como en la pista de hielo.

—No sé, Doyle. No sé qué decirte. Estoy hecha un lío.

—Helena, ya está. Además, a mí tampoco me viene bien mezclar amor con trabajo. En fin, que no tienes que justificarte. Tampoco ha pasado nada del otro mundo.

Se le escapó una sonrisa traviesa.

—Bueno, casi me matas delante de todo Nueva York. Eso sí que es un poco del otro mundo.

—¡Tú casi me partes la nariz de un codazo! ¿Cuánto tiempo más me lo vas a recordar?

Helena se encogió de hombros. Nos miramos el uno al otro sin saber qué más decir.

—Bueno, me marchó —le dije.

No quería invadir su privacidad y ya habíamos dejado las cosas claras.

—Vale.

—Si te encuentras mal otra vez o necesitas cualquier cosa...

—Te aviso. Ya tengo tu número.

Asentí con la cabeza y me separé de ella. Me dolió marcharme así después de la conexión que habíamos logrado construir en las últimas semanas. A pesar de todos los piques, la chica de los rizos se había ganado un hueco en mi corazón. Pero era mejor para todos que ese lugar no se expandiera más.

Levanté la mano para despedirme y dejé atrás su habitación para regresar a la librería y salir a la calle.

—¿Doyle?

Me giré como en las películas. Helena corrió hacia la puerta y se me aceleró el corazón.

—Te has olvidado la cartera —me dijo, extendiéndola hacia mí.

Se me paró de golpe.

—Ah, vale, gracias.

Tragué saliva y me di media vuelta, pero me quedé en el sitio, incapaz de salir. Me giré y ahí estaba Helena, mirándome con esos ojos marrones. Dio un paso hacia mí. Sus ojos pedían lo que su boca no se atrevía a pronunciar.

—No he comido plátano —le confesé, antes de eliminar la distancia que nos separaba.

—Es lo más sexy que me han dicho nunca —respondió.

Y la besé otra vez.

En esta ocasión fue más difícil separarnos. La librería estaba a oscuras, pero mis ojos se habían adaptado y podía ver la cara de Helena junto a la mía. Los cerré y me dejé llevar por el beso mientras ella recorría mi pecho con las manos hasta llegar a la nuca.

Mala idea.

Me separé de ella para que no se me notara que estaba excitado, pero ella se lo tomó como un reto y se acercó todavía más a mí.

—¿Qué pasa? —me preguntó en un susurro, con los labios pegados a los míos.

Ella agitó la cabeza, quitándole importancia.

—Dime —le insistí.

—Que estamos incumpliendo la prohibición de besarnos.

Suspiré, agarrándola por la cintura.

—¿Es una prohibición? Porque eso lo hace todavía más deseable.

Helena volvió a besarme antes de responder.

—Vale, pues digamos que... es una regla inquebrantable.

—Casi que me lo pones peor.

Necesitaba que la conversación terminara ahí porque me estaba poniendo demasiado cachondo. Helena sabía jugar sus cartas, desde luego.

—Vale, pues llamémoslo límite. En cuanto salgas por esa puerta, no puede volver a suceder. Así que aprovechemos el metro y medio que te queda hasta llegar a la puerta —me susurró.

Se me puso la carne de gallina. Le devolví el beso y bajé mis manos por sus caderas. Ella entendió lo que quería hacer y se dejó elevar. De pronto estábamos pegados contra la puerta de la librería, ella en mis brazos y sus piernas alrededor de mi cintura.

Recé para que alguien apagara la calefacción por arte de magia. Tenía que parar antes de que se nos fuera de las manos. Había pasado poco tiempo desde que me había acostado con una chica, pero jamás había tenido tantas ganas de hacerlo con alguien como con Helena.

Ella siguió besándome y me agarró del pelo por detrás.

Se acabó. Mi pantalón iba a estallar.

La bajé y ella se quejó con un gemido que me puso todavía peor.

—Ya está, por favor, no puedo más. Voy a explotar.

A Helena le hizo gracia mi sufrimiento e intentó volver a la carga, pero la corté.

—No, en serio, Helena. No podemos seguir.

Ella se dio cuenta de que se lo estaba diciendo de verdad y dio un paso atrás.

—Lo siento mucho —proseguí—, pero tú misma me lo has dicho. No podemos seguir así. Tú no vas a querer nada conmigo y yo lo respeto, entonces es mejor que no traspasemos ciertos límites.

Helena negó con la cabeza.

—Da igual. Quiero hacerlo —me insistió.

Yo negué con la cabeza.

—No puedo, Helena. Créeme que ganas no me faltan, o sea, que no te estoy dando calabazas.

—Pues lo parece —dijo ella, y en su voz había un tono de tristeza. O quizá decepción.

—Te prometo que no. Pero esto nos hará más daño que otra cosa si sale mal y tenemos que vernos las caras dos semanas más... Además, me has dicho que no estás para estas cosas.

—¿Vas a poner de excusa lo que he dicho yo cuando eres tú el que ahora no quiere? —me dijo ella. Si había tristeza o decepción, ahora había pasado al enfado.

—No es eso —me defendí.

—Pues lo parece —me espetó ella.

Me dio la espalda y comenzó a alejarse de mí. No podía creer que hubiéramos pasado de cien a cero tan rápido.

—Helena... —la llamé, pero no se dio la vuelta hasta que llegó a la puerta que daba al almacén y su habitación.

—Déjalo.

—¿Ves? Justo por esto debíamos parar. Porque ahora va a ser todo superincómodo las próximas semanas.

Ella suspiró.

—Pues sí, ahora sí que va a ser raro —me dijo con un tono que no me gustó nada.

—Genial.

No esperé a que respondiera porque tampoco creí que lo fuera a hacer. Salí de la librería con el corazón acelerado y un nudo en la garganta. Caminé en dirección a mi casa como si me hubiera activado el piloto automático y, cuando llegué, me dejé caer en la cama con Watson y lloré durante casi dos horas.



Camila me convenció para decorar los cristales de la librería. No quería hacerlo, pero no me quedó otra porque llegó a Chapters ataviada con todo el material necesario. Rodeamos las mesas con espumillón, colocamos gorros de Papá Noel sobre los carteles que indicaban cada sección de la librería y, al final, pusimos las figuras en los cristales. Camila había traído un *pack* para poner diez copos de nieve, así que pegamos cinco en cada escaparate. No eran trece, pero quizá así estaba mejor.

Ben se unió a nosotras y cenamos en el restaurante después de la paliza que nos habíamos dado. Por lo menos, lo pasamos bien. Mi psicóloga me había recomendado que creara nuevos recuerdos, así que intenté memorizar cada detalle de aquella tarde en la librería, con villancicos ingleses de fondo, mientras Ben y Camila se peleaban por qué color de espumillón quedaba mejor en cada mesa.

Mi casero bajó de su casa un pequeño árbol de Navidad y lo colocó al fondo a la derecha, junto a la zona de libros infantiles y juveniles. Cuando terminamos, por muy cansada que estuviera, tuve que admitir que había quedado precioso. La librería parecía un lugar completamente diferente y hasta yo misma me sentía distinta.

Pero no podía dejar de pensar en Doyle.

Notaba una angustia en el pecho de vez en cuando cada vez que su nombre, su cara o nuestros besos cruzaban mi mente. Me dolían los recuerdos que habíamos compartido juntos, dentro y fuera de la librería.

Cuando por fin llegó el viernes, el corazón se me encogió al verlo. Tuve que armarme de valor para no apartarle la mirada cuando se acercó a saludarme junto a su madre, Johana y Violet. Por suerte, de todos los eventos del Andersen's Advent, este sería el más rápido. Entre Violet y yo comenzamos a organizar la fila de los participantes en la calle. No me hacía especial ilusión que

esperaran fuera con el frío que hacía, pero no cabían cincuenta personas en Chapters.

Para esta ocasión, vacié las dos mesas más grandes de la librería y las coloqué en el centro, donde antes estaban los best sellers. Detrás de las mesas estaba todo el equipo editorial y la autora, listos para recibir los libros y hacer el intercambio.

Camila y yo habíamos envuelto para regalo cincuenta libros de Amelia Andersen la noche anterior. Con los últimos nos habíamos puesto creativas, ya que se nos acabó el celo y llovía a mares. Habían quedado todos preciosos junto al árbol de Navidad de Ben, que habíamos movido junto a las mesas.

—¿Empezamos? —propuso Doyle.

Se me hizo raro escucharle con un tono de voz tan serio.

—Sí —respondí, igual de seca.

Abrí la puerta de la librería y, mientras Violet comprobaba sus tiques, yo dejaba pasar a la gente según salían los que ya tenían su regalo, un libro firmado por la autora y cedido por la editorial. Algunos se quedaban hablando con Amelia o aprovechaban para sacarse una foto. Cada vez que podía, echaba un vistazo a Doyle. Todos íbamos vestidos de colores navideños menos él, que había optado por su clásico vestuario negro de la cabeza a los pies.

Su madre me pilló mirándolo y giré la cabeza enseguida, centrándome en la fila. Tal y como esperaba, la siguiente hora pasó deprisa y para cuando me di cuenta estaba dando acceso a las últimas cinco personas de la fila. Todo el mundo se despedía con una sonrisa en los labios y un «¡Feliz Navidad!», al que Violet respondía con más entusiasmo que yo.

Cuando terminamos, Johana arrancó un aplauso colectivo acompañado de unos saltitos de emoción. Los demás, excepto Doyle y yo, la siguieron con alegría. Tuve que poner una sonrisa falsa hasta que Johana se relajó.

—¡Qué rápido se me ha pasado! —exclamó Amelia Andersen—. Ha sido como una firma, pero sin firmar.

Violet se rio.

—Gracias por la organización, Helena —soltó Doyle, como si le ardiera la boca al pronunciar esas palabras—. Te dejamos descansar, que estarás reventada.

—Gracias a vosotros —me despedí, mirando principalmente a la autora.

Ella asintió con la cabeza a modo de agradecimiento. Me pregunté, por un instante, si Doyle le habría contado lo que había pasado entre nosotros. Pero no me imaginé a Doyle teniendo ese tipo de relación con su madre. Mejor así.

Los cuatro se despidieron y abandonaron la librería, adentrándose en el frío de mediados de diciembre. Cerré la puerta corriendo antes de que se escapara la calefacción y la apagué en cuanto se marcharon. Quité también las luces y me quedé a oscuras. La única iluminación provenía de las farolas del exterior, entrando a raudales por las ventanas como si fuera de día. Los vi acercarse a la calzada y parar tres taxis. Violet se subió en uno, Johana en otro y, por último, madre e hijo entraron en el tercero. Por un momento, deseé que Doyle cambiara de

opinión y diera la vuelta, que regresara a la librería y me dijera que se había olvidado la cartera o algo así.

Pero no sucedió.

El resto de la noche, Camila y yo decidimos llevar a cabo la improvisada segunda reunión del Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago. En cuanto le hablé de él, a Camila le entusiasmó la idea.

—Bueno, podría decirse que se ha duplicado la asistencia al club desde la primera reunión —bromeé.

Camila y yo recorrimos las estanterías de Chapters.

—Para la siguiente podría traer a un amigo que también odia las novelas románticas. Y, si pones un cartel en la entrada, seguro que alguien más se anima. Lo único, que no suene muy *hater*, o nos quedaremos sin clientes.

Me encantó que Camila ya se sintiera una parte más de Chapters.

—¿Y si eliges la lectura para la tercera reunión? —le propuse—. Hoy, aunque no tengamos ninguna como tal, podemos poner en común los que hemos leído.

Mi amiga sonrió.

—Vi cómo hablabas de *Hasta que la suegra nos separe* en el primer evento. Parecía que te había gustado —me dijo ella, sacando una copia de *Crepúsculo* de la estantería de libros juveniles.

Me encogí de hombros.

—Sin más —respondí—, aunque tengo que admitir que lo leí del tirón hasta la una y media de la madrugada. ¿Ese lo has leído?

Camila abrió *Crepúsculo* por la primera página.

—No, pero he visto las películas. ¿No te pasa que, a veces, sientes que el amor se parece más a la escena en la que Bella ve pasar los meses mientras mira por la ventana que a lo que nos enseñan desde pequeñas?

—¡Totalmente! —solté un poco más alto de lo que quería—. Eso es justo lo que mi madre decía en el club. Pero muchas veces se quejaba de que las veían como un grupo de mujeres resentidas que se reunían porque nadie las quería.

Ella suspiró, apartándose un mechón de la cara. Dejó el libro en su sitio.

—La gente es tonta, de verdad.

Sacó otro de Nicholas Sparks.

—Uf, con estas sí que no puedo —reconocí—. Demasiado cursi para mí.

—¿Verdad? —añadió Camila—. Creo que he visto alguna de sus películas.

Después de comentar varios libros, nos sentamos en la zona de la cafetería. Seguimos hablando del amor y las expectativas durante una hora y pedimos una pizza a medias para cenar. La presencia de Camila me tranquilizaba. En España no tenía muchas amigas, solo a mi gata Alicia. De hecho, había perdido todas en los últimos meses porque había desconectado del

mundo exterior. No me había dado cuenta hasta ahora de lo que extrañaba tener una amistad sincera y bonita.

La escuché hablar largo y tendido sobre sus experiencias con los hombres y nos reímos cuando me contó la peor cita que había tenido en su vida. No sé si los clubs de mi madre serían así, pero gracias a nuestro club improvisado entendí la importancia de compartir vivencias y de tener a alguien a quien escuchar y que te escuche. Desde luego, ese rato entre nosotras, hablando de libros y amoríos, fue como reencontrarme con esa Helena animada y feliz del pasado a la que tanto había echado de menos.

19 de octubre de 2005

Querido diario:

Esta es la última vez que te voy a escribir. Después de esta entrada, no habrá ninguna más.

Sé que puede parecer una decisión un poco drástica, pero no hay vuelta atrás. Siento que estas páginas están demasiado contaminadas con todo lo que pasó al abrir la librería. Ya hace varios años de eso y quiero dejar esa etapa atrás.

Pensaba hacerlo cuando se acabaran las páginas, pero todavía quedan treinta por rellenar. Quiero empezar una nueva etapa, y para ello necesito un nuevo diario, si es que alguna vez lo hay. La verdad es que no lo creo. No es que piense que ya soy demasiado mayor para tener un diario, pero de lo que estoy convencida es de que no puedo seguir anclándome al pasado.

Necesito pasar página.

Necesito que transcurran diez años, regresar a este lugar y ver todo lo bueno que ha pasado desde entonces. Necesito ver que, a pesar de todo este mal de amores, hay otras cosas más allá esperándome.

Quién sabe, quizá cuando vuelva a leer estas páginas ya no viva en Nueva York, me haya vuelto a casar o haya adoptado un perro. Supongo que para saberlo tendremos que esperar mucho tiempo.

Nos vemos en el futuro.

Gracias por todo,

C.

Helena

Necesité una mañana entera para asimilar la última entrada del diario de mi madre. Me destrozaba pensar que nunca llegó a cumplir su intención de regresar a esas páginas y comparar su vida anterior con la actual, porque se truncó por un maldito paro cardíaco.

Lloré toda la mañana y parte de la tarde. Cada vez que entraba un cliente tenía que disimular, actuar como si nada. Y fue un día muy ajetreado, justo como si el universo supiera que necesitaba una pequeña pausa. O igual lo hizo para que no me viniera abajo yo sola entre aquellas cuatro paredes.

Fuera como fuese, sobreviví a casi todo el día como pude. Hice muchas recomendaciones, me hicieron caso en la mayoría, y cuando quedaban quince minutos para cerrar me di cuenta de que la facturación había aumentado notablemente. La campaña de Navidad era un auténtico salvavidas. El mes siguiente ya tendría que pagar el alquiler del local y, desde luego, notaría el cambio.

Pensé que llamar a mi padre me distraería, pero en España sería de madrugada. Ahora entendía un poco más a mi madre cuando me escribía a cualquier hora y poco después se daba cuenta de la diferencia horaria. Pensando en ella, busqué su último mensaje y lo releí. Los ojos se me llenaron de lágrimas y, como estaba sola, dejé que cayeran. Solo quedaban diez minutos para el cierre, así que sería mala suerte que alguien entrara en aquel momento.

De hecho, caminé hacia la puerta para girar el cartel y echar la llave, pero justo entró un cliente.

Una sensación de angustia me inundó cuando vi que se trataba de Doyle Andersen. Lo dejé pasar. Venía empapado. No me di cuenta hasta entonces de que se había puesto a llover de la nada y unos ríos de agua se deslizaban calle abajo.

—Pasa —le dije, esperando que no descubriera que había estado llorando.

—Sí —murmuró él—. Creo que mi viaje ha sido en vano. Te traía esto para el día 24, aunque me da la impresión de que ha quedado inservible...

Doyle abrió una bolsa de plástico. Dentro había varios rollos de papel de envolver de colores y diseños ambientados en la Navidad. En efecto, se habían mojado.

—Tranquilo, así tienes una excusa para volver otro día —le solté. Me di cuenta al momento de que había sonado mucho más borde de lo que pretendía, así que traté de arreglarlo—. Perdón. Quería decir... que pensaba que vendría Violet a traérmelos y no tú.

Doyle se encogió de hombros.

—Te dije que para mí no supondría ningún problema seguir trabajando juntos.

Cogí aire. No quería empezar ninguna pelea que no llevara a ningún sitio, como la última vez. Además, sentía que le debía una disculpa por haberme enfadado cuando no quiso ir a más.

—Vale. Bueno, siento que se hayan mojado —le dije de corazón—. Puedo ir mañana a comprar otros, si quieres.

—No, tranquila. El material lo cubre la editorial.

Asentí y nos quedamos en silencio.

—Bueno, me marchó.

—De acuerdo —respondí, casi en un suspiro.

Quería rogarle que se quedara, pero no tenía motivos para pedirle algo así. Doyle se abrochó el abrigo, cogió la bolsa llena de papel de envolver mojado y se acercó a la puerta. Agarró el tirador con la mano, pero no se movió.

—Antes de irme..., ¿estás bien? —me preguntó él.

Levanté la mirada.

—Sí.

Hacía tiempo que no usaba los monosílabos, pero parecía que estaban a punto de regresar.

Doyle soltó el tirador y se giró hacia mí.

—Mentirosa.

Exhalé por la nariz.

—¿Qué me ha delatado? —le pregunté.

Él entró en el juego.

—Los ojos rojos e hinchados creo que han sido la pieza clave para resolver el misterio, sí. ¿Quieres hablarlo?

—Claro —respondí—. Seguro que un entrañable paseo entre amigos bajo la lluvia soluciona todos mis problemas.

Doyle se acercó al cristal de la puerta, miró al cielo y después al suelo de la calle.

—Creo que ha parado —anunció.

—Bueno, volverá.

—Venga, vamos a dar una vuelta. Nos vendrá bien a los dos.

Lo miré, sopesando si me estaba tomando el pelo o no. Parecía decirlo en serio. Como no tenía

nada mejor que hacer y mi día no podía empeorar tras leer la última entrada del diario de mi madre, acepté.

Me puse un abrigo con capucha por si volvía a diluviar y salimos a la calle. Cerré con llave y le seguí por las calles de Brooklyn, llenas de gente paseando perros aprovechando que la lluvia había parado o simplemente dando un paseo como nosotros.

La decoración navideña brillaba mucho más con el suelo plagado de charcos. Las luces se reflejaban en la calzada, creando un arcoíris de blanco, rojo y verde allá donde miráramos. Una ráfaga de aire frío me azotó en la cara y respiré con fuerza. No echaba de menos el calor de España hasta que las temperaturas descendían por debajo de cero cuando caía la noche. En esos momentos, aunque siempre fui del equipo invierno, me planteaba cambiarme de acera.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Doyle, que caminaba decidido en dirección sur.

—Quiero llevarte a una cafetería que me gusta. Si nos damos prisa, la pillaremos abierta.

No respondí. Caminamos cinco o seis manzanas con cuidado de no resbalar. Nos cruzamos con un grupo de *scouts* cantando villancicos con su monitora, que estaban recolectando donativos para su unidad. Incluso vi a un par de perros vestidos con ropa navideña, uno de ellos con un abrigo rojo de Papá Noel. Nueva York y su gente nunca me dejarían de sorprender.

Poco después, llegamos a la cafetería. Como estaba a tope, pedimos para llevar. Escogí un chocolate caliente para atemperarme las manos. Debería haber cogido los guantes, pero ya era muy tarde para regresar. Doyle me copió y lo seguí por las calles de Brooklyn.

—Hay un lugar que seguro que no conoces del barrio, es una calle en la que se toman la Navidad muy a pecho. En serio, aunque no seas la más fan, tienes que recorrerla. Ya verás, es un auténtico espectáculo. Yo vivo justo al lado.

—¿En serio? —le pregunté, más por cortesía que por interés.

Doyle asintió y seguimos caminando. A los pocos minutos me empecé a arrepentir de haber aceptado caminar con él. Pasamos gran parte del paseo sumidos en un silencio incómodo.

—Ya casi estamos. Es aquí.

Giramos una calle a la derecha y de pronto entendí a lo que se refería Doyle. La calle no era un sitio normal y corriente donde los vecinos habían decorado sus fachadas. Aquello era un auténtico escaparate, un despilfarro de kilovatios en cada lugar donde se posaran mis ojos. Cada casa era más espectacular que la anterior. Habían decorado los edificios y sus respectivos jardines delanteros con una increíble estructura de figuras, luces y música navideña. El conjunto formaba una gran bola luminiscente de todos los colores.

—Esto es... —empecé a hablar, pero no tenía palabras para describirlas.

—Apabullante, lo sé. Imagínate vivir en la casa de enfrente durante estas tres semanas.

Me entró la risa tonta.

—Yo no podría. Dios mío, ¿cómo se duerme con tantas luces?

—Tenemos unas cortinas que bloquean la luz, supongo. Aunque yo necesito dormir a oscuras, así que me pongo un antifaz.

Me costó un segundo procesar sus palabras.

—¿Vives aquí? ¿En una de estas casas? ¡Pensaba que estabas por la zona! —Mis preguntas fueron más un grito que otra cosa.

Doyle asintió.

—Sí, en esta misma calle. Y también está decorada, aunque no tanto como estas. Está más adelante. A mi madre le encanta todo este show navideño, así que...

—No te creo.

—Te lo juro. A ver si adivinas cuál es la nuestra. Pista: contiene una planta típica navideña.

No me había enterado hasta ese momento de que los Andersen vivían en el mismo barrio que yo. Pero, desde luego, lo último que imaginaba era que lo hicieran en una calle así. Doyle me tenía que estar tomando el pelo.

Seguimos andando mientras dejábamos atrás auténticas obras de ingeniería navideña. Una casa estaba llena de soldaditos del *Cascanueces*, ángeles y renos. Por lo menos habría cincuenta figuras. Más allá había otra repleta de carteles luminosos con palabras como «Christmas», «Joy» o «Believe», entre muchas otras. De otra casa salía una melodía navideña que tocaban unos autómatas hechos con materiales reciclados. En otra habían instalado un Papá Noel gigante en la fachada que mediría unos ocho metros, sin exagerar.

Podría haber pasado horas delante de cada una de ellas, descifrando todos los detalles y dejándome llevar por las lucecitas titilantes. Caminamos varios metros más mientras hacía fotos como una turista hasta llegar a la que tenía que ser de Doyle y su madre. La habían decorado un poco más discreta, pero la enorme «A» de su apellido coronando el portal la traicionó enseguida. La fachada estaba cubierta de luces que recorrían cada esquina de los tres pisos de la mansión. De camino a la entrada, habían instalado una especie de celosía de donde colgaba muérdago.

—Es esta —le dije a Doyle sin ningún tipo de duda.

—¿Segura? —me preguntó, aunque vi que ya tenía las llaves en la mano—. Sí, nosotros no participamos tanto de esta locura, pero nos gusta decorarla un poquito y mi madre lo disfruta. He leído que hay personas que contratan diseñadores y gastan hasta diez mil dólares en tres semanas.

Me reí, entrando en el túnel de muérdago para hacer unas fotos. Saqué mi móvil e inmortalicé el momento.

—¿Es muérdago de verdad?

—Claro. Mira, coge un trozo.

Doyle arrancó un pedazo de muérdago y me lo puso en las palmas de las manos. Tenía el mismo aspecto que había visto en las películas. Unas hojas alargadas y puntiagudas con varias bolitas rojas en el centro. Eran tan perfectas que parecían de mentira. Miré hacia arriba y me di cuenta de que estaban por todas partes.

—Son una planta parásita, en realidad —dijo Doyle.

Me lo creí, porque habían poblado toda la celosía, que medía más de seis o siete metros de

largo. El muérdago había trepado también por el techo, creando un túnel donde nadie más podía vernos.

Me di cuenta de que Doyle me estaba mirando y me acerqué a él. No se movió del sitio.

—No serás alérgica al muérdago, ¿verdad?

Sonreí.

—¿Por qué lo dices? ¿Has estado masticando las hojas?

Me dio la mano y supe que íbamos a mandar a la mierda todo lo que nos habíamos prohibido días atrás. Pero que les den a los límites. Era casi Navidad. Estábamos debajo del muérdago. Sería un crimen si no nos besábamos.

Así que me acerqué a él, le sujeté la cara entre las manos, todavía con el trozo de muérdago entre los dedos, y lo besé.

Doyle



Se me paró el corazón cuando Helena me besó. Podría haberle dicho que no, pero no habría servido de nada. Yo era el primero que se moría por que volviera a suceder. La besé despacio, mucho más que el último día contra la puerta de Chapters, pero enseguida nuestros labios comenzaron a subir de intensidad.

Joder. Otra vez esa maldita presión en los pantalones.

No quería invitarla a casa para que no pensara que la había traído hasta aquí por eso. Pero tampoco sabía si ella lo estaba esperando. Me sumí en una nube de contradicciones donde ambas partes tiraban para ver quién podía más y al final me dejé llevar por el corazón, enterrando bajo tierra la cabeza.

—¿Quieres entrar? —le pregunté, todavía contra sus labios.

Ella asintió.

Nos separamos y caminé hacia la entrada. Ni siquiera encendí la luz. La guie a mi habitación y dejé la puerta abierta porque sabía que mi madre no volvería hasta el día siguiente. Había salido a pasar dos días con una amiga en Boston antes de las vacaciones de Navidad. Watson maulló cuando lo ignoré y cerré la puerta del pasillo para que no entrara en las habitaciones.

Eché las cortinas y di una pequeña luz en la mesilla de noche. Si lo hubiera sabido, habría recogido un poco más mi cuarto, pero a Helena no pareció importarle. Cotilleó mi colección de libros con taras hasta que me acerqué a ella. Me senté en la cama y se puso encima de mí.

Empecé a notar un calor insufrible que no tenía que ver con que siguiera llevando puesto el abrigo. Como si me hubiera leído la mente, Helena me lo quitó, y yo hice lo mismo con el suyo. Después, pasamos a su chaqueta y mi sudadera, y, cuando me di cuenta, estábamos los dos en ropa interior, uno encima del otro. Sentí su piel ardiendo contra la mía y me di cuenta de que nunca había deseado tanto a alguien como en ese momento. Le besé el cuello mientras los dedos

de Helena me recorrían la espalda. Bajé por su pecho, le quité el sujetador y ella terminó de quedarse desnuda frente a mí.

Tuve que mirar dos veces para asegurarme de que su belleza no era una alucinación. Las caderas de Helena, anchas y redondas, me pedían a gritos que las agarrara. Me tuve que contener mientras me quitaba los calzoncillos con dificultades, estaba tan empalmado que se me enganchaban.

Helena se rio por lo bajo y la callé con un beso. Ella me lo devolvió, todavía con más ansias, y tiró de mí para ponerse encima. Me iba a marear por verla sobre mí, con sus rizos pegados a la cara y unos labios que me pedían que no los dejara en paz.

Bajé la mirada a sus pechos y alcé las manos para alcanzarlos. No entendía cómo podían ser tan suaves y tersos al mismo tiempo. Le rocé los pezones con los pulgares y gimió de placer, o quizá de alivio.

Joder. Iba a durar tres segundos si seguíamos así. Si hubiera sabido que terminaríamos en mi cama, me habría..., no sé. Este escenario era el último que me había imaginado cuando atravesé las puertas de la librería una hora antes.

Helena se movió encima de mí y después se agachó para alcanzar mi boca y seguir besándonos. La agarré por las caderas de nuevo y sentí cómo su mano se iba deslizando por mi cuerpo hasta encontrar mi pene. Hizo un sonido que no supe descifrar cuando lo encontró. Sentí su mano alrededor y cómo empezaba a subir y bajar con calma.

No, no, no.

—Helena... —murmuré su nombre para que parara, pero, como no sabía leerme la mente, siguió haciendo lo mismo hasta que le aparté la mano.

—No voy a aguantar mucho —le advertí y ella captó la indirecta.

La cogí por la cintura y la obligué a rodar para ponerme yo encima.

—Voy a follarte —le advertí.

Ella respondió con una sonrisa pícara.

Si un par de meses atrás alguien me hubiera dicho que tendría esas vistas, le habría dicho que dejara de consumir sustancias alucinógenas. Ahora, el que parecía estar alucinando era yo.

Me estiré hacia la mesilla para coger un condón a ciegas. Me lo coloqué a la velocidad del rayo y vi cómo ella abría las piernas para ponérmelo fácil. No lo dudé dos veces. Me adentré con cuidado de no hacerle daño mientras ella se aferraba a las sábanas.

—¿Bien? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza. Empezó a hacer movimientos de cadera para ir a su ritmo y tuve que repasar mentalmente la lista de todos los títulos de mi colección de libros con taras para durar algo más de dos segundos.

Cogí el ritmo y tomé el mando, embistiéndola con fuerza desde abajo. Helena empezó a gemir y olvidé mi número de teléfono, mi apellido y hasta mi nombre.

Helena

No sabía por qué, pero mi cuerpo había estado anhelando ese momento durante semanas. Doyle Andersen, míster Ojos Oscuros, Preguntón, Misterioso, Pesado y Rarito estaba ahora encima de mí, jadeando mientras me penetraba. Y yo estaba tumbada en su cama. Todo olía a él y mis sentidos estaban embriagados, en otro universo paralelo. Su barba de un par de días me rozó la mejilla cuando se agachó para mirar hacia abajo.

Cogí aire cuando me embistió con fuerza y me dejé llevar por él. Apoyó el codo izquierdo en la cama, junto a mi hombro, y con la otra mano me agarró por el cuello. Tuve que hacer un esfuerzo para no gemir muy alto. Sentí cómo el riego sanguíneo se iba cortando cada vez más hasta que sentí que iba a marearme. Doyle leyó el pánico en mi mirada y me soltó, pero, en cuanto quitó la mano, empecé a echarla de menos. Era como tener el síndrome de Estocolmo.

Me moví hacia un lado para cambiar de posición y que Doyle descansara unos segundos.

—Ponte abajo —le pedí, pero él negó con la cabeza.

—No aguantaré. Si te veo encima de mí otra vez, me muero. No podría soportarlo.

Me puse roja ante sus palabras.

—Vale, como quieras.

Cambiamos un par de veces de postura, pero terminamos regresando al misionero. Quizá porque era su favorita, o puede que fuera porque estábamos deseando tenernos cara a cara para poder besarnos y comernos con la mirada.

—Una cosa —le susurré, con miedo de cortar el rollo.

Pero él no paró.

—¿Qué pasa?

—Hay un... problema. Estoy tomando unas pastillas que hacen que..., bueno, me cueste mucho terminar. Si es que termino. O sea, igual necesito un rato.

Me sentí culpable al decirlo. Desde que había empezado a tomar antidepresivos, mi cuerpo no reaccionaba al placer como antes. Lo había comprobado yo misma y también había buscado información al respecto en internet.

—No te preocupes.

Doyle se levantó un poco para dejar pasar su mano y frotar su dedo índice y corazón con mi clítoris. Sentí una oleada de placer en cuanto lo tocó por primera vez y rogué para que nunca más lo quitara. Se tomó un descanso de la penetración y lo combinó con la boca durante un largo rato.

Doyle aguantó así diez minutos más hasta que por fin empecé a sentir un cosquilleo entre las piernas. Intenté desconectar, disfrutar del momento y de él, alejando de mi mente los malos pensamientos. Por primera vez en mucho tiempo estaba tranquila, me sentía cómoda con Doyle.

—Creo que... ya casi —le informé.

Doyle asintió y volvió a hundirse dentro de mí. Movié los dedos en círculos al mismo tiempo que me seguía penetrando. Mi cuerpo tardó poco más de un minuto en reaccionar. Una vibración me empezó a abrumar desde la punta de los pies y las manos hasta llegar al centro de mi cuerpo, y entonces exploté. Gemí mientras Doyle quitaba la mano y aumentaba la velocidad de sus embestidas. Me volví loca cuando lo escuché gemir a él también, y terminamos casi a la vez, jadeando y sudando, uno encima del otro.

—Perdona —dijo Doyle, apartándose de encima para darme espacio.

Me puse bocabajo para controlar mi respiración hasta que regresó a una cadencia normal, igual que la de él.

—¿Estás bien? —me preguntó, buscando mi mano para agarrarla.

—Sí, ¿y tú?

—Sí —respondió, todavía jadeando.

Me acerqué al borde de la cama y me senté, todavía un poco mareada.

Fluoxetina: 0. Helena: 999.

Al separarme de él me di cuenta de que tenía un poco de frío, así que me vestí despacio hasta relajarme un poco.

—Voy al baño un segundo.

No quería arriesgarme a tener una infección de orina. Desde que había cogido la costumbre de hacer pis después de tener relaciones, nunca había vuelto a sufrir ninguna.

Caminé a oscuras por el pasillo y encendí una luz aleatoria. No encontré el baño, pero me topé con el despacho de Amelia Andersen. Estuve a punto de salir, pero mis ojos se toparon con una máquina fotocopidora.

Recordé las fotocopias del diario de mi madre que me habían llegado de forma anónima. El corazón me dio un vuelco, pero sabía que era demasiada casualidad. Mucha gente tenía fotocopadoras y además existía un maravilloso concepto llamado copisterías. O imprimir en las máquinas de las empresas cuando tu jefe no miraba. Habría miles de fotocopadoras solo en la península de Manhattan, y, sin embargo...

Me acerqué a ella, despacio, y levanté la tapa. No había nada dentro, por supuesto, tampoco un diario. La bajé. Respiré tranquila y miré el resto del despacho, por si acaso. Me acerqué a una cómoda blanca, a juego con los muebles del despacho. Estaba llena de fotos enmarcadas. Había varias de las hermanas de Doyle y de los tres cuando él todavía era un bebé. Tenía los mismos ojos, era inconfundible. La cogí entre las manos, con cariño, observando esa sonrisa pícaro que había quedado inmortalizada para siempre. La devolví a su sitio.

Y, entonces, en un marco desgastado, la vi. Era una foto vieja, la más antigua de todas. Se me hizo raro verla así, porque la mitad izquierda me sonaba familiar. Enseguida descubrí por qué. A la derecha estaba Amelia Andersen, besando a otra persona en la mejilla. Y esa otra persona, a la izquierda, era mi madre, sonriente en el puente de Brooklyn y con Manhattan de fondo.

Doyle

Helena gritó desde algún punto de la casa.

Me levanté de un salto, solo con los calzoncillos puestos, y corrí hasta el baño, pero estaba vacío. Había luz en el despacho y me la encontré ahí, con un marco de fotos en la mano.

—Era ella... —murmuró.

Busqué una explicación en sus ojos, pero no entendía nada.

—¿Qué?

Helena dejó el marco sobre la cómoda y se echó a llorar. Lo cogí, intentando comprender qué la angustiaba tanto. Enseguida me di cuenta. Había pasado por ahí delante cientos de veces y nunca me había fijado en que la mujer a la que besaba mi madre no era otra que Carmen Cortés. Ahora que conocía a Helena, no había duda. Eran casi iguales. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Sentí que el corazón se me encogía en el pecho. No podía ser. No tenía ni idea. Mi madre jamás la había mencionado, y mucho menos en los últimos meses, desde que comenzó toda esta locura de Chapters y el Andersen's Advent. De hecho, me había visto llamar a Helena por el nombre de su madre y tampoco me corrigió.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Nuestras madres... —dijo ella con un hilo de voz.

No hizo falta que terminara la frase. De pronto, lo supe. Mi madre me había contado alguna vez que había tenido un gran amor al que había fallado. Y, aunque luego hubiera estado con otra mujer, nunca había superado a la primera.

Toda la historia de mi madre cuadró de pronto en mi cabeza. La mujer que no había podido superar fue Carmen Cortés. Por ella, mi madre nunca se casó y nos tuvo a mis dos hermanas y a mí por fecundación in vitro. No quiso estar con nadie más porque... se había enamorado de la

madre de Helena.

Y, por su expresión, supe que ahora nosotros íbamos a seguir el mismo camino que ellas.

Sentí un escalofrío aún peor que si me hubieran encerrado en un ataúd y me hubieran enterrado vivo. Helena salió corriendo sin mirarme a la cara. Traté de decir algo para detenerla, pero no me salían las palabras. No podía perderla. Quería decirle que yo no lo sabía, que ni siquiera me había fijado en que su madre aparecía en esa foto, pero no sabía si me iba a creer o no. Todavía no era capaz de procesar toda esta información.

Helena

Tenía que salir de ahí. Cuanto antes.

Empecé a sentir un agobio que me hizo reaccionar y regresé al cuarto de Doyle. Me calcé corriendo, peleándome con un calcetín que se quedó a medio subir y me enfundé en el abrigo mientras él me seguía con incredulidad.

—Ostras. Nuestras madres estuvieron juntas —dijo él, llegando a la misma conclusión que yo.

No podía saber si estaba fingiendo o no. Doyle no había tenido acceso al diario, pero igual sabía algo por su madre... Pensar en el diario me hizo regresar al despacho de Amelia Andersen.

—¿Qué está pasando, Helena? ¿Tú lo sabías? Yo no tenía ni idea. Por favor, contéstame —me suplicó.

Pero no le hice caso. Rebusqué por los cajones del escritorio y lo vi. Ni siquiera imaginaba qué aspecto tendría el diario de mi madre, pero supe nada más verlo que era ese cuaderno de tapas amarillas, desgastado y lleno de pegatinas.

Lo agarré con los ojos llenos de lágrimas.

—Dile a tu madre que se cancela el último evento en la librería.

—¿Qué?

Doyle insistió, pero lo ignoré. Cogí mis cosas y salí corriendo de ahí. Atravesé la celosía donde nos habíamos besado hacía poco más de una hora y me puse en mitad de la carretera para parar un taxi. Me llevé varios pitidos, pero me dio igual. Regresé a casa con la cabeza palpitándome. Apagué el móvil, donde ya tenía siete llamadas perdidas de Doyle y varios mensajes suyos, y me tumbé en la cama a llorar hasta que caí rendida sobre el diario de mi madre.

Ahora sí que mi vida parecía sacada de un libro que nunca escogería para el Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago.

19 de febrero de 1992

Querido diario:

Se ha ido. Amelia ha vaciado la mitad de su habitación de la residencia de estudiantes y ha metido toda su vida en cajas. Su nueva novia ha pasado a recogerla en coche y me he quedado como una imbécil mirándola por la ventana mientras se marchaba con ella.

Algo dentro de mí se ha roto cuando he perdido de vista el coche. Su ahora excompañera de habitación ha intentado consolarme, pero no hay suficientes tiritas para un corazón roto en pedazos. Amelia no solo se ha ido con una parte de mí. Se ha marchado con todas mis ilusiones, mis secretos y un proyecto en común de fundar una librería llamada Chapters.

Todavía tengo grabados a fuego en mi cabeza todos los besos que hemos compartido en los que nos prometíamos no poder vivir la una sin la otra. Su primer «te quiero», en mi habitación, una noche que estábamos solas, ya que no queríamos arriesgarnos a que nos descubrieran. Amelia y yo siempre fuimos esas *amigas* inseparables que iban juntas a todas partes y se daban la mano porque..., bueno, eran amigas.

Y ahora no puedo creer que se haya marchado. ¿Cómo es posible perder a alguien que hace unos días me estaba diciendo que me quería? Que me miraba como si no hubiera nadie más en este mundo. Que pasaba todos y cada uno de sus días y noches conmigo. No me cabe en la cabeza por qué, de la nada, la llama se ha apagado hasta convertirse en un montón de cenizas congeladas. Al principio pensé que estaba volviéndome loca, incluso paranoica. Me siento como una yonqui a la que le han robado su droga más potente. Amelia ha sido mi primer y último pensamiento cada día durante la carrera, desde que se sentó a mi lado en la primera clase que tuvimos en la universidad... y ahora se ha marchado. Se ha ido para siempre con otra persona, y me ha dejado con este vacío que no sé cómo gestionar.

Había pensado en salir corriendo tras ella. Arrastrarme lo que hiciera falta por rescatar su amor y que vuelva conmigo. Pero ni siquiera sé a dónde se han marchado ni qué hará con las pocas asignaturas que nos quedan para terminar la carrera. En su lugar, me he quedado paralizada, mirando cómo el coche de su nueva pareja arrancaba y se perdía en el horizonte, donde los árboles no me dejaban ver más allá.

Supongo que es mentira eso que dicen de que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Yo siempre fui consciente de que tenía conmigo al amor de mi vida. Lo que pasa es que nunca pensé que lo perdería.

C.

Helena

Había dormido unas tres horas, pero aun así madrugué. Caminé por el cementerio mientras los copos de nieve se me enredaban en el pelo. No había hecho tanto frío como hoy ningún día. Era como si el universo supiera que esa mañana, por fin, me había atrevido a regresar a la tumba de mi madre.

La nieve crujía bajo mis pies con cada paso que daba. Recordaba el camino de memoria, así que giré una vez a la derecha, seguí recto y después continué por una pequeña colina hasta llegar al extremo norte del cementerio, la zona nueva.

Recorrí los últimos metros hasta el lugar donde descansaba mi madre y distinguí una persona junto a su tumba. El corazón me dio un vuelco. Al principio pensé que era Ben, pero después me di cuenta de que era una figura femenina. Se giró al escuchar el sonido de mis botas pisando la nieve y me encontré de lleno con los ojos verdes de Amelia Andersen. Estaban hinchados y llorosos.

Me quedé quieta.

—¿Qué haces aquí? —le espeté llena de rabia.

Lo último que necesitaba era cruzarme con la fuente de todos los problemas de mi madre. La persona que le había hecho la vida imposible, que la había destrozado. Me empezó a crecer en el pecho una sensación de ansiedad que no podía quitarme de encima.

—Helena... —Trató de calmarme con su tono de voz, pero no funcionó. Doyle le habría contado que había descubierto la foto.

—No sé ni por dónde empezar —dije levantando la voz un poco por encima de lo que debería en un cementerio. Por suerte, estábamos solas—. Creo que lo mejor es que te largues.

Amelia se incorporó. Había estado agachada junto a la tumba de mi madre. Se sacó un pañuelo del bolsillo para sonarse la nariz.

—Necesito hablar contigo, Helena.

—Vete de aquí —le pedí de nuevo.

No quería saber nada de Amelia, solo quería sacarme esa rabia de encima. Necesitaba estar a solas con mi madre, para poder organizar mis pensamientos. Las últimas doce horas, mi cabeza se había convertido en un torbellino de información. Había leído dos veces el diario de mi madre y todavía estaba asimilando que Amelia y ella no solo se conocían, sino que habían estado juntas. Perdidamente enamoradas.

—Ya sé que has encontrado el diario y la foto. Me gustaría explicarte algunas cosas —insistió. Pero volví a negar con la cabeza.

—No quiero saber nada de ti. Eres una mala persona que amargó la corta vida de mi madre.

Las palabras salieron solas y no me arrepentí de que pudieran herir a Amelia. Me sentía como si tuviera una herida abierta en mitad del pecho que por más que pasara el tiempo no cicatrizaría.

—Sé que me equivoqué, pero creo que tengo derecho a explicarme —lo intentó de nuevo y bufé—. Hazlo por Doyle, aunque sea.

—¿Qué tiene que ver tu hijo en esto?

Ella suspiró.

—Es tu amigo, ¿no?

Se me escapó una risa sarcástica. Sí, era mi nuevo mejor amigo.

—Tampoco quiero saber nada de él —murmuré.

—Doyle nunca supo nada sobre esto —puntualizó Amelia. Y decía la verdad, porque el segundo día me confundió con mi madre—. Por favor, déjame que te explique todo. Vamos a dar una vuelta.

Negué con la cabeza.

—Eres igual de terca que Carmen—soltó la escritora, pero su tono no iba a malas.

—Claro, porque tú la conociste bien.

Amelia volvió a sacar el pañuelo para sonarse. Sus ojos estaban otra vez llenos de lágrimas.

—Helena, puede que metiera la pata hasta el fondo con tu madre y la dejara escapar cuando era el amor de mi vida. Cometí un solo error, pero me he torturado todos los días desde entonces. Desde la universidad, me pasé la mitad de mi vida amándola y la otra mitad llorando por haberla dejado.

Me quedé quieta al escuchar la sinceridad de sus palabras. Se me encogió el corazón. Hacía tanto frío que sentí que la nieve se empezaba a congelar en mis pestañas.

—¿Y por qué la dejaste?

—Porque fui idiota. —Amelia me hizo un gesto para que camináramos y le hice caso, aunque solo fuera porque hacía frío si nos quedábamos quietas y sentí que quería escuchar su versión—. Tu madre y yo nos conocimos en la universidad, el primer día, tal y como dice en el diario. Nos enamoramos enseguida. Lo que pasa es que, por aquel entonces, ella nunca había estado con ninguna chica y tenía muchos dilemas morales. A veces confundía las cosas y se echaba atrás. El

primer año, aunque no estábamos oficialmente juntas, ella me dejó tres veces. Le costaba ordenar sus sentimientos y no conocíamos a ninguna otra pareja gay ni de chicas ni de chicos en la universidad. Por aquel entonces no era como ahora. Pasaron dos años más en los que tu madre seguía amándome, pero le daba miedo dar el paso. Había días que se encerraba en su cuarto y no podía hablar con ella hasta la mañana siguiente porque se agobiaba. Otros, me prometía que estaríamos siempre juntas. La mayoría eran del segundo tipo. Y así es como surgió la idea de fundar la librería. Hicimos un pacto. Cuando termináramos la universidad, nos mudaríamos a Brooklyn con los pocos ahorros que teníamos de trabajar por las tardes de lo que surgiera y abriríamos una pequeña librería de barrio. Teníamos pensado hasta el nombre, Chapters, por todos los capítulos que había vivido nuestra historia.

Amelia hizo una pausa. La nieve seguía cayendo a nuestro alrededor, silenciosa, sentenciando cada frase que decía la escritora. Se me humedecieron los ojos al comprender por fin la elección del nombre de la librería.

—Pero tú incumpliste el pacto.

Retomamos el paso y Amelia asintió.

—Sí. Y créeme cuando te digo, Helena, que no estoy orgullosa. Amé a tu madre más que a ninguna otra persona. Pero tenía veintidós años y conocí a otra mujer que me daba lo único que Carmen no estaba dispuesta a entregarme todavía.

—Una relación pública, sin esconderos —continué, adivinando por dónde iba la historia.

—Exacto. Aún me avergüenzo por haber hecho algo así. Yo misma tendría que haber sabido lo difícil que sería para ella salir del armario... y la sustituí por otra que no era ni un uno por ciento de lo que era tu madre. Solo porque con Theresa, la otra chica, podía besarme en público y no esconderme, por mucho que nos miraran por la calle.

Amelia hizo una pausa para echarse a llorar. Yo todavía estaba demasiado cabreada como para abrazarla, pero dentro de mí se encendió una chispa de pena por ella. No podía compartir sus motivos, pero sí entenderlos.

—Tranquila —le dije, poniendo mi mano sobre su brazo.

La escritora sollozó y paramos la marcha mientras se recuperaba.

—Nunca más volví a hablar con tu madre —confesó—. Mi relación con Theresa duró tres meses, y al cuarto regresé a la universidad, pero Carmen ya había acabado todas sus asignaturas y se había ido. Vi en los tabloneros que había aprobado todas y su excompañera de habitación me dijo que se había mudado a Brooklyn para abrir la librería. Estuve dando vueltas durante meses por el barrio hasta que por fin encontré el local donde la iba a inaugurar. Pasé muchas veces por delante, Helena, prometiéndome que bajaría y le pediría perdón. Quería decirle la verdad, confesarle que era el amor de mi vida y que nunca más querría alejarme de ella. Pero, cuando por fin me armé de valor, casi un año después, para declararme y disculparme, la vi besándose con un hombre en la puerta de la librería.

—¿Mi padre? —pregunté.

Amelia asintió, pero no añadió nada más.

—¿Y qué pasó después? —le insistí.

—¿Después? Nada —respondió Amelia—. Imaginé que tu madre había seguido con su vida, así que no quise interferir. No tenía derecho a aparecer y romperle los esquemas. En ese momento no sabía que ella seguía sintiendo algo por mí... Eso lo descubrí después, casi treinta años más tarde, cuando encontré su diario.

»Recuerdo aquel día como un mazazo. Pasé de casualidad, en taxi, por delante de Chapters, y vi que la estaban desmontando. Me bajé para ver qué pasaba y un hombre grande, recuerdo que tenía un bigote blanco y poblado, me dijo que la librería había fallecido cuatro días atrás. Me presenté como su amiga y me creyó porque lloré y chillé en mitad de la calle al enterarme de la noticia. Le supliqué al hombre que me dejara pasar para despedirme de la librería.

»Cuando no estaba mirando, encontré su diario, que era el mismo que usaba cuando estábamos en la universidad y me lo quedé. Sé que no estuvo bien. A lo largo de mi vida hice muchas cosas mal con tu madre. Pero necesitaba poder descansar, sabiendo que no me odiaba tanto como yo imaginaba. Aunque durante años me aferré al dolor de haberla dejado, porque ese dolor... ese dolor era lo único que me mantenía atada a ella.

»Te prometo que fui a devolverlo al día siguiente, pero, cuando estuve ahí, no pude. Me destrozó por dentro ver cómo estaban desmantelando el local. El mismo señor del día anterior me dijo que vivía encima y que lo iba a alquilar para que montaran otro negocio. Me dio tanta pena que le pedí que no lo hiciera. Entonces, en un arrebato, decidí pagar un año entero de alquiler para que nadie tocara lo que quedaba de la librería. Quería devolverle a Carmen, de alguna manera, todos los quebraderos de cabeza que yo le había dado al no montar Chapters con ella, pero no sabía cómo. Mis libros ya eran muy famosos y acababan de adaptar uno al cine, así que no tenía tiempo para trabajar de librería a tiempo completo. Pensé en Doyle, el único hijo que todavía vivía conmigo. Pero entonces me di cuenta de que la persona a la que realmente le correspondía continuar con la labor de su madre...

—Era yo —terminé la frase.

Las dos teníamos el pelo y el abrigo llenos de nieve. Relajé la mandíbula, ya que no me había dado cuenta hasta entonces de que la tenía en tensión.

—Y por eso mi madre odiaba las novelas románticas, en especial las tuyas. Porque no podía soportar ver tu nombre en todas partes, incluso en su propia librería cuando le preguntaban los clientes por tus libros, pensando en que tú te estabas haciendo de oro a costa de escribir relaciones idílicas después de haberle roto el corazón a ella —dije en voz alta, aunque en realidad esas palabras eran para mí.

Amelia asintió otra vez.

—Tardé unos siete meses en encontrarte. No sabía si saldría bien o no, pero, cuando descubrí que habías volado a Nueva York con el billete que te envié, recuperé las esperanzas. Quería ir a verte, contarte el papel que había tenido en la vida de tu madre, pero sentí que no era mi lugar. Y

entonces, ya que yo no pude terminar mi historia con tu madre... Apunté la librería al Andersen's Advent y te envié a Doyle para que por lo menos vosotros pudierais ser amigos. Solo quería quitarme esa espinita. Pensé que a tu madre le haría ilusión que vosotros pudierais tener esa amistad que nosotras no pudimos conservar. Y, mientras tanto, te fui mandando fotocopias del diario para que fueras descubriendo esta historia poco a poco porque sentía que tenías derecho a conocerla. Quería devolverte el diario, pero no sabía cómo. Pensé que sería mucha información de golpe.

Me paré de nuevo. Habíamos dado la vuelta a todo el cementerio y estábamos de regreso frente a la tumba de mamá.

—Creía que Millie me había apuntado al Andersen's Advent —le dije, recordando la conversación que había tenido con ella.

Amelia sonrió con una pizca de culpabilidad.

—Porque yo se lo pedí. Conocía a Millie de la universidad y ella sabía toda nuestra historia. Su hijo me echó una mano dejando los sobres bajo la puerta de Chapters, de hecho...

De pronto, todas las piezas del puzle encajaron en mi cabeza.

—Pues ha habido una parte de tu plan que no ha funcionado —le informé—. Doyle y yo nunca podremos ser amigos. Ya es demasiado tarde para eso.

—Lo sé —respondió Amelia y me pregunté cuánto le habría contado su hijo de lo que había pasado entre nosotros—. Mi única intención cuando contrataron a Doyle era que tú y él os conocierais, nada más. No quiero meterme donde no me llaman..., pero te quiero decir algo, Helena. No como su madre, sino como una persona que adoró a Carmen y solo quiere lo mejor para su hija: creo que Doyle siente algo más por ti y que deberías darle una oportunidad.

Helena

24 de diciembre de 2023

Querido diario:

Siento que, si tengo que empezar un día a escribirte, tiene que ser este. Hoy hace un año desde que se murió mamá. Ella también escribía en un diario de color amarillo con pegatinas esparcidas por la cubierta, como tú.

Todavía me cuesta escribirte esto sin tener que parar a secarme las lágrimas cada pocos segundos. Cuando pasó hace un año, no lloré. Ahora, me siento una fuente, sobre todo, tras conocer la historia que había detrás de Chapters.

Técnicamente ya han pasado las doce de la noche (hace bastante, de hecho), así que en realidad es 25 de diciembre, pero me hacía ilusión poner la fecha anterior para arrancar este nuevo proyecto.

Todavía me duele en el alma pensar en mi madre y en todo lo que se quedó a medias con ella. Gracias a su diario he podido saber muchas más cosas de su pasado y el duelo se me está haciendo más liviano.

Hace unos meses, estaba convencida de que pasaría esta noche llorando en mi habitación. Ahora estoy tumbada en la misma cama que ella escribiendo esta entrada.

Me duelen las manos de envolver regalos y los pies de caminar casi quince mil pasos por los orfanatos y los comedores sociales de Brooklyn en esta noche tan especial para muchas personas que lo están pasando peor que yo. Poder reescribir la historia sobre este día maldito en el calendario ha sido maravilloso.

Nunca me imaginé dando vueltas por la ciudad junto a Amelia Andersen, Doyle, Ben, Camila y un amigo suyo para poder hacer algo por los demás. Después de terminar con el Andersen's Advent, decidimos cenar juntos para celebrar la Navidad y, de nuevo, improvisar la tercera reunión del Club de Lectura para Alérgicas al Muérdago. Ha estado genial. Todos se han hecho miembros oficiales y Doyle ha improvisado unas pegatinas rectangulares con nuestros nombres con unos adhesivos que guardaba en el almacén, como si fuéramos desconocidos. Amelia ha participado más que nadie y no se ha mordido la lengua cuando ha tenido que admitir que a veces ella también había caído en algunos clichés, pero que ahora escribía con mucha más conciencia de la realidad del amor. Doyle salió en defensa del romanticismo cuando le picamos diciéndole que la caballerosidad había muerto. Dos copas de vino después, en un momento a solas, Amelia me contó que sospechaba que el club surgió cuando ella le rompió el corazón a Carmen y que por eso les tenía tanta manía a sus libros. Y que le parecía genial, porque se lo merecía por haberla dejado. Sonreí al recordarla y porque me gusta que, al final, haya quedado solo lo bueno. Me imagino a mamá viendo todo esto desde el cielo, justo hoy, y estoy segura de que, lejos de enfadarse, se reirá bastante al ver cómo habían cambiado las cosas y que Amelia está muy arrepentida de todo lo que sucedió.

Nos quedamos hasta las tantas de la mañana, juntos, en el piso de Ben. Bajé a la librería cuando casi eran las cinco y me crucé con un grupo de chicas que iban cantando Jingle Bells a todo pulmón. Por supuesto, la versión de Chicas malas.

Creo que me voy a dormir ya, porque mañana tendré resaca emocional de lo bonito que ha sido compartir este momento con ellos. Al final, el club de lectura se ha convertido en una excusa para todo lo demás y he terminado celebrando la Navidad de una forma que no esperaba.

Ha sido muy especial ver cómo un grupo formado por personas tan diferentes nos hemos convertido en algo parecido a una familia. Ben se disfrazó de Papá Noel y Camila de elfa, y montaron un espectáculo improvisado en el que desafinaron varios villancicos mientras los demás aplaudíamos al compás. Doyle y yo hicimos una apuesta para ver quién llevaba el jersey navideño más feo, y creo que él ganó con diferencia. El mío tenía un árbol de Navidad con pompones, pero el suyo era un reno que parecía maldito. Incluso había añadido él mismo un sistema de luces rojas con una pila atada a la nuca para que la nariz se pusiera colorada, como en el villancico. Amelia ha estado un rato callada, pero he cruzado una mirada con ella llena de significado. A veces, dicen más los gestos que las palabras, y por eso le sonreí y asentí con la cabeza.

Entre todos, al final, han conseguido que un día tan malo se convirtiera en una ocasión especial. Y eso es lo que quiero que sea el club a partir de ahora: un refugio para forjar vínculos y pasar buenos ratos, incluso si los integrantes venimos de lugares diferentes. Tanto si eres alérgico al muérdago como si no, porque todos tenemos alguna historia que

nos hace odiar el amor, pero también, en el fondo, creer un poquito en él.

Los nuevos miembros del club me han demostrado que muchas veces la familia también es la que se encuentra a lo largo del camino. Aunque las cosas hayan cambiado y haya gente que ya no esté aquí.

Estoy triste pero feliz, si es que eso tiene sentido.

De lo que sí estoy segura es de que tengo el corazón lleno de recuerdos y emociones bonitos. Y que esto no podría haber llegado en un momento mejor que la época navideña. Quizá ya no odio tanto la Navidad como pensaba. Igual, de hecho, hasta empieza a gustarme...

Espero poder seguir rellenoando estas páginas con nuevos recuerdos y muchas aventuras que contar.

Hasta pronto,

H.

P. D.: Al regresar a la librería, he añadido tres copos más a los escaparates de Chapters. Ahora ya no son diez, vuelven a ser trece copos de nieve. Igual que lo hizo mi madre trescientos sesenta y cinco días atrás, por mucho que digan que el trece es el número de la mala suerte. Mañana no me toca abrir, pero he quedado con Camila a mediodía para dar forma al club y sacarlo adelante de verdad, para que acudan lectoras y clientas de la librería. Mantendremos el mismo nombre en honor a mamá, pero intentaremos ver siempre los dos lados de cada historia y no caer en los clichés de que todas las novelas románticas son iguales. Algunas sí que muestran un amor de verdad, un amor puro e imperfecto, como la vida misma.

Doyle



—No quiero preguntar cuánto te han costado las entradas para subir de noche al Empire State Building un 25 de diciembre —dijo Helena cuando entramos en el vestíbulo del rascacielos.

Le quité algunos copos de nieve que se habían enredado entre sus rizos mientras entrábamos en calor.

Hacía años que no subía, pero me seguía impresionando tanto como la primera vez. El pasillo parecía estar hecho de oro. En el techo había una luz amarillenta que iluminaba toda la estancia y, al fondo, una imagen enorme del rascacielos en todo su esplendor. Las paredes parecían de mármol, igual que el suelo.

—He conseguido rescatar las de aquel día que no subimos —le confesé.

Le di la mano mientras caminábamos hacia los ascensores. Estaba más nervioso por lo que iba a pasar arriba que por el minuto que duraba el ascenso. Aun así, Helena me la apretó y no me quitó el ojo de encima mientras se nos taponaban los oídos por lo rápido que subíamos.

Miré hacia arriba en el ascensor. En una pantalla que había en el techo comenzó una animación de cómo se había construido el edificio, así como un poco de su historia. Antes de que me pudiera dar cuenta, ya estábamos arriba.

El aire frío me azotó de golpe cuando salimos. Arriba también estaba nevando. Dimos una vuelta alrededor de todo el rascacielos y traté de buscar mi casa a lo lejos, aunque era imposible.

—¿Se verá la librería? —bromeó ella, como si me hubiera leído la mente.

—Sí, es esa cosita microscópica de ahí —le seguí, señalando un punto aleatorio de Brooklyn.

Las vistas desde lo alto del Empire State Building eran impresionantes. Mirando hacia el océano se apreciaban un montón de rascacielos con sus lucécitas y millones de ventanas. Al final, a la derecha, incluso se distinguía la Estatua de la Libertad, iluminada. En el otro lado, las vistas a Central Park eran impresionantes. Incluso de noche, llamaba la atención lo grande que

era, ahí, en el centro de la península, siendo el pulmón de la ciudad.

—¿No te da vértigo? —me preguntó Helena, mirando hacia abajo.

—No me daba hasta que lo has dicho.

Ella se rio y me rodeó con sus brazos.

—Ven, vamos a una esquina más tranquila, si es que eso existe aquí arriba.

El mirador estaba lleno de gente, pero encontramos un lugar con unas vistas menos turísticas para ganar en intimidad.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Helena—. Estás... raro.

—Estoy nervioso.

—Pensaba que no lo habías pasado tan mal en el ascensor —me dijo ella, mirándome con cara de pena.

—No es por eso.

La abracé y miré al exterior, dejando que los copos de nieve cayeran sobre nosotros. Helena me rodeó y nos quedamos así un ratito.

—El día que vinimos aquí con tu madre, Johana y los demás... no quise subir porque este fue el último lugar donde estuve con mi madre. Después de subir, regresamos al vestíbulo, cogí mi maleta y me fui directa al aeropuerto. No volví a verla nunca más.

Me separé para verle la cara y cogerle las manos.

—¿En serio?

Helena asintió. Las luces de los rascacielos se reflejaban en sus ojos.

—No me lo habías dicho. No lo sabía. No quería traerte aquí justo hoy..., bueno, después de ayer, ya me entiendes.

Se encogió de hombros.

—No te preocupes —aseguró—. ¿Sabes qué? Creo que me alegro de haber venido contigo. No lo habría hecho con ninguna otra persona en este planeta.

Su comentario me sacó una sonrisa y ella me la devolvió con esos hoyuelos que me volvían loco.

Tenía a mi alrededor las mejores vistas de la ciudad, pero solo podía mirarla a ella.

—Helena, solo quiero verte mejorar, ir siempre hacia arriba, y poder estar a tu lado en los momentos buenos que están por venir —le confesé—. Y, si hay recaídas, que las habrá, que me permitas estar a tu lado para sostenerte si lo necesitas.

A ella se le inundaron los ojos de lágrimas. Y entonces pronunció esas dos palabras. Ocho letras.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Ni siquiera sé si es posible querer a alguien de esta manera, después de todo lo que hemos vivido, nunca pensé que podría sentir algo así por alguien.

Sonreí como un bobo al escucharla.

—Quién iba a decir que el chico idiota que vestía de negro conseguiría derretir tu corazón de hielo.

Ella me dio un golpe suave en el pecho.

—¡Eh! Sigue estando congelado, ¿vale? Solo que está saliendo de su hibernación poco a poco...

La estrujé contra mí otra vez y la besé en la frente cuando la pillé mirándome.

—¿Crees que la dueña de ese corazón de hielo podría aceptar ser mi novia?

Helena se apartó y, por un momento, se me encogió el corazón.

—No bromees con eso, Doyle —me rogó.

—No estoy bromeando.

Ella bajó la mirada y escondió una sonrisa.

—Yo creo que sí que podrá —respondió.

Y, de pronto, me sentí el hombre más afortunado del mundo.

—Cuando ella esté preparada —le dije—. Y, ya que está, que elija un día bonito para poder celebrar cada año nuestro aniversario.

Helena puso los ojos en blanco.

—¿El 31 de diciembre te parece un día bonito? —me preguntó, pidiéndome de forma indirecta una semana para darme una respuesta.

—Elige otro. Es mi cumpleaños.

Ella me miró con expresión atónita.

—¿En serio?

—Sí, te lo prometo.

—¿Cómo es que no lo sabía? —me insistió.

—Porque soy un hombre misterioso... —bromeé, buscando sus labios para besarla.

Helena se rio.

—Creo que deberíamos hacer una ronda de sinceridad antes de cualquier otra cosa, porque esta revelación me ha dejado de piedra. Tendré que comprarte algo..., no sé, quizá un chupete. O una nariz de payaso —me vaciló, pero no entré en su juego.

—A ver, yo sé que el tuyo cae en enero, pero nunca me has dicho cuándo —le recordé—. La verdad es que gran parte del tiempo que hemos pasado juntos ha sido chinchándonos el uno al otro en lugar de hacer las típicas preguntas de tu color favorito y todo eso...

Helena se encogió de hombros.

—Creo que me gusta más así. Menos convencional. Y, en el fondo, echo de menos odiarte. Quizá debería volver a practicarlo —bromeó—. ¿Hay algo más que tenga que saber de ti? ¿Alguna otra revelación de vida o muerte?

Me froté la barba, haciendo memoria.

—Bueno, un par de cosas. Que soy yo quien escribe los libros de mi madre desde hace un año. Que me gustaría dedicarme a escribir novela romántica por mi cuenta en el futuro, cuando mi

madre se retire...

—¿¡QUÉ!?! —Helena gritó tan alto que nos miraron los de seguridad—. Espero que sea una broma, porque, si no lo es, voy a hacerte un interrogatorio completo.

Pero negué con la cabeza.

—Tenemos muuuchas citas pendientes para ponernos al día, Helena Castillo —le propuse.

—Y yo también varias confesiones que añadir por mi parte. ¿Sabías que cuando te vi entrar por la puerta te puse un mote? Cada vez iba añadiendo un adjetivo. Creo que se quedó en mister Ojos Oscuros, Preguntón, Misterioso, Pesado y Rarito.

Simulé que me afectaba.

—No veo el Bien dotado por ninguna parte. Pero ¿qué puedo esperar de una persona cuya debilidad es una fruta con forma de falo?

—¿Sabes qué? Creo que para nuestro aniversario voy a elegir el 30 de febrero. Así nunca pasará nada más entre nosotros.

Le di un beso en la nariz.

—Muy graciosa, Rizos.

—No, ahora en serio —dijo ella—. No voy a poder elegir un día. Escógelos tú.

—¿Yo? —le pregunté—. Pues no sé. Qué más da. ¿Y si los elegimos todos? Así cada día tendríamos algo que celebrar.

—Me parece bien —respondió ella.

—Entonces... ¿todos?

—Todos.

La miré, perdiéndome en sus ojos, y la besé bajo la nieve en aquel día de Navidad.

—Al final parece que no vas a ser tan alérgica al romance como pensabas. Igual tienes que avisar a Camila de que vas a cancelar el club —le piqué, todavía con mis labios junto a los suyos.

—Todavía puedo desarrollar una alergia repentina al muérdago. No me tientes.

En algún lugar, un reloj marcó las diez de la noche con sus campanadas. Quizá sería Saint Patrick's Cathedral, o igual solo mi corazón latiendo demasiado fuerte mientras Helena me besaba en lo alto del Empire State Building.

No sé si algún día llegaré a escribir una historia que pueda firmar con mi propio nombre. Pero, si lo hago, estoy seguro de que será la nuestra.

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela es complicado; sobre todo si estás pasando por una de las etapas más oscuras de tu vida. Esta historia ha sido un salvavidas en esos momentos en los que tenía ganas de abandonarlo todo. Honestamente, hubo veces en las que pensé que no llegaría a lograrlo de no ser por quienes estáis en este pequeño apartado del libro. No suelo incluir agradecimientos en mis novelas, pero sentía que esta los necesitaba.

Gracias a Adriana, Inés, Josu y Celia, por ser mis pilares fundamentales. Sin vuestro apoyo, esta novela no habría existido. Gracias, Adriana, por sentarte conmigo durante horas y horas a hablar de la trama y tomar notas mientras yo andaba en círculos por la cocina. Gracias, Inés, por preguntarme todos los días por la historia y escuchar mis audios eternos sobre ella. Gracias, Josu, por ser el primero en conocer la idea y ayudarme a poner sus cimientos (y soportar mis *fangirleos delusionals*). Gracias, Celia, por ser mi lectora número 1 y por no mandarme a la mierda cuando cancelaba planes porque se acercaba la fecha de entrega. Gracias por estar ahí. Con vuestro apoyo, lo único difícil de este libro ha sido escribir sobre nieve, abrigos y muérdago en pleno verano.

Gracias a mis padres, por apoyar siempre todos mis proyectos y por creer en mí, incluso antes de que se publicara mi primera novela.

Gracias, Tamara, por tu apoyo y ánimos. (Es una forma adulta y educada de decir «gracias por obligarme a sentar el culo en la silla de una vez por todas, empezar a teclear y dejarme de tonterías» 😊). Y a Marta, por ser mi compi de lecturas. La primera copia será para vosotras; espero que os guste (¡qué presión!).

Gracias a Laia, Alena y a las demás compañeras increíbles que me ha regalado el mundo de los libros y las redes sociales.

Gracias a Pablo y David, de Editabundo, por ser mitad agentes y mitad ángeles de la guarda.

Gracias a Míriam, mi editora, y al equipo de Molino y Penguin Random House Grupo Editorial, por confiar en mí y en la historia de Helena y Doyle.

Y gracias a ti, que estás leyendo, por confiar en mis historias. Soy consciente de que puede sonar un poco empalagoso añadir a los lectores en los agradecimientos, pero este apartado es el más emotivo para mí. Sin lectores, no hay libros. Gracias por leerme desde diferentes puntos del

planeta, por compartir fotos de mis novelas, por acudir a las firmas y por emocionaros, igual o más que yo, con cada nueva historia después de tantos años. Gracias de corazón. Aún no puedo creer que ya sean trece libros publicados... Y los que están por venir.



Ella odia la Navidad Él la espera bajo el muérdago



Casi un año después de la muerte de su madre, **Helena** viaja a Nueva York para continuar con su legado. Así es como retoma su labor en Chapters, una pequeña librería de barrio de Brooklyn.

Al mismo tiempo, **Doyle**, el hijo de la escritora de literatura romántica más famosa, busca formas de ayudar a su madre ahora que su salud comienza a tambalearse.

Tras varios encuentros en los que queda claro que no se soportan, Helena y Doyle tendrán que trabajar juntos.

Lo que ambos tienen claro es que ninguno puede dejar que esta nueva proximidad laboral se convierta en algo más... sobre todo ahora que se acerca la Navidad, una de las épocas más románticas del año.

Andrea Izquierdo (Zaragoza, 1995) es escritora y emprendedora. Trabaja en el sector editorial desde hace nueve años. Ha publicado doce libros, tanto juveniles como para adultos, entre los que destacan la saga *Otoño en Londres* y la trilogía *La chica del Zodiaco*. Estudió Derecho y Administración de Empresas en la Universidad de Zaragoza y ha cursado el Máster de Edición en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. En la actualidad, trabaja para diversas empresas líderes del sector editorial, además de escribir, de recomendar libros en Instagram y Tik-Tok y de dar charlas de fomento de la lectura. La acompañan siempre un perro, un conejo y dos chinchillas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, Andrea Izquierdo Fernández

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de interior: Grafime Digital, S. L.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Meritxell Mateu

Ilustración de portada: © Anna Bellvehí

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3980-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: [penguinkidsES](https://www.facebook.com/penguinkidsES)

Twitter: [@penguinkidsES](https://twitter.com/penguinkidsES)

Instagram: [@penguinkidsES](https://www.instagram.com/penguinkidsES)

Youtube: [penguinlibros](https://www.youtube.com/penguinlibros)

Spotify: [penguinlibros](https://www.spotify.com/penguinlibros)

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Club de lectura para alérgicas al muérdago

Prólogo. Helena

1. Helena

2. Helena

3. Doyle

4. Helena

5. Doyle

6. Helena

7. Helena

8. Doyle

9. Helena

10. Doyle

11. Helena

12. Doyle

13. Doyle

14. Helena

15. Doyle

16. Helena

17. Doyle

18. Helena

19. Helena

20. Doyle

21. Helena

22. Doyle

23. Helena

24. Doyle

25. Helena

26. Helena

27. Doyle

28. Helena

29. Doyle

30. Helena

31. Helena

32. Helena

33. Doyle

Agradecimientos

[Sobre este libro](#)
[Sobre Andrea Izquierdo](#)
[Créditos](#)